



ACTUALIDADES


AÑO 1

SEMANARIO

NACIONAL

No. 7

PRECIO: 10 CENTÉSIMOS



PAYSANDY 1253
MONTEVIDEO

MUEBLES DE CALIDAD

Fontana
Muebles



JUICIO ELOCUENTE

—En fin, señor crítico, ¿mi hija tiene voz para el drama o para la comedia?

—Verdaderamente... tiene voz para el cinematógrafo.

—¿Quiénes son los más amantes de las teorías socialistas?

—Los estudiantes, pues todos son partidarios de que desaparezcan las clases.

Durante una pericia psiquiátrica, el mayor, médico, interroga al soldado Burloni el cual presenta indicios de insuficiencia mental.

—¿No le ha sucedido nunca oír hablar, sin saber quién es ni de dónde se habla?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Cuando hablo por teléfono.

EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

El niño —Oye, mamá. ¿Y cuándo nosotros vayamos al cielo, también nos disecarán y nos meterán en una vitrina para que nos vean los ángeles?

—¿En qué se parecen las castañas a un baúl?

—En que las castañas *las asas* a la lumbre, y el baúl, *las asas* a los costados.

—¿Por qué en el juego de billar las bolas no tocan en la orquesta?

—Porque tocan en las bandas.

—¿Tiene usted nueva cocinera?

—¡Qué tiempo!...

—¿Desde cuándo?

—Desde anteaayer.

—¿Cuál es el instrumento de cuerda más fácil de tocar?

—La campana.



EN EXAMENES

El profesor.—¿Cuál es la más alta representación de la vida animal?

El discípulo.—¡La jirafa!

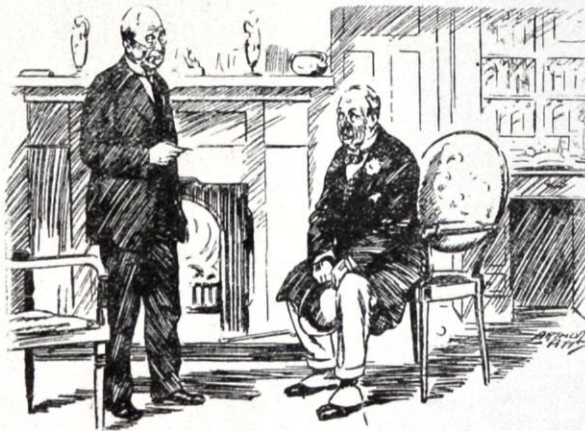
Dos viajeros inician una conversación en ferrocarril, y después de tratar diversos argumentos hablan sobre diversiones, teatros, clubs, etc.

—Yo, dice uno, no soy socio de ningún círculo, pues no puedo hacer vida nocturna. Cuando me acuesto tarde, a la mañana me levanto con dificultad y con todos los huesos doloridos.

—Ah, comprendo, dice el otro. ¿Usted también es casado?

—¿Qué reina católica no ha sido enterrada en tierra cristiana?

—La de Bélgica; porque todavía no ha muerto.



El doctor.—Me parece que usted bebe demasiado.

El paciente.—Solamente dos tragos por semana, doctor.

El doctor.—Entonces a su cara le ocurre lo que a mi contador de agua: registra más de lo que consume.

ACTUALIDADES

SEMANARIO NACIONAL

DIRECTORES:

JOAQUIN Y ROBERTO RIAMBAU

Año 1

Montevideo, 24 de Setiembre de 1924

Núm. 7

EL DÍA DE LA RISA

Después de ocho años en que la reina Lágrima con su fecundo cortejo se paseó por el mundo de brazos de la terrible guerra, la humanidad comienza a sentir la inmediata necesidad de reír. Pero reír con una risa sana—desinfecante de pasadas muecas dolorosas—es lo que quiere la gente.

Los dueños de cines, buenos amigos de los gustos del público, comprendiendo la existente necesidad de reír, han elegido un día de la semana y denominándolo con el ufano nombre de *día de la risa*, se deciden a alegrar a todo el que esté decidido a entregar los nervios al divino coquilleo de la risa.

«*Día de la risa!*», dicen los cordiales programas, agitando el entusiasmo de unas letras muy negras.

Más allá en el *hall* del cine hace señas irresistibles — ¡más irresistibles aún que todas las señas femeninas! — la deslumbrante sonrisa de Chaplin. Y en la pared, por rara situación de las cosas, Tourpin hace vacilar sus ojos en el frío reloj colocado sobre la boletería.

«*Día de la risa!*», y la pantalla vibra con todos los gestos más profundos que el hombre emplea para solucionar el problema diario.

Ya la sala está llena de carcajadas. En la oscuridad, encima de un mar negro, se agitan los traviesos relámpagos de la risa.

Mujeres coquetas, hombres de negocios serios, y niños cultivadores del grito entusiasta, sacuden toda la existencia con el temblor de una ancha carcajada.

Chaplin y Tourpin triunfan! Mientras, el día de la risa conquista el rostro de la gente seria, inmensamente cansada de ser seria....

UNA PROHIBICIÓN INJUSTA

Una última disposición municipal prohíbe a los *canillitas* la subida a los tranvías a vender sus paquetes de revistas y diarios. ¿Por qué? Según parece, alguien, que no era *canillita*, abusaba de las facilidades que daba la venta en los tranvías y hacía en éstos propaganda de algunas publicaciones indecentes. Por este abuso, del que el *canillita* no tiene la culpa, le ha tocado sufrir el castigo. Se dice que siempre se rompió la pioleta por el sitio más débil.

Ningún lugar para comprar el diario como el tranvía. El señor Perezoso — ese fastuoso ciudadano tan respetable—si no le llevan el diario al mismo asiento del tranvía en que marcha a su casa a comer, no lo compra. En el

REFLEXIONES SOBRE ALGUNAS FIERAS FAMOSAS

Todas las panteras y todos los toros salvajes — si quedan ya algunos de estos bichos terribles en la selva — se deben haber conmovido profundamente con la noticia de la victoria de la «pantera negra de Orleans» sobre el «toro salvaje de la Pampa».

—¿Quién iba a creerlo? — han debido decir melancólicamente los toros salvajes.

—¡Lo esperábamos! — han debido gritar con júbilo las panteras. Si en algún sitio viven panteras y toros salvajes, en incómoda y violenta vecindad, ¡qué discusiones, y qué ruidosos batifondo deben haber armado, de ventana a ventana, de puerta a puerta, o en los pasivos grupos callejeros de fieras atorrantes...

—¡Fastidiate! — le grita la pantera al vecino toro. — Mi compañera la de Orleans ha convertido a tu compañero, el de la Pampa, en un cordero.

—¿Cordero? — exclama furioso el toro salvaje. — ¡El cordero será tu padre!

—¡Tu madre! — dice la pantera, sin poder contener la ira.

Y así, en todas las ciudades en que viven las fieras y llegan periódicos para fieras.

Algunos periódicos norteamericanos, en efecto, abrieron en sus páginas una sección para fieras, porque ya hay unas cuantas de éstas que saben leer y escribir, y que tienen «personalidad universal» suficiente. La «pantera de Orleans» y el «toro salvaje de la Pampa», figuran honrosamente en esa nueva sección, que ilustran otros animalitos por el estilo. El «oso de Siberia», el «macaco de Matto Grosso», la «liebre de la Estepa», campeones respectivamente de lucha libre, escalamiento y carreras pedestres, vienen a continuación. Y esperamos que pronto conoceremos también a el «tigre de Bengala», el «elefante rubio del Indostán» y el «buitre sanguinario de Finlandia».

Cada bicho de estos será un exponente de la energía física de su país, el cual estará obligado a hacer por él todos los sacrificios precisos, a apoyarlo moral y materialmente y a vigilar con maternal delicadeza sus entrenamientos para que nada durante ellos le falte. Porque el Estado necesita tener un bicho famoso para que le den seramente un puesto en la Sociedad de las Naciones, y este bicho famoso precisa muchas cosas para actuar. No se puede ser campeón de nada sin el apoyo de una nación, sin sentirse asistido por la opinión pública, el Gobierno, los intelectuales y hasta los sinvergüenzas de una nación.

El «toro salvaje de la Pampa», en un momento de amargo quebranto, lo confesó, con acierto que admiramos: «Si la opinión pública de mi país no me apoya moralmente, yo no triunfaré». Y, ¿qué desgracia mayor para una nación que perder la posibilidad de un campeón mundial, no ayudando a su triunfo? ¿Qué responsabilidad más terrible para sus gobernantes?

A un hombre pacifista y un poco filósofo, lo cercaron en cierta ocasión varios hábiles polemistas, y le refutaron uno por uno todos sus argumentos en contra de la guerra. El hombre, sin nuevas razones que aportar en defensa de su convencimiento, se limitó a decir:

—¡Que luchen las fieras!

Y he aquí que las fieras van a luchar. El exponente de energía que representan el metafórico «toro salvaje de la Pampa» o la no menos metafórica «pantera de Orleans» se encuentran frente a frente hace varios días, y su lucha empieza a considerarse como una especie de pugna entre valores importantísimos de cada una de las naciones a que cada cual de las fieras pertenece.

Pero no será éste nunca un combate como el de Horacios contra Curiaios, del que dependía la salud y la tranquilidad de los pueblos que no querían destruirse mutuamente. Bajo el brillante espectáculo hay una honda y triste verdad: el empresario, la apuesta... un juego de azar como otro cualquiera. Y los enfáticos «toro salvaje» y «pantera negra» no son, en realidad, otra cosa que las bolitas fatales, un poco inocentes y cándidas quizá, de una inmensa ruleta disimulada.

tranvía lo hójea plácidamente y se lo mete bajo el brazo al descender; pero si no se lo lleva el resuelto y ágil *canillita*, cuando nota la falta ya está en casa, y la comida aparta su mente de la preocupación por la falta del diario.

El *canillita* pierde así, quizá la parte más considerable de su venta.

Nosotros queremos ser respetuosos con las disposiciones de la Autoridad; pero esta disposición que actualmente comentamos es, francamente, rechazable e injusta. Persiganse directamente los abusos que han dado margen a esta prohibición, y déjese al amiguito *canillita* ganarse su vida con esa simpática agilidad de ardilla-niño, en los tranvías burgueses, en los que marcha somnoliento y satisfecho de la vida el fastuoso y respetable señor Perezoso.

POR LA SALUD DEL PUEBLO

Estamos de enhorabuena los que nos sentimos pueblo en todas las acepciones posibles de la palabra. Se ha sancionado una ley que prohíbe el ejercicio de las profesiones que exigen título universitario, a las personas que no lo posean. Se trata preferentemente de proteger al pueblo contra los falsos médicos, los odontólogos improvisados, las comadronas de conventillo, y finalmente, todos los vividores del curanderismo ambulante. De manera que en adelante, si esta gente sigue haciendo de las suyas, tendrá que pagar multa o sufrir cárcel, en cuanto la policía dé con su persona y pueda probar sus mañas.

¿Que si nos mata alguien, lo hagan al menos con el correspondiente título profesional! — diría Molière — el terrible burlón — si viviera en estos tiempos, y en esta Montevideo admirable, alegre y confiada.

La disposición está bien. Todos los aplausos que le dediquemos nos parecerán siempre pocos. Pero, acabar con el curanderismo no es una cosa tan sencilla. La gente inculca seguirá teniendo fe en los curanderos, los utilizará a escondidas y sufrirá alegremente sus emplastos y brebajes. ¡Estamos seguros de ello! Con los curanderos no acabará la ley, por muy rígida que sea; los destruirá solamente la cultura del pueblo, y esto es lo que hay que procurar, aunque, provisionalmente, algunas multas y arrestos merecidos, contengan algo siquiera la actuación de esos peligrosos enemigos de la humanidad.



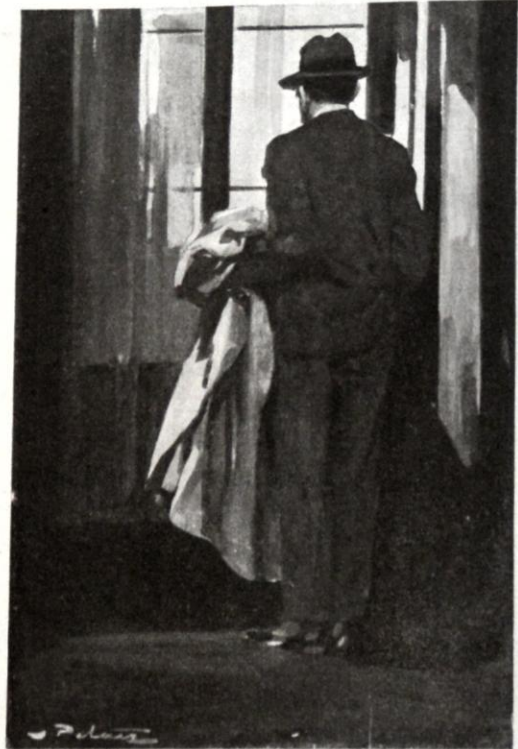
Fue un domingo por la tarde, al regresar de un largo paseo. Tulio Buti había alquilado aquella habitación hacia dos meses aproximadamente. La patrona, señora Nini, una buena vieja a la antigua, y su hija, una solterona pasada, no lo veían nunca, porque él acostumbraba a salir por la mañana temprano, y ya no volvía a casa hasta caída la tarde; sabían que era empleado del Ministerio de Gracia y Justicia, que era también abogado, pero no sabían más. La habitación, más bien angosta, modestamente amueblada, no presentaba ninguna señal de ser su alcoba, pues él, apropiado, con estudiado intento, quería permanecer en ella como un extraño, como un hospedado. Había, eso sí, puesto su ropa blanca en la cómoda y guardado algún traje en el armario; pero, quitado de esto, en las paredes, sobre los demás muebles, nada; ni un estuche, ni un libro, ni un retrato; nunca nada; ni tampoco nunca, sobre la mesa, un sobre roto, ni un periódico leído, ni sobre ninguna silla una prenda de ropa, un cuello, una corbata, que diera señal de que él se consideraba, se sentía en su casa.

Las Nini, madre e hija, tenían que no durase. Habían penado mucho para alquilar aquella alcoba. Ninguno de los que habían ido a verla quiso alquilarla. Realmente no era ni muy cómoda, ni muy alegre, con aquella única ventana que daba a una callejuela estrecha, pobre, y por la que no entraba nunca, ni aire ni luz, porque la oprimía la casa que había enfrente.

La madre y la hija hubiesen querido compensar tantas estrecheces con cuidados y atenciones para su inquilino; ya, cuando esperaba alquilar la alcoba, habían pensado y estudiado esos cuidados: «Le haremos esto... le daremos aquello...» y lo otro, y lo demás allá; principalmente, Clotildita, la hija, había estudiado y preparado tantas delicadas finezas, tantas cortesías, como decía la madre, sin segunda intención, sin dengues, sin melindres.... ¿Pero, cómo prodigarlas si el inquilino no se debía ver?

Tal vez, si le hubiesen visto, pronto comprenderían que sus temores eran infundados. Aquella alcoba triste, lóbrega, oprimida por la casa de enfrente, se acomodaba con el carácter del inquilino.

Tulio Buti iba por la calle siempre solo, sin que le acompañara siquiera esos dos camaradas de los solitarios más esquivos: el cigarro y el bastón. Con las manos hundidas en los bolsillos de su gabán, la cabeza metida entre los hombros, encorvado, el sombrero hundido hasta la



La luz de la otra casa

por LVI. PIRANDELLO

nariz, parecía que incubase el odio más sombrío a la vida.

En la oficina nunca cambiaba ninguna palabra con sus compañeros, los cuales, entre llamarle buho u oso, estaban indecisos, porque no sabían cuál de esos dos motes le cuadraría más.

Nadie le había visto entrar, por la noche, en un café; muchos, sí, le habían visto esquivar con rabia las calles más concurridas e iluminadas y sumergirse en la sombra de las callejas largas y solitarias de los barrios apartados y reclinarse a veces en torno al círculo de luz que los faroles reflejaban en las aceras.

Ni un gesto involuntario, ni la más mínima contracción del rostro, ni un parpadeo, ni un temblor de los labios, traicionaban nunca los pensamientos en que parecía estar absorto, la oscura pena en que totalmente se sumía.

Pero de esta pena secreta y de los oscuros pensamientos que debían anidarse en su frente, habían marcadas huellas en todo su rostro. Los laceramientos que habían causado en su alma eran evidentes, y se marcaban en la fijeza

congojosa de sus ojos claros, agudos, en la palidez del rostro deshecho, en el precoz encanecimiento de su despeñada barba crespa.

Tulio Buti nunca escribía ni recibía periódicos; no se paraba ni se volvía nunca para mirar nada de lo que ocurría por las calles y atraía la curiosidad de los demás, y si acaso, imprevisiblemente, le cogía un chaparrón, seguían andando con el mismo paso, como si no ocurriese nada.

Para lo que pudiese servirle la vida así, es cosa que nadie lo sabía. Puede que tampoco lo supiese él. Estaba... Acaso ni siquiera sospechase que se pudiese estar de otro modo, o que, estando de distinta manera, se pudiese sentir menos el peso de la nostalgia y de la tristeza.

No había tenido infancia; no había sido joven nunca. Las escenas salvajes de que había sido testigo en su casa, desde los más débiles años de su niñez, por la brutalidad y la feroz tiranía de su padre, habían devorado en su espíritu todo germen de vida.

Muerta, cuando todavía era

joven, la madre, a causa de las atroces sevicias del marido, se había desbandado la familia; una hermanita se había metido monja, un hermano se había fugado a América; también él, huido de su casa, errante, con increíbles trabajos, había conseguido por fin crearse la situación en que estaba.

Ahora ya no sufría. Parecía que sufría, pero se había agotado en él hasta el sentimiento del dolor. Parecía que siempre estuviese absorto en sus pensamientos; pero no, tampoco pensaba ya. El espíritu se le había quedado como suspenso, en una especie de tristeza atónica, que sólo le dejaba percibir, pero escasamente, un no sé qué de amargo en la garganta. Por las tardes, cuando paseaba por las calles solitarias, contaba los faroles; no hacía otra cosa, o miraba su sombra, o escuchaba el sonar de sus pasos, o alguna vez se paraba ante los jardines de los hoteles para contemplar los cipreses, herméuticos y sombríos como él, más llenos de noche que la noche misma.

Aquel domingo, cansado por su largo paseo de la calle Appia vieja, decidió desacostumbradamente, volver a casa. Todavía era pronto para cenar. Esperaría en su alcoba a que acabase de morir la tarde y llegase la hora de hacerlo.

Para las Nini, madre e hija, fue una muy grata sorpresa. ¡Ah! Clotildita hasta palmoteaba. ¿Qué cuidado, qué atención estudiada y preparada, cuál de todas aquellas finezas y cortesías singulares le prodigarían primero? Lo pensaron la madre e hija; de pronto, Clotildita, dió un golpe en el suelo con el pie, otro en la frente con la mano. ¡Dios, la luz, precisamente! Antes que nada, era necesario llevarle un quinqué, aquel tan bueno preparado de antemano, de porcelana con anipolas pintadas y la pantalla esmerilada. Lo cogió y se fue a llamar discretamente a la puerta del inquilino. Temblaba tanto, con la emoción, que la pantalla balanceándose, tropezaba con el tubo, que se iba ahumando.

—¿Se puede? La luz...
—No, gracias — contestó Buti desde adentro. — Ahora voy.

La solterona hizo un melindre con los ojos bajos, como si el inquilino la viese; le insistió:

—Pero si la traigo aquí... Para que no tenga que estar a oscuras...

Pero Buti contestó con dureza: —Gracias; no.

Se había sentado sobre el pequeño canapé, cerca del velador, y cerraba los ojos, perdidos en la sombra, que cada vez se adensaba más en su alcoba, mientras en los cristales de la ventana se





moría tristemente el último relumbrar del crepúsculo.

¿Cuánto tiempo estuvo así, inerte, con los ojos cerrados, sin pensar, sin advertir las tinieblas que ya le habían envuelto?

De pronto vio la luz.

Asombrado volvió los ojos. Si la alcoba se había iluminado de repente; se había iluminado con una blanda claridad discreta, como por un soplo misterioso.

¿Qué era? ¿Cómo había ocurrido aquello?

Se quedó un momento quieto, mirando aquella claridad como si fuese algo de prodigioso, y una intensa angustia le estrechó la garganta al notar con qué caricia tan suave se posaba la luz sobre su lecho, sobre las paredes, y hasta en sus manos pálidas, abandonadas sobre el velador. Le brotó, en aquella angustia, el recuerdo de su casa destruida, de su infancia oprimida, de su madre, y le parecía como si la luz de un alba, de un alba lejana, expirase en la noche de su espíritu.

Se levantó, acercóse a la ventana, y, furtivamente, desde detrás de los cristales, miró hacia allá, a la casa de enfrente, a la ventana desde la cual le llegaba la luz.

Vió una pequeña familia agrupada en torno a la mesa: tres niños, el padre, ya sentado, la madre, todavía de pie, que les cuidaba, procurando — como él podía conjeturar por los movimientos que veía — frenar la impaciencia de los dos mayores, que blandían la cuchara y se desazonaban en sus sillas. El último estiraba el cuello, removía la cabeza; evidentemente le habían anudado, con demasiada estrechez, la servilleta; pero si la madre se hubiese apresurado a darle la comida, ya no habría el sentido la molestia de aquel nudo demasiado apretado.

Ya, ya, ya está aquí. ¡Con qué voracidad se puso a comer! Toda la cuchara, entera, se la metía en la boca... Y el niño, tras el humo que se evaporaba de su plato, se reía. Ahora se sentaba también la mamaita allí, precisamente enfrente de él.... Tulio Buti hizo ademán de retirarse instintivamente al ver que la madre, al sentarse, había levantado los ojos hacia su ventana; pero pensó que, estando a oscuras, no podía ser visto, y se quedó, pegado a los cristales, mirando la cena de aquella familia y olvidándose por completo de la suya.

Desde aquel día, todas las tardes, al salir de la oficina, en vez de encaminarse a su acostumbrado paseo solitario, tomaba el camino de su casa; esperó todas las tardes a que la oscuridad de su alcoba se llenase serenamente con el alba de la luz de la otra casa, y quieto allí, junto a la

ventana, esperaba, como un mendigo, a saborear con infinita angustia aquella intimidad dulce y querida, aquel bienestar familiar, del que los demás gozaban del que también él, siendo niño, en alguna rara tarde de calma había gozado, cuando la madre... su madre.... como aquella.... Y lloraba.

Si. Este prodigio obró la luz de otra casa. La tristeza atónita, en la cual su espíritu se había cerrado suspenso durante tantos años, se abrió con aquella blanda claridad.

No pensó, mientras tanto, Tulio Buti, con todas las extrañas cavilaciones que aquella permanencia suya en la oscuridad habría de sugerir a la patrona y a la hija de ésta.

Ya dos veces más Clotildita le había ofrecido el quinqué en vano. ¡Si al menos hubiese aceptado una bujía! Pero, no, tampoco. ¿Es que se sentía mal? Se había atrevido a preguntarle esto, con tierna voz, ya en la puerta, en la segunda vez que fué a ofrecerle la luz. Él le había contestado:

—No; estoy bien así...

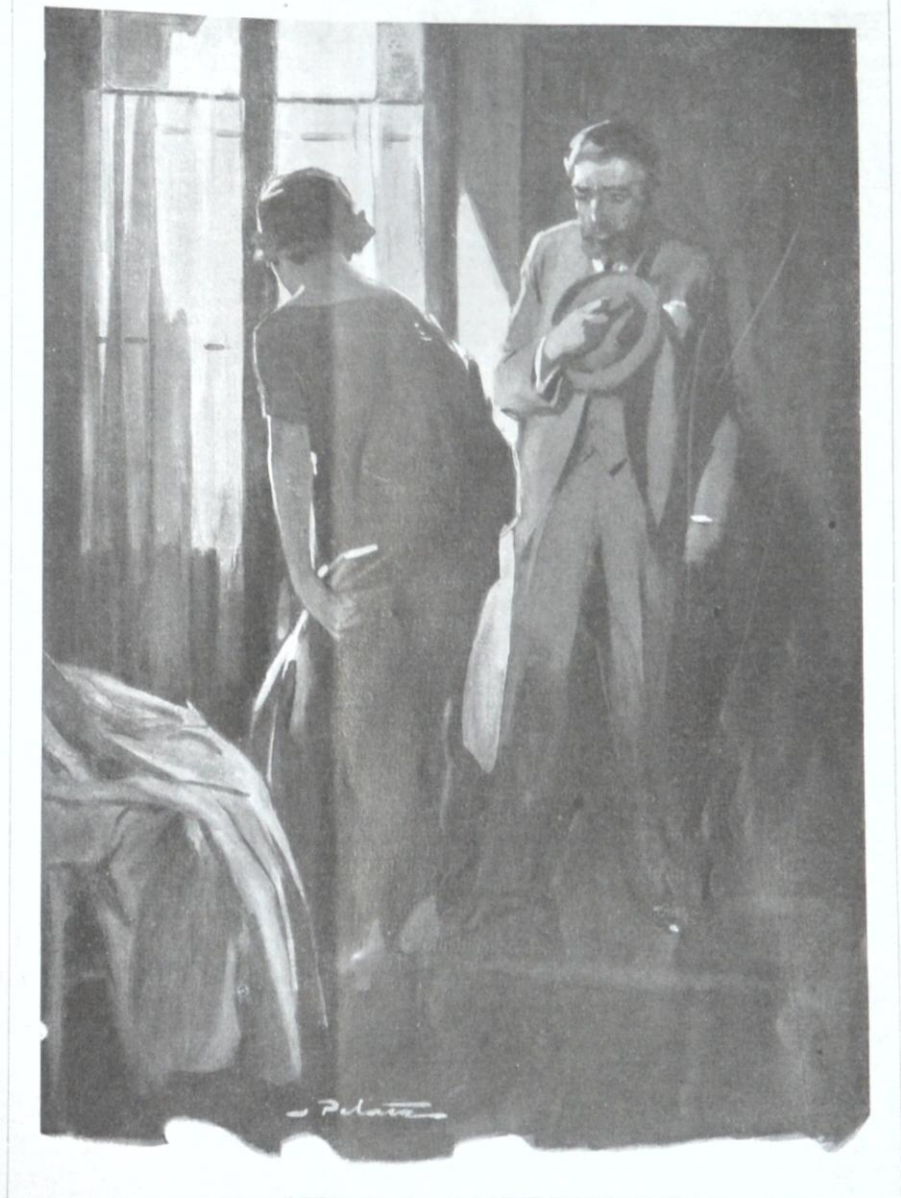
Por fin, ¡curiosidad muy excusable! Clotildita había espiado por el ojo de la cerradura, y, maravillada, había visto ella también, en la alcoba de su inquilino, la luz de la otra casa, de la casa de los Masci, precisamente, y había visto que él, escondido detrás de los cristales de la ventana, estaba mirando hacia allá, a la casa de los Masci...

Y Clotildita corrió, llena de sorpresa, a contar a la mamá su gran descubrimiento:

—¡Enamorado de Margarita! ¡De Margarita Masci! ¡Enamorado!

Algunas tardes después, Tulio Buti, mientras estaba mirando, vió con sorpresa que en aquella habitación de enfrente, donde la familia, como de costumbre, pero sin el padre, aquella tarde, se ponía a cenar, vió entrar a la vieja patrona suya y a la hija, que eran acogidas como antiguas amigas de la casa.

Pero Tulio Buti se retiró de





pronto de la ventana, turbado, anhelante.

La mamaita y los tres pequeños habían levantado los ojos para mirar, todos a la vez, hacia su ventana.

Sin duda las dos visitantes se habían puesto a hablar de él.

¿Y ahora? ¿Ahora puede que todo acabara! La tarde siguiente, aquella mamaita, o el marido, sabedores de que en la casa de enfrente estaba él, tan misteriosamente en la oscuridad, cerrarían sus ventanas, y así, desde entonces, ya no le llegaría nunca aquella luz, de la que vivía, aquella luz, que era su goce inocente y su consuelo...

Pero no fue así.

Aquella misma tarde, cuando se apagó la luz de enfrente, él, sumergido en la tiniebla, después de haber esperado un poco a que los pequeños se acostasen, se acercó cautamente a abrir los cristales de la ventana para renovar el aire, y vio también abierta la de enfrente. Poco después (sintió en la oscuridad un temblor casi de espanto), se asomó la mujer a la ventana, quizás movida su curiosidad por lo que habían contado de él las Nini, madre e hija.

Aquellas dos casas altísimas que abrían, una contra otra, los ojos de sus ventanas, no dejaban ver, hacia lo alto, la cinta clara del cielo, ni bajo, la cinta negra de la tierra: era algo como si mirara por una celosía. Jamás penetraba ni un rayo de sol, ni un rayo de luna.

Así que ella, allí, no pudo asomarse, sino por él, y, segura-

mente, porque reparó en que él se había asomado, a su vez, a su ventana apagada.

En la sombra apenas podían verse. Pero él, sin más, ya sabía que era hermosa; ya conocía todas las gracias de sus movimientos, la alegría bulliciosa de sus ojos negros, la sonrisa de sus labios rojos...

Más que nunca, sin embargo, aquella primera vez, por la sorpresa que le conmovió enteramente y le quitaba la respiración con un estremecimiento de inquietud cual insostenible, sintió pena; tenía que hacer un esfuerzo violento sobre sí mismo para no retraerse, para esperar que ella se retirase primero.

Aquel sueño de paz, de amor, de intimidad dulce y afectuosa, que según él imaginaba, era gozosa posesión de aquella familia, y del cual, por reflejo, hasta él había gozado, se rompía si aquella mujer, a hurtadillas en la sombra, se asomaba a la ventana por un extraño... Pero este extraño, ¿no era él? Y antes de retirarse, antes de cerrar la ventana, ella le cuchicheó:

— ¡Buenas noches!

¿Qué habrían fantaseado sobre él las dos mujeres que le hospedaban, para suscitar y acuciar de aquel modo la curiosidad de la vecina mujer? ¿Qué extraña y potente sugestión había operado sobre ella el misterio de su vida encerrada, que ya, la primera vez, ella, dejando a sus niños, había ido hasta él, casi a hacerle un poco de compañía?

¡Sí; el uno frente al otro, aunque ambos hubiesen esquivado el mirarse y hubiesen fingido, ante sí mismos, el estar en la ventana sin ninguna intención, los dos, ellos dos — él estaba tan seguro — habían vibrado con el mismo estremecimiento de ignorada espera, atónitos por la fascinación que desde tan cerca les conmovía en la sombra.

Cuando, ya bien entrada la noche, ambos cerraron la ventana, tuvo él la convicción de que la tarde inmediata, ella, cuando se apagara la luz, volvería a asomarse por él. Y así fue.

Desde entonces Tulio Buti no esperó más en su habitación la luz de la otra casa; esperó con impaciencia, por el contrario, que esa luz se apagase.

La pasión de amor, nunca por él conocida, llaméalo voraz, tremenda, en el corazón de aquel hombre, que tantos años había estado fuera de la vida, y asediado, trastornó y arrebató, como en un torbellino, a aquella mujer.

La misma tarde en que él abandonó la alcoba de las Nini estalló, como una bomba, la noticia de que la señora del tercer piso había abandonado a su marido y a sus tres hijos.

Quedó cerrada la alcoba que, durante más de cuatro meses, había hospedado a Buti; otro tanto sucedió con la estancia de enfrente, donde la familia solía todas las tardes recogerse para cenar.

Después la luz volvió a encender en aquella triste mesa, en torno a la cual, un padre, atónito por su tristeza, miró los rostros pasmados de los tres nenes, que no osaban volver hacia la puerta, por donde la mamá solía entrar todas las noches con la sopera humeante.

Aquella luz reencendida sobre la triste mesa, volvió entonces a iluminar suavemente la alcoba de enfrente, vacía.

¡Pasados algunos meses se acordaron Tulio Buti y su amante de su cruel locura?

Una tarde, las Nini, asombradas, vieron ante sí, tramudado y confuso, a su extraño inquilino. ¿Qué quería? ¿La alcoba, la alcoba, la alcoba! ¿La alcoba, si estaba aún desahogada! ¿No; no era para él; no era para que-



darse! ¿Para ir una hora tan sólo la quería, un momento sólo, aunque fuese todas las tardes, a escondidas! ¿Ah, por piedad, por piedad, por compasión hacia aquella pobre madre, que quería volver a ver desde lejos, sin ser vista, a sus hijos! Usarían todas las precauciones, hasta se disfrazarían; buscarían, todas las noches, la ocasión en que no hubiese nadie por la calle; pagaría el duplo, el triple de la pensión, sólo por aquel momento...

No. Las Nini no querían consentirlo. Sólo, hasta que alquilasen la alcoba, consentirían que alguna rara vez, — ¡oh, pero por caridad, a condición de que nadie les descubriese! — alguna rara vez...

La noche siguiente, como dos ladrones, fueron ellos. Entraron casi agonizantes en la alcoba en sombras, y vieron, vieron que se iluminaba todavía con la luz de la otra casa.

De esta luz tendrían que vivir ellos, así, desde lejos. ¡Ay!

Pero Tulio Buti fue el primero en no poder soportarla. ¿Cómo le pareció fría, ahora, hispida, espectral esa luz! Ella, por el contrario, con los sollozos que se le agolpaban a la garganta, bebiéndola como una sedienta, se precipitó hacia los cristales de la ventana, apretándose con fuerza el pañuelo contra la boca. ¡Sus niños... sus niños... sus niños... allí... mirálos... en la mesa... inocentes!

El acudió a sostenerla, y los dos permanecieron allí, apretados, clavados, espiando.



BAJO LA SUGESTIÓN DE TU PALABRA

A Juan Parra del Riego.

(INÉDITO)

Aquella tarde anduve, anduve, anduve, anduve...
Olvidé el largo tiempo de mi inmovilidad.
Recorrí el Chaco inmenso, el desierto Estero,
Vivi de Buenos Aires, la febril ansiedad.

Presencé la llegada de trenes al desierto,
Cargados de Futuro, en plena actividad;
El terrible combate del hombre con la tierra,
El bíblico castigo de la esterilidad...

El asalto a los trenes por la turba sedienta
Para arrancar al monstruo su viviente humedades;
Las pupilas febriles, las manos impacientes;
Y el rechazo implacable, la precisa crueldad...

Y luego, los obrajes del Chaco, la energía
Del hombre frente a frente con la fatalidad...
El desierto que a penas atraviesan los rielos,
En lucha monstruosa contra la inmensidad...

Aquella tarde anduve, anduve, anduve, anduve...
Ah ¡Por qué me volvíste a la inmovilidad!...

POEMAS de La INMOVILIDAD



PALABRAS...

... Las Palabras

(INÉDITO)

Deformaron el alma y la enlodaron...
¿En qué silencio te hallaré algún día,
Tú, que ignoras acaso, que mi silencio
Tiene tu misma voz?...

En el misterio de sus aguas quietas,
Inmóvil y desnuda,
Blanco nenufar-florece mi alma,
Y ascendió su corola del silencio
Cálido y aterciopelado
Donde una inmensa floración se abre...

A través de las aguas del silencio,
¿Qué heroísmo floral ha de enviarme
Su amoroso mensaje
De corola a corola,
Y fecundar mi pensamiento
Navegando callado, en el misterio
Lustral de los silencios?...

... Las palabras

Deformaron el alma, y la enlodaron...

AUTOMOVILISMO

UNA RESOLUCIÓN INCONSULTA

¿NOS QUEDAREMOS SIN FORDS?

El Concejo Departamental, en una de sus últimas sesiones, ha dictado una resolución, basándose, no sabemos en qué fundamentos, que es a todas luces improcedente, y que entraña un atentado, contra una determinada y popular marca de automóviles: los Ford. Por la misma se establece, que a partir de una fecha próxima, la Dirección de Rodados no podrá empadronar ningún automóvil que tenga la dirección a la izquierda. Ahora bien, no es un secreto para nadie, que casi los únicos coches que han adoptado la dirección a ese lado, son los Ford, desde que las otras marcas, que también la traen, es a pedido especial del cliente que la solicita, por lo tanto, el decreto del H. Concejo Departamental, para el caso, podría haber sido éste: A partir del día tal, del mes tal, la Dirección de Rodados no procederá, bajo ningún concepto, a empadronar coches de la marca Ford.

Decimos más arriba que ignoramos en qué se fundamenta tan arbitraria disposición, y así es, en efecto, pues no vemos ningún hecho, que ni remotamente pueda justificarla. ¿Es, acaso, fundándose en que siendo el tráfico de nuestra ciudad por la izquierda, el conductor que guía un coche con la dirección a ese lado tiene un radio de visión menor que el que lo hace con un coche de dirección a la derecha, y por lo tanto, al adelantarse a otro vehículo, tomando momentáneamente la mano contraria, corre peligro de chocar con los que vengán en sentido inverso? Pero si es así, ¿ignoran los sesudos municipales, que por una resolución que ellos mismos han dictado, está terminantemente prohibido a todo conductor de autos, abandonar ni aún por un instante, la mano reglamentaria, y que es penado con multa el sobrepasar el eje de la calle? La única razón que vemos para dictar una resolución como la que nos ocupa, es la que dejamos escrita, y bien se ve cuán sin fundamento es. Y más que nada, en la práctica diaria, ¿cuántos accidentes o inconvenientes se

han producido por la exclusiva razón de tener un coche la dirección a la izquierda? Casi se puede afirmar que ninguno, y si los ha habido, nunca en número tal que justifique tan draconiano decreto.

Tenemos entendido que la fábrica de automóviles Ford (que es, lo repetimos, la única a quien afecta la disposición que comentamos), enterada por sus agentes de lo dispuesto por nuestras autoridades municipales, ha hecho saber a los mismos que a partir del día que entre en vigencia el decreto de marras, no importará más coches al Uruguay, lo que implica de hecho, el cierre de todas sus agencias en ésta. Y es lógico que así sea. Por muchos Fords que se vendan en nuestro país, son siempre un número pequeño, con relación a la producción de la gigantesca fábrica norteamericana, y nunca compensarían los grandes trastornos que implicaría para la misma el construir un tipo especial para el Uruguay. Pero el primer perjudicado si tan desagradable hecho se pro-

dujera, sería el propio municipio, pues dejaría de percibir el importe de las patentes de los innumerables *fortachos* que mensualmente se empadronan, y que, como es bien sabido, constituyen un altísimo porcentaje, en la suma total, que por este rubro entra en las arcas de la Comuna. De manera que, empleando una frase vulgar, pero muy gráfica, nuestros ediles han escupido al cielo. Esperemos que el buen sentido vuelva por sus fueros, y que se reconsidere la resolución tomada, y si los miembros del Concejo Departamental desean ocuparse en algo de positiva utilidad, allí tienen problemas tan interesantes para resolver, como el tráfico en las calles Colón y Ciudadela, y el contralor más riguroso de la capacidad de los que se presentan a rendir examen que los habilita a conducir automóviles.

CONSULTORIO

J. R. Z. — El Gran Premio de Italia ha sido postergado para mediados de Octubre, pero ignoramos por qué motivos.

La marca que usted cita hace muchos años «que no toma parte en ninguna carrera (a lo menos oficialmente)», lo que no impide que sean coches de excelente fabricación.

Delco (San José). — Nuestra experiencia personal nos dice que esos productos no dan tan brillantes resultados como preconizan sus vendedores. Si desea puede hacer la experiencia usted mismo, pues si bien no notará ninguna ventaja, tampoco se expone a sufrir inconvenientes graves, desde que son simplemente inofensivos.

La velocidad en un coche se aumenta (dentro de ciertos límites), disminuyendo el peso de las piezas en movimiento, y usted logrará resultados apreciables realizando el cambio que proyecta. Pero no olvide que el coeficiente de dilatación del aluminio es mucho mayor que el del hierro, y por lo tanto, los pistones tienen que ser algo menores.

Ralph de Palúa. — Bajo ningún concepto, se deben agregar substancias extrañas a la benzina con objeto de lograr mayores velocidades. Si usted agregara cualquiera de las que indica, pronto notaría las consecuencias funestas de su ensayo.

EL VARITA.

EL PAGO DE LAS PATENTES

FECHAS DE SUS VENCIMIENTOS

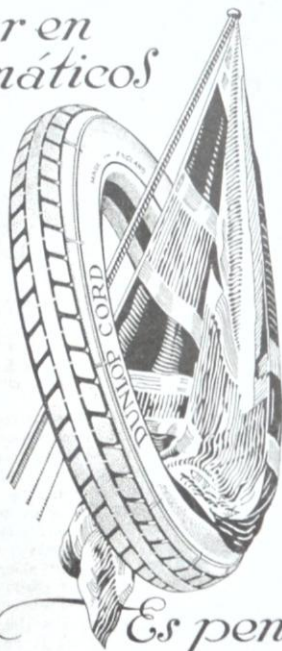
Llamamos la atención de nuestros lectores sobre los plazos que el Concejo de Administración Departamental ha establecido para el pago del impuesto de Patentes de Rodados. Como hasta la fecha han vencido los comprendidos a las numeraciones del 1 al 5000, incluso motocicletas y chavas de prueba, detallaremos más abajo las fechas de los plazos que aún faltan.

5.001 al 7.000, del 6 al 20 de Setiembre.

7.001 al 12.000, incluso autos, del 21 de Setiembre al 5 de Octubre.

Al vencimiento de los plazos fijados precedentemente para cada serie, comenzará la fiscalización de los vehículos citados en ellas.

Pensar en
Neumáticos

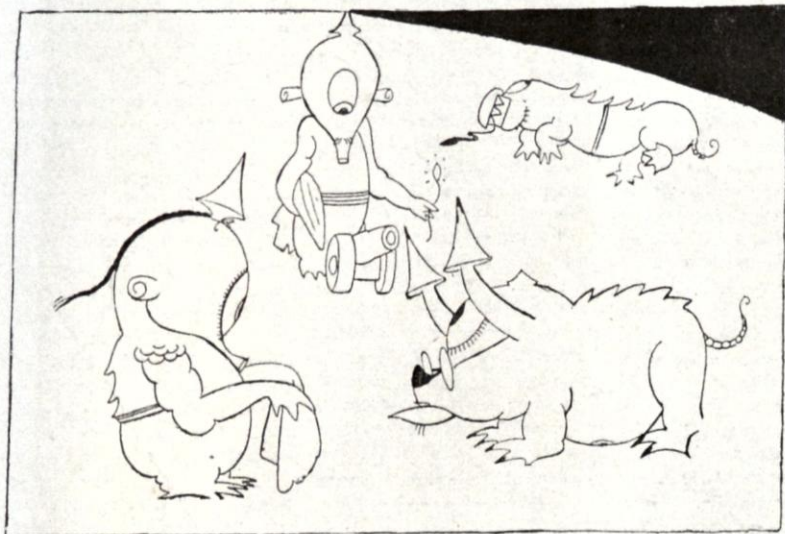


Es pensar en
DUNLOP

La Caricatura Extranjera

El viaje de Bagaría al planeta Marte

(De "El Sol" de Madrid)



Bagaría continúa sus extraordinarias aventuras, de las que no queremos privar a los lectores de "ACTUALIDADES".

Marte, sábado, 16 agosto.

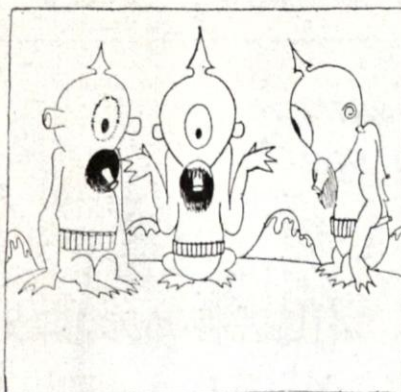
Estoy satisfechísimo. El Gobierno marciano ha organizado, en honor de mi patria, una corrida de toros. Los jefes marcianos rivalizaron en valentía en el arte de Cúchares, sobre todo el individuo número 25.328, tesoro de la ciudad, que puso un par de banderillas monumentales. Al individuo número 38.516, ilustre jefe de la gendarmería marciana, le fué encomendada la suerte suprema. Lo hizo tan bien que dejó al toro como en visita. Es inútil decirles nada más. Por el adjunto dibujo se darán cuenta de cómo fué la fiesta. —Bagaría.

Marte, lunes, 18 de agosto de 1924

Querido director: Hoy he estado charlando con el labrador 23.742. Le rogué que me condujera a algún sitio donde pudiéramos tomar cerveza. Mas, ¡ay de mí!, que aquí no existe esto. Es tanta la indignación que siento, que no sé si podré esperar al día 23, fecha en que pienso regresar, aprovechando el acercamiento. ¡Yo sin cerveza! Si durara mucho tiempo mi estancia aquí, me volvería austero. Y entonces,



¿qué haría arrastrando por la vida esa pesada carga de la austeridad? ¡No y mil veces no! ¡Pensar que entonces me tendría que comprar un chaqué, usar lentes de carey, y ser el ilustrador de las obras de Spengler! ¡Jamás!



No tuve más remedio que resignarme y cumplir mi obligación. Así, pues, les voy a narrar un hecho que me contó mi amigo 23.742, para demostrar que la psicología de los planetas habitados es muy parecida.

Había que se había (y no va de cuento) en las montañas marcianas una plaga de monstruos que llenaban de desolación aquellas tranquilas aldeas. Era tanto el daño que hacían, que el jefe del Estado pensó poner remedio y acabar con la plaga de monstruos. Y sin perder momento creó una gendarmería matamonstruos, muy bien retribuida, para así acabar con ellos.

Empezó la matanza con gran acierto. El Cuerpo de Matamonstruos era alabado en todos los rincones de Marte, que día tras día veía renacer la tranquilidad en sus aldeas.

Mas ¡ay!, que todo acaba. A la vuelta de unos años ya no quedaban casi monstruos en los montes marcianos, y un día se reunieron los matamonstruos, que vieron llegado el fin de sus cargos si se acababa la plaga; y para que así no fuera, acordaron por unanimidad no matar más fieras, sino ayudar a su procreación. Y así acaba esta marciana historia.

Agradeci al 23.742 su narración, y le dije que esto pasa en todos los planetas habitados. Matamonstruos sin monstruos es como médico sin microbios, periódico sin sucesos y un servidor de usted sin cerveza.

Salud y hasta la próxima. — Bagaría.

Marte, miércoles 20 de agosto de 1924.

Querido director: Estoy a punto del suicidio. Siento que la austeridad se está apoderando de mí de un modo alarmante. Me he convencido de que cuando uno está fuera de su planeta es cuando aprecia todo su valor. ¡Ah, el Baden-Baden de mis Madriles!... Hoy he pasado toda la mañana paseando en el Parque Marciano, dejando una estela de melancolía detrás de mí. ¡Si tuviera por lo menos periódico! El único que recibo es el mío; pero con gran retraso. Se conoce que el repartidor se entretiene en algún planeta tomando caña. Esta falta de periódicos me subleva.

En esta situación de ánimo me encontraba, cuando tropecé con un célebre historiador marciano. Me saludó muy amablemente y me invitó a ir a su casa. Yo acepté en el acto, con la intención de poder enterarme del historial del desaparecido periodismo marciano. Llegamos a su casa, me presentó a los que soportan al historiador (es decir, su familia), y, después de los saludos acostumbrados, nos retiramos a un saloncillo. Una vez sentados, me hizo varias preguntas sobre la historia de la Tierra. Yo le contesté como supe, y, sin perder momento, le pregunté la verdad de la no existencia de periódicos en Marte. Y a continuación transcribo fielmente lo que me dijo el historiador:

—Como usted ya sabe, hace ochocientos veintinueve años y cuatro meses, que en Marte empezó la previa censura. ¡Día feliz para la historia de Marte!

Como por encanto, desde aquel momento acabaron los crímenes; atracos, robos, desaparición de bellas filles marcianas, etc., etc. Los marcianos se sentían felices. Y entonces llegó lo que tenía que llegar; el pueblo, sintiéndose feliz, y convencido de que la causa de todos los males eran los periódicos, armó un motín en contra de ellos. «¡A ellos! ¡A ellos!», gritaba enfurecida la muchedumbre. «Ellos, sólo ellos son los culpables de todas las calamidades marcianas». Y asaltaron las Redacciones, destruyeron sus máquinas, mataron a sus redactores y a sus respectivas familias, y así acabó la historia del periodismo en Marte.

Su esclavo. — Bagaría.





EL ABISMO

Por MARCELO PEYRET

Ilustró expresamente C. A. Senéz.

Escrito para "ACTUALIDADES"

MAGDA había terminado de arreglar la última valija y el reloj sólo marcaba las quince. Su esposo no volvería hasta la noche, con el tiempo preciso para cenar, antes de partir ambos por el nocturno a Mendoza.

Esa era la última tarde de su temporada en Buenos Aires, donde el matrimonio acudiera por ciertos asuntos del marido. Era la primera vez que Magda, nacida y criada en la ciudad provinciana bajaba a Buenos Aires, a esa Buenos Aires con la que tanto había soñado de soltera. Ella no estaba hecha para la burguesa y tranquila vida de provincias. Tenía la cabeza llena de humo,

excitada por la lectura de novelas y ambicionaba casarse con un hombre que la trajera a vivir a Buenos Aires, donde su espíritu ansioso de sensaciones nuevas, lleno de curiosidades, iba a hallar el medio adecuado para satisfacerlas. Por eso rechazó varios partidos ventajosos, pues los pretendientes, mozos del lugar, estaban arraigados allí, en la ciudad andina, por vínculos de interés y de familia.

Pero llegó un momento en que hubo de decidirse. Los años pasaban y ella cumplía el cuarto de siglo aún soltera. Se casó entonces con Gabriel Morales, que acababa de ser nombrado juez, y que era uno de los pocos preten-

dientes que no se habían desazonado por la indiferencia de Magda. Además de su carrera poseía una pequeña renta que hacía desahogada la vida del matrimonio.

Hombre reposado, como cuadra a un juez, después de los primeros tiempos de casados, encausó su vida dentro de los límites que su posición y su respectabilidad le marcaban. Pero Magda, después de desflorar la novedad de su nueva vida, comenzó a hastiarse. En rigor de verdad no podía quejarse: nada le faltaba, pero esa no era la existencia que ella había soñado. Era menester un poco de locura, un poco de imprevisto con que

romper la monotonía gris de esa vida. Y en Mendoza no la hallaba. Su marido ajeno a sus ansias, no sospechaba las inquietudes de su esposa. La creía feliz, como lo era él, disfrutando de la dulce tranquilidad de su hogar, en medio de una sociedad donde eran respetados y estimados.

Magda, durante mucho tiempo esperó un hijo, con cuyo cuidado llenar las largas horas de sus ocios, pero su matrimonio resultó estéril. Y como era una buena mujer concluyó por resignarse. La vida era esa, distinta de la que en las novelas se pintaba, y había que aceptarla tal cual era sin inútiles rebeliones.

Cinco años de matrimonio habían concluido por habituarla a no esperar otra cosa, y como todas sus amigas le decían que era una mujer feliz, concluyó por creerlo. Sin embargo, no dejó por eso de leer novelas, aunque ya sin pretender vivirlas. Las horas que dedicaba a la lectura era la única concesión hecha a sus sueños primitivos.

Sin embargo, cuando su marido, llamado a Buenos Aires por un negocio en que había invertido parte de su capital, le ofreció llevarla consigo, aceptó entusiasmada. Y ya en la capital, en medio del bullicio de la gran urbe, huyó como un renacer de sus ansias dormidas, de deseos abandonados. Hacía una semana que habían llegado, y en ella Magda se había dedicado a hacer compras, acudiendo a las tiendas, revolviéndolo todo antes de elegir algo, pasando así las tardes que su marido dedicaba a sus negocios. Por la noche él la llevaba a los teatros, pero las tardes las tenía todas ocupadas. Magda no sufría por ello. Le placía andar por las calles, detenerse ante los escaparates, asistir como espectadora a la vida febril de la ciudad. Al volver al hotel llevaba la imaginación excitada, pensando en esa vida a la que había aspirado con tanta intensidad, y a la que se había visto obligada a renunciar. Era entonces con melancolía que pensaba en lo que pudo haber sido si el destino le hubiese deparado otro marido, menos formal, menos reposado que el suyo, un poco más aventurero, de medios de vida más inciertos, y sobre todo un poco más joven, más soñador, con el que la vida hubiera sido tan distinta de la que llevaba. Sin embargo, todas sus amigas le decían que era feliz... y ella debía creerlo así.

Esa tarde era la última pasada en Buenos Aires. Unas horas más y volverían a la ciudad provinciana a reanudar la existencia de siempre, monótona, gris...

De pronto sintió la imperiosa necesidad de aprovechar esas horas. Era un crimen, siendo las últimas, de pasarlas allí, en la habitación del hotel. Ya no tenía compras que realizar, pero saldría, saldría sin rumbo, sin motivo, a impresionar la retina con una última vista de la ciudad soñada.

Se despojó del peinador y se miró al espejo. Era bella y joven aún. Pensó con tristeza en esa belleza y en esa juventud desperdiciada. Su marido ya hacía mucho que no se impresionaba con ella, manteniendo relaciones tranquilas, sin arrebatos, sin exaltaciones. Jamás había reparado en el cuidado que ella ponía en sus toillettes interiores, en esas prendas de seda, lujos inútiles que nadie apreciaba, en el cuidado de su cuerpo, en los mil pequeños detalles tan importantes en las heroínas de las novelas que leía. Ellas se arreglaban así, preparando sus horas de amor, sabiendo que sus amantes se regocijaban al contemplarlas enmarcadas en esos refinamientos

de tocador... en cambio, ella, ella lo hacía porque sí, sabiendo que nadie nunca lo apreciaría. La respetabilidad de su marido y el ambiente en que vivían alejaba por completo la idea de una aventura. Ni ella se animaría a faltar a sus deberes, exponiéndose al escándalo, ni existía a su alrededor el hombre capaz de encender sus entusiasmos, el amante de novela que había de comprenderla, que había de satisfacerla en sus sueños... ¡No! allí en la ciudad de provincia los hombres eran juiciosos, y los que no lo eran, tenorios de café, jamás se atreverían a poner sus ojos sobre la esposa del doctor Morales. Por otra parte, ninguno era capaz de guardar un secreto, de contentarse con gozar su aventura suprimiéndose la imbecil vanidad de relatar a sus amigos su buena fortuna.

¡Si viviera en Buenos Aires! Es tan grande, tan discreta la ciudad, y existirían en ella hombres de otra clase, que quizá Magda... ¡pero no! Ella era una mujer honrada, respetuosa de sus deberes.

Concluía de vestirse. Dióse un poco de rouge en los labios — en Buenos Aires eso no está mal visto — y acentuó con el lápiz la sombra de sus ojeras y salió.

Como de costumbre, comenzó a caminar, sin rumbo fijo, deteniéndose ante los escaparates, fijándose en el movimiento de la calle, dándose vuelta cuando algo le llamaba la atención. De la Avenida de Mayo, donde se hallaba el hotel en el que se hospedaba, dobló por Maipú, deteniéndose a leer las carteleras de un teatro, un music-hall a donde su marido no había querido llevarla. A esa hora hallábanse abiertas las puertas del vestíbulo y Magda pudo examinar su interior. Estaba lleno de mesitas donde por la noche se reunían los *habitués* a tomar algo, acompañados por las mujeres que, según su marido, concurrían allí. Magda imaginó la escena. Luego echó a andar, despacio, sin prisa, pensando en el espectáculo vedado.

— ¡Qué hermosa!

Era un hombre que le susurraba el requiebro al oído, rozándola casi. Magda sintió el aliento

del atrevido y apresuró el paso. En la esquina, creyéndose ya libre del importuno, se dio vuelta para mirarlo, acicateada por la curiosidad. Lo encontró tras ella, pisándole casi los talones.

— ¡Lo más lindo que he visto en los últimos diez años.

Magda, nerviosamente siguió su camino. Pero ahora sentía tras sí los pasos del desconocido; apresuró los suyos y dejó de oírlo. Entonces volvió a darse vuelta. Lo percibió a media cuadra y sus miradas se cruzaron.

Como Magda advirtiera que el otro continuaba en su seguimiento ya no se detuvo más. Pero el desconocido, un hombre relativamente joven, con rostro lleno de audacia y decisión, se le puso a la par.

— ¡Quieres que te acompañe?

La indignación empurpuró las mejillas de ella al sentirse tratar así. Estuvo tentada de cruzar la cara del insolente de una bofetada, pero su timidez pudo más que su indignación, y siguió caminando. El otro la siguió. Entonces Magda se dio cuenta de lo que pasaba: su perseguidor, al encontrarla parada ante el music-hall la había confundido con una trotacalles. Quizá la seguía desde antes y al ver su actitud, ese caminar sin prisa, sin rumbo determinado, parándose en los escaparates, lo había inducido a pensar que era una de esas mujeres fáciles que buscan en la calle a su clientela.

Magda apresuró el paso. Ahora ya no estaba indignada — comprendiendo la actitud de su perseguidor — sino atemorizada. El intenso tráfico de peatones le impedía ir más a prisa, haciéndola detener a cada instante. Poco a poco volvió a sentirse dueña de sí misma. Y entonces su situación se le antojó original, divertida. ¡Eso de confundirla a ella, a la esposa del doctor Morales con una trotacalles no dejaba de tener gracia! En Mendoza eso no le hubiera ocurrido nunca; todo el mundo la conocía. En cambio aquí... aquí no era nadie, era una mujer como cualquiera, una señora o una horizontal, todo dependía de la perspicacia de la gente y de la conducta de ella. ¡Qué poca cosa era la virtud

para que pudiera confundirla así! Si, porque ella... y de pronto, en su cerebro de lectora de novelas, surgió una idea que en vano quiso rechazar. Si, ella, la señora de Morales, si quisiera podía transformarse instantáneamente en otra cosa. Si se le ocurriera podría correr la aventura, ser una horizontal, y en seguida, como nadie lo sabría, nadie más que ese desconocido, tornaría a ser la señora de Morales, para todo el mundo. ¡Dios, que poca cosa era su condición de mujer decente en la vida! Podía perderla y reconquistarla con tanta facilidad como impunida.

— ¡Vas a hacerme caminar toda la tarde? Detente y hablemos.

Por el cerebro de Magda cruzó una idea diabólica. La tentación de aplacar su curiosidad se insinuó en su espíritu marcándola, vedándole el examen de la transcendencia, de la monstruosidad de lo que estaba pensando.

Si ella quisiera, esa tarde, sin peligros, toda vez que a la noche tornaría a Mendoza, podría vivir unas horas la vida de esas cortesanas heroínas de tantas novelas. Conocería de golpe infinidad de sensaciones nuevas. Se sentiría tratar como nunca la había tratado nadie, conocería a un hombre bajo una faz que siempre le estaría vedada y gustaría el agri-dulce sabor del pecado, todo sin responsabilidad, sin obligarse después a nada, pudiendo, una vez aplacada su curiosidad, volver a reanudar su vida de antes. Y la aventura de esas horas moriría en el anonimato, no subsistiendo sino en su recuerdo, como un matiz, el único matiz exótico de su vida.

Magda se acordó de cierta tarde en que con su marido hiciera una excursión a los Andes. Ella se asomó a un precipicio y sintió la misma sensación de ahora, el mismo deseo confuso de saltar a lo vedado. Era un vértigo que la atraía hacia el abismo. Cuando iba ya a caer, la mano de su esposo la detuvo, retirándola del sitio peligroso.

Ahora estaba a la vera de otro abismo, y sentía la misma atracción morbosa, el mismo deseo de saltar, que le oscurecía la razón.

Las ideas se le confundían. Su perseguidor, un poco fastidiado ya se le puso a la par y la tomó de un brazo.

— ¡Pero a dónde vas?

Ella no supo qué responderle. Entonces él llamó a un coche.

— Sube.

En el fondo de su conciencia se alzó una protesta. Pero no pudo expresarla. Vaciló antes de obedecer.

— ¡Sube!

La voz era más enérgica. Atrás del coche, se detenía una larga hilera de vehículos. El conductor de un tranvía, impaciente, pidió paso tocando la campana. La bocina de varios autos lo acompañaron.

— ¡Sube!

El hombre, nerviosamente, la empujaba hacia el interior del coche.

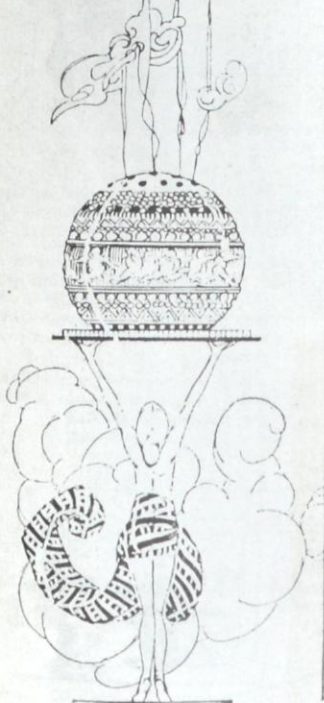
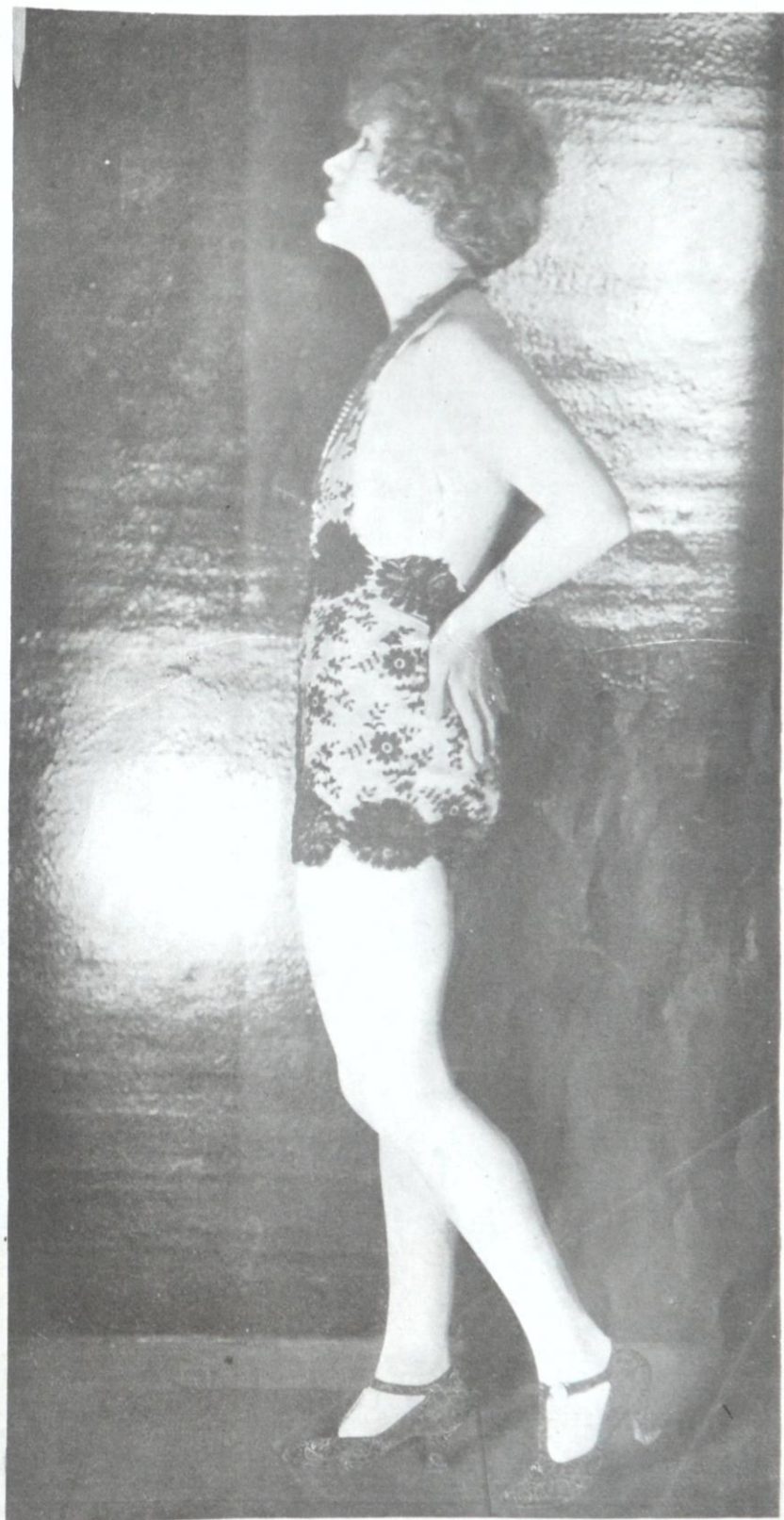
Y Magda, perdida toda voluntad para resistir, dócilmente subió.



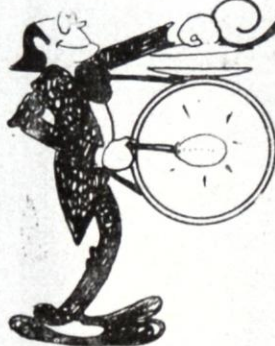
BELLEZAS
DEL CINE

Kathlyn
Clifford

DE LA PARAMOUNT



Onata de la Semana



LAS QUINIELAS Y EL MINISTRO ARÉCHAGA



Pún, pún, pún. Tres golpes en la puerta. Yo me vuelvo y exclamo:

—¡Adelante!

El pestillo que se mueve, la puerta que se abre, una mano que asoma con bastón, el bastón que golpea en el pavimento. Me levanto de un brinco y repito:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Ya está el hombre íntegramente frente a mí.

—¿Es aquí dónde reciben las protestas?

Al principio no sé qué decir. Si el lector conoce el aire de estos hombres que vienen con la pro-

—Pues, que pasen los demás.

—No; no hace falta. Cuanto menos bulto, más claridad. Yo vengo a protestar contra el ministro Aréchaga, que es... ¿hay alguien que pueda oírnos?

Mutis de cajón. El del garrote va hasta la puerta, pasea la mirada por los muebles, y luego se me acerca hasta el oído. Aquí escupe un vocablo que me pasma. Reacciono y le digo:

—¡Hombre, no! Le conozco. Somos amigos.

—Pues entonces me largo a la calle.

persiguen. A lo mejor van a querer que trabajemos en un país donde no trabaja nadie. Y si no, vea los discursos de Mibelli. Todos los discursos de Mibelli tienen un punto muerto, como las conferencias internacionales, y es el punto en que Mibelli acusa a la policía de que persigue a los trabajadores. La policía no nos persigue más que a nosotros. De manera que una de dos: o los trabajadores somos nosotros, o aquí no hay trabajadores.

—En cambio, hay perseguidos.

—Efectivamente: los quinieleros.



—Tampoco eso. ¿Por qué protestan ustedes?

—Protestamos porque somos quinieleros y el ministro nos quiere reventar con una ley de excepción.

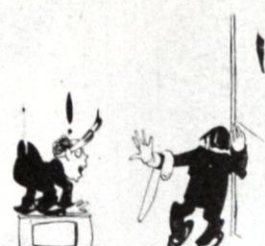
—Es que ya son ustedes demasiados. El ministro ha tenido que decir en la Cámara que no hay nada que hacer para extinguirlos a ustedes con los recursos de que dispone, porque si bien es verdad que cuanto más se les persigue más los atrapan, también lo es que cuanto más los atrapan más son en número.

ros. Pero yo pregunto ahora: ¿para qué se nos persigue? ¿Para que cada día seamos más?

—Perdone usted. Eso parece un lugar común.

El hombre dió un garrotazo contra el suelo. Replicó:

—Lo común, entre nosotros, es no entenderse. Si el ministro asegura que los quinieleros aumentamos con la persecución, lo lógico será que se nos deje libres hasta que no, extingamos solos. O eso, o colocarle detrás un guardia civil a cada ciudadano que juegue a las quinielas. Entonces



testa, yo le ruego que se coloque en mi lugar. Como nada respondiendo, el hombre agrega con ademán resulto:

—Soy quinielero y vengo a protestar.

Le señala una silla del despacho.

—Tenga usted la bondad de sentarse.

—Imposible. Estoy volado. O mejor dicho, estamos volados. Porque yo vengo en corporación.



—¡Curioso fenómeno!

—Muy curioso.

—Pero yo pregunto entonces: ¿por qué nos atrapan?

—¿Y qué quieren ustedes?

—Nosotros ya se sabe lo que queremos. Lo que no se sabe bien es lo que quieren los que nos

no quedaria más que un peligro: el de que también jugase el guardia civil.

—En eso está de acuerdo el ministro Aréchaga. Por eso lo que pide no es que se le aumente el número de guardias civiles, sino que se le proporcione otro instrumento legal más expeditivo.

Y no hay derecho, señor. Está bien que no haya que trabajar para vivir; pero es absurdo que no se pueda vivir sin trabajar.

—Ahora tiene usted razón.

Se la dió con toda el alma y le juré ocuparme del asunto. El hombre cambió de mano su bastón y me extendió la diestra emocionada.

Allá va diciendo pestes del ministro Aréchaga. Yo lo deploro por razones de amistad.



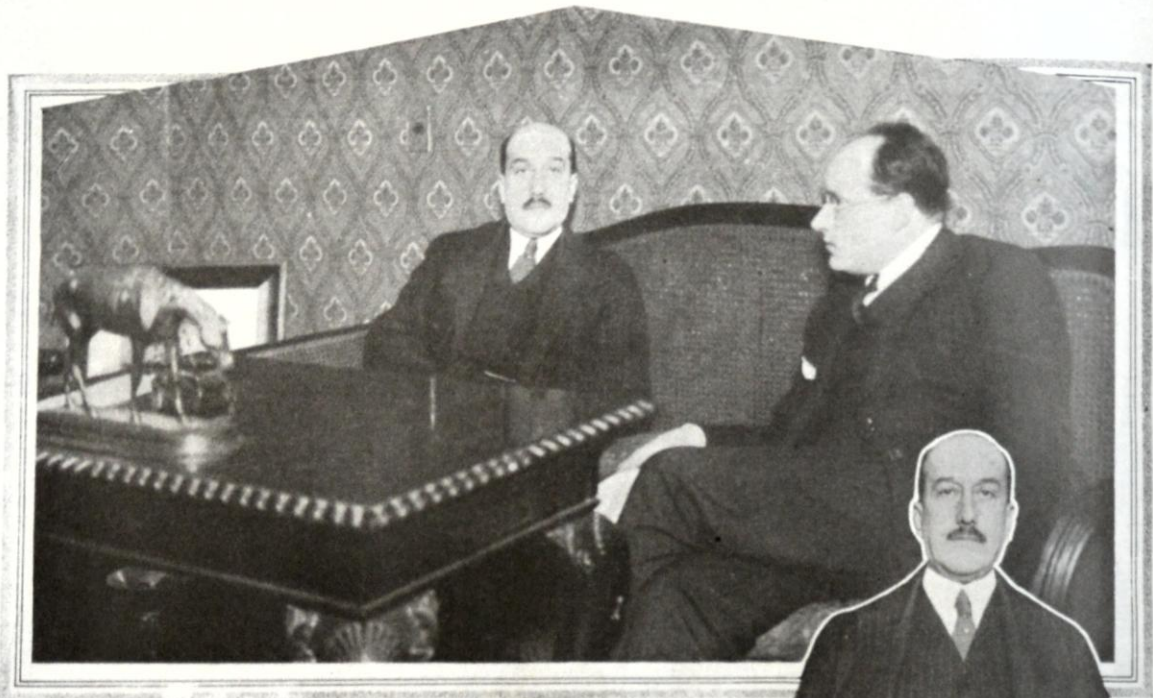
EL MICROBIO DEL DESPACHO

Dibujos de POG GI



Paisajes Artísticos

El Arroyo Miguelete



El Jockey Club, no es solamente un círculo aristocrático que administra el Hipódromo y vive espléndidamente con los resultados económicos, siempre abundantes de las carreras. Hay que conocerlo un poco en su intimidad para saber esto y comprender la cantidad de préstamo de energía y progreso que hace continuamente a la ciudad y a la República. Con el objeto de enterarnos un poco en la vida interior de esta Institución, tan vital y tan importante, quisimos hablar un momento con el doctor Blás Vidal, su actual Presidente. El doctor nos recibió con esa amabilidad que le ha conquistado la estimación y el cariño de tantas personas, nos sentó a su lado en una salita del Club y estuvimos conversando largo rato con él. El tiene en el rostro esa cara serena y apacible que caracteriza a los hombres sin luchas excesivas en su vida, tranquilos, correctos siempre dueños de sí, emprendedores sin impaciencias, resueltos sin balandronadas. Su sonrisa expresiva, transparente ese espíritu culto y convencido de quien camina hacia su puesto, sin inquietud de no llegar, y sin temor de equivocarse de ruta.

Empezó el doctor Blás Vidal por mostrarnos la Memoria de la Comisión Directiva, durante el ejercicio de 1923-24, y que estaba recién terminada de imprimir. Esta Memoria expresa, con la claridad indiscutible de los números, la utilidad del apoyo que el Jockey Club presta continuamente a la nación no solamente en los fines propios del turf sino en otros problemas de beneficencia y de cultura, aparentemente fuera de su actividad.

En todos los asuntos nacionales el Jockey Club participa directa o indirectamente. En las obras de interés público, como en las aportaciones económicas para remediar alguna sensible pérdida, siempre participa.

En la Memoria están anotadas las subvenciones al Hospital Maciel, al Instituto Nacional de Ciegos, a la Asociación Patriótica del Uruguay, al Comité Pro Cárceles, a la Casita del Niño y aparte del sentido benéfico de estas obras, con un fin de cooperación a empresas de otro carácter, las subvenciones a la Comisión del Centenario de la Batalla de Sarandí, Comisión de Homenaje a Pasteur, Guardia Nacional, etc.... En todo esto el Jockey Club invirtió en el ejercicio a que se refiere la memoria, la cantidad de \$ 20.450.

No están incluidas en esta cuenta las donaciones en beneficios y las subvenciones a la Asistencia Pública que constituyen sus más fuertes partidas.

Y en lo que pudiéramos llamar el interior de la casa, la labor del Jockey en beneficio de sus obreros y empleados no es menos benéfica: Desde hace cuatro años funciona la escuela nocturna que costea para el personal del Hipódromo, y a la que asisten diariamente cien alumnos, y últimamente se ha creado la policlínica de Maroñas para asistencia del



personal que, además está garantido por el Jockey, para el caso de inutilización, con un seguro de accidentes en el Banco de Seguros del Estado.

El doctor Blas Vidal, nos refiere que esta obra de progreso y organización, es una continuación de lo que hicieron sus predecesores en la Presidencia, don Pedro Piñeyrúa, el doctor José P. Ramírez, el señor

Adolfo Artagaveytia, señor Jorge Pacheco, doctor Manuel Quintela, señor Guillermo Young... y los dos últimos, don Eugenio J. Lagarmilla y el ingeniero José Serrato.

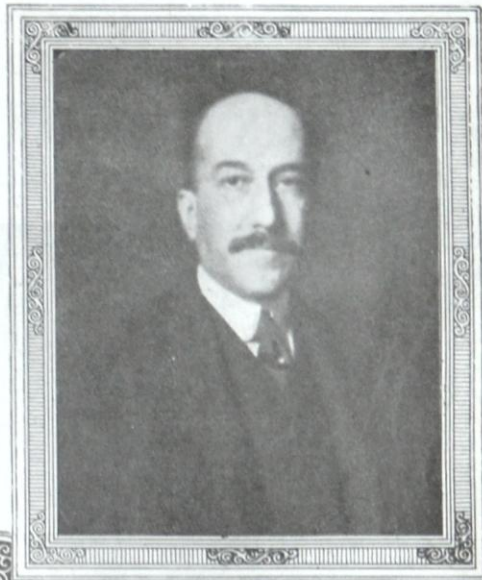
El Jockey, marcha, por consiguiente hacia adelante, gracias al impulso que continuamente le imprimen con sus iniciativas y actividad sus hombres directivos.

Una de sus obras más fuertes, la más importante y difícil, ha sido la edificación de su local social, próxima a terminarse. El antiguo local no bastaba, ni en cabida ni en suntuosidad a las modernas exigencias del Club. En vista de eso se acometió la magna empresa de construir ese gran edificio que ahora se levanta casi acabado en la Avenida 18 de Julio.

Seguendo el plan de cooperación en la vida nacional que la Institución se ha marcado, el Jockey Club no constituye su palacio para su egoísta exclusividad.

El edificio del Jockey, nos dice el doctor Blas Vidal, no será un club cerrado para sus socios: será por el contrario, la casa de Montevideo, mejor aún la casa de la nación uruguaya. El Jockey ofrecerá sus salones al Gobierno para las fiestas y las recepciones oficiales, que se celebrarían en él, mientras la nueva casa de Gobierno se edifica. Por consiguiente, el Uruguay utilizará en su beneficio este gran edificio, sus magníficos salones, cuya decoración espléndida será un amplio marco a nuestras fiestas sociales.

—Y, — agrega el doctor, — esta misma decoración va a ser para los artistas y para el comercio uruguayo un verdadero acontecimiento. Los pintores y escultores nacionales tendrán en ella la oportunidad de colocar sus mejores obras. La Comisión Directiva del Jockey tiene el propósito de preferir siempre para la decoración del nuevo edificio, las obras de los artistas nacionales, considerándolo, primero



como un deber de patriotismo y, en segundo lugar, como una manera de alentar y proteger la producción artística nacional.

Lo mismo se hará con la mueblería, adornos, lámparas, tapices, etc. La industria, el comercio nacional serán preferidos.

Hay que tener en cuenta las proporciones, y, por consiguiente, la cabida de ese palacio, el alcance que tiene la oferta de adquisiciones y lo que ello representa para los interesados, que ahora, especialmente los artistas, raramente venden una escultura o un cuadro.

Ahora, el Jockey Club, tiene otros grandes proyectos para el porvenir. Una vez terminado el edificio principal y la tribuna nueva de Maroñas, descargado de estas dos grandes empresas que por el momento absorben sus recursos, ¿qué emprenderá?

Conversamos con el doctor Vidal largamente de los posibles proyectos futuros del Jockey, en los que continúe su interesante obra social. Protección siempre a las energías y a la vida intelectual y artística, que son las que más salientemente marcan la silueta vital de los pueblos, protección de todas las maneras posibles.

Le insinuamos al doctor Blas Vidal algunas iniciativas que encuentra dignas del apoyo más caluroso. Pensiones a los pintores, escultores y estudiantes en el extranjero. Una subvención para organizar en Europa la gran exposición de los productos del Uruguay. Hasta ahora, Europa manda a Suramérica sus cosas, ¿cuando empezará suramérica a responder a esos envíos?

El doctor Blas Vidal, se sonríe y hace con la mano ese gesto vago que invoca a la esperanza sin impaciencia. Sabe que todo eso llegará. Bajo su presidencia o bajo la presidencia del que le suceda.

Las Instituciones toman camino y lo siguen. Los hombres sólo son en ellas intérpretes de un sentir general. Depende su actuación del mayor o menor obstáculo que encuentran, de las facilidades más o menos amplias que se les otorguen. El talento de un Presidente puede estrellarse contra la obstinación de una torpeza colectiva; en otras ocasiones la torpeza presidencial puede ser cohibida y rectificada por la fuerza de la mayoría bien orientada. Y el camino siempre se sigue pese a los pequeños obstáculos.

EL HOMBRE DE LOS ESPEJOS.



Señorita

Sofia Suarez Blixen

LA MODA



bre un forro de "taffetas" han colocado tres volantes a tul acomodados con blon- algunas flores ajadas so- terciopelo ponen una cla- nota al borde del escote.

La muselina de seda y el tul hacen exquisitas toilettes para las joven-



citas; en este modelo va bordada con pequeñas flores de seda.

El vestido de "bizantino" rosa está aquí bordado por el delantero con perlas de tonos bajos. El cuerpo largo y liso ofrece un encantador efecto de escote.



Otro novedoso sombrero de seda negra y blanca con hermosos adornos de cinta de seda negra, también indicadísimo para la estación primaveral



MODES - CHAPEAUX
IMPORTACIÓN DE MODELOS
Y NOVEDADES

PALLO DÍAZ Y
PASTORINO

"Dernier Cri"

BUENOS AIRES N.º 596, C. al Esq. JUAN C. RUIZ



Vistoso modelo de sombrero apropiado para la presente estación, adornado con flores de seda de colores claros

Tu carta me dejó tan triste... ¡Cómo puedes decir que no confío en ti y nada te cuento!... Ya no me pertenezco, mamá, y hay algo como si detuviera mi pluma al pretender escribirte y contártelo todo. Siempre me ha parecido mal escribir algo que no deba ser leído, cualquier cosa que parezca una queja, un reproche contra él. ¡Hay tantas cosas que me hacen desgraciada, y que estoy segura de que no has de entender más que yo misma!...

Papá era perfecto; parecía como si no tuviera defectos, y los dos os entendíais y parecíais siempre de la misma opinión. ¡Cómo es que personas que se quieren acendradamente no han de pensar lo mismo? Nosotros nos queremos mucho, pero nuestro amor es diferente, nuestra manera de ver las cosas es distinta, y lo que a uno de los dos le parece natural, no lo es para el otro. No escatimo, ni molestias ni penas para tratar de buscar lo que pudiera complacerle, y siempre desacierto. No puedo leer las cosas en sus ojos como en los tuyos las leía. Nunca le entiendo, y suelo desacerar sus deseos todavía más cuando hay alguien presente; después está molesto y enfadado por mis equivocaciones. Tú sabes, mamá, cuánto me disgustaba que me riñesen; pero, ¡tú tenías tanta paciencia conmigo! No quiero tampoco que él sepa que todo esto me disgusta y entristece, para que no me crea ni demasiado tonta ni demasiado susceptible. La consecuencia de todo ello es que me he vuelto tímida y vergonzosa. ¡Imaginas tú a tu hijita llena de timidez? No. ¿Verdad, mamá? Ya te acuerdas que en casa solía charlar y hablar, y decir todo cuanto pensaba, y todos reíais, y al entrar yo en la habitación donde estábais, me acogíais con alegría. Ahora siempre miro primero a León, y después de mirarle, pierdo mi serenidad y comienzo a decirle las más absurdas tonterías: nunca fui tan tonta.

El otro día llegaron hasta mí algunas palabras de una conversación que sostenía con dos señoras de edad. Decían que las mujeres, aún las más alegres y decididas cuando solteras, se tornan calladas y tristes después de casarse. Probablemente hablarían de mí, porque había varias casaditas en el salón que charlaban animadamente; estaban rodeadas de muchachos y reían de buenísima gana. Al hablar con sus maridos se mostraban llenas de arrogancia y despego; y ellos parecían pensar que sus mujercitas eran encantadoras. Con ellos estaba León, y hacía coro en sus risas. Cuando está conmigo nunca ríe así, y constantemente me aconseja seriedad. Aquellas señoras que yo oí no tenían por cierto mucho ingenio ni eran más bonitas que yo. Tal vez fuesen mejor peinadas, supieran manejar el abanico con más coquetería y mirar con más serenidad. ¡Yo si que quisiera tener más serenidad! Quisiera estar



segura de no aburrir a la gente. He viajado mucho, pero también otros, y los viajes parecen aburrir a todo el mundo, así que no quiero hablar de ellos con nadie. Creo que todos han leído los mismos libros que yo, y no quiero nombrarlos. Las señoras de edad con quienes hablo, siempre me dan consejos sobre el gobierno de la casa.

El otro día me preguntaba una si no sentía carifios por mi casa en este nuevo país; le dije que sí. León me preguntó después de qué habíamos hablado, y le dije que había hablado de su vida. Se encogió y me contestó que podía

UNA CARTA POR CARMEN SILVA

REINA DE RUMANIA

Ilustración de Martínez Jerez

haberse guardado para ella los consejos. Nada malo me había dicho. León pretende descubrir horribles cosas en todas las personas, pues habla despreciativamente de casi todas, y particularmente de las mujeres. Me extraña que cuando entre ellas se encuentra parezca tan contento, si es cierto que así las desprecia. Los hombres me parecen completamente diferentes a nosotras. ¡Hay tantas cosas que no entienden! No saben, por ejemplo, que hieren a veces nuestros sentimientos por decir cosas a destiempo, cosas que mejor sería callar.

¡Y algunas veces nos cansamos tanto las mujeres!

¡Los hombres se enfadan y se impacientan! Si tratamos de ocultar nuestro cansancio, todavía se impacientan más. Encuentran muy sencillo el hallarse casados de repente. Para ellos nada cambia, mientras que todo es diferente para nosotras. ¡Oh, mamá! ¡Por qué no

he mos de quedarnos solteras y en nuestra casita? Cuando oigo hablar de la luna de miel y de las muchachas que sueñan con casarse, me río. Sólo en casa, cuando solteras, gustamos de la miel y pasan los años como meses, y aún como días. Pero de casadas los días son como años. No puedes figurarte lo vieja que me siento. Todos los días me sorprende al no verme arrugas ni encanecido el pelo, ¡por qué me siento tan vieja! ¡Recuerdas qué loca era, cómo saltaba por encima de las sillas, cómo andaba en los zancos? Siempre que pienso en aquellos días, las lágrimas se agolpan a mis ojos. Parece como si los zancos fueran mis amigos.

Nunca le he dicho a León que sabía andar con ellos.

¿Qué diría? Siempre estoy atenta a lo que pensará sobre todas las cosas, y mientras tanto, callo y León se aburre y bosteza, y coge el periódico. Entonces acuden a mis ojos las lágrimas, y yo misma me desprecio. ¿De qué puede hablarse a los hombres, mamá? Tú y papá siempre charlábais y él no bostezaba y nunca cogía el periódico, de no ser en hora oportuna. León lo ha cogido muchas veces después de haberlo leído por entero por la mañana. Una vez, cuando lo dejó y salió de la habitación, miré por ver lo que había estado leyendo. Era un estúpido discurso sobre Aduanas y derechos de importación y exportación, y rompí a llorar pensando que prefería aquello a estar hablando conmigo.

¿Por qué ha de interesarse cuando otras mujeres le hablan de trajes y ha de bostezar cuando se trata de los míos? Me creo demasiado susceptible; pero tú no me trababas así. ¿Te acuerdas cómo solía arrodillarme junto a ti, apoyando mi cabeza sobre tu pecho, cogiéndote las manos y contándote cosas y cosas de mí misma? También tú me contabas cosas, y las dos nos sentíamos tan felices. Siempre que pienso en ti por las noches, ya en la cama, humedezco la almohada con mis lágrimas. Sueño. Muchas veces que voy a pedirte consejo; pero me despierto siempre antes de que me lo hayas dado.

Me encuentro muy sola, mamá; no puedo acostumbrarme a esta soledad. León se muestra satisfecho cuando le cuento la ansiedad que he tenido por su regreso y las veces que he ido a la puerta cuando llamaban para ver si era él. Pero nunca piensa en lo largo que es para mí el día. Cada hora me parecen doce. Nunca se lo digo; si me atreviera, contestaría seguramente: «¡Oh, mujeres, mujeres!», o bien que soy caprichosa y me dejo llevar de los nervios o alguna otra cosa desagradable que nadie me ha dicho. ¿Acaso era yo caprichosa o nerviosa, mamá querida? Muchas veces también me preocupo horriblemente porque me encuentro muy pálida ahora y me veo adelgazar. Pienso si tendré alguna enfermedad que no

noté, un cáncer, la tuberculosis. Pudiera tal vez morir de esta enfermedad, y León no sabría nunca cuánto lo he querido, y yo moriré sin haberlo hecho feliz. No sabría tampoco lo feliz que yo hubiera podido hacerle de no ser tan reservado.

Algunas veces me hago fuerte, y León y yo nos tratamos como amigos, uno siempre en casa y el otro fuera de ella; pero sin saber ninguno de los dos lo que cada cual piensa. Algunas veces pienso si sería oportuno hacer algo para que se enfadase; de todas maneras, yo creo que no lo sentiría mucho. Siempre he sentido horror por cualquier discusión violenta, y siempre he deseado que jamás nuble alguna viniese a ensombrecer nuestro cielo. Ahora ese radiante cielo azul lleno de sol me cansa, y desearía que algunas nubes corriesen por él.

Cuando León me dice algo que me hiere, sonrío, me callo y me siento orgullosa de mi calma. Creo que algunas veces se encoge al no mostrarme mi enfadada. Soy tan obediente como al pie del altar prometí. Cuando me manda hacer alguna cosa, la hago en seguida, a menos de no haberla olvidado por completo. Me vuelvo también tan olvidadiza! Parece que no tengo más que faltas. ¿Cómo es que a ti nunca te disgustaba, mamá querida? Porque a ti creo que todo te parecía natural, ya que me conocías de siempre. León sólo me ha conocido un año; antes era una extraña para él. Ni sabía que yo estaba en el mundo. ¿Cómo se creyó enamorado de mí? ¿Se equivocó sin duda?

Cuando duerme, le miro muchas veces fijamente y pienso lo que desearía dejarle libremente para que pudiese ser feliz con otra.

Está muy desengañado, mamá, porque yo no le he resultado de su gusto. Me educaste con tanto cuidado, que me creías como un modelo de casadas. Nunca me hablaste de las dificultades que podría haber, y ahora, ¡muchas veces siento tantos cariños de volver a tu lado!

Cuando me siento así no puedo soportar la vista que a través de la ventana se ofrece, y bajo las cortinas. León vuelve, tantea en la oscuridad y sube las cortinas. Trato de aparecer alegre, y le pregunto si ha trabajado mucho. Me parece que la pregunta es bien natural e inocente; pero responde en pocas palabras, coge un libro y comienza a leer. Estoy contemplándole hasta que me pregunta si no tengo nada que hacer. ¡Claro que sí! Cuando él no está, siempre hago algo. Mamá, pienso muchas veces que no me debía haber casado.

El matrimonio me parece un juego de paciencia. Hay cientos y cientos de cartas, y cuando una no es buena, nos torturamos nosotros mismos, años y años, y el juego no va bien, porque, en realidad, está terminado. Cuando pienso estar en posesión de la carta preciosa y no gano, no quiero probar otra, y me parece esperar demasiado tiempo, porque haga lo que haga nunca acierto el momento preciso. Nunca pensé en contarte esto; pero en tu carta me reprochas por no confiar en ti, y esto es lo último, mamá. Y ahora que te he escrito lo

sentiré cuando ya esta carta esté lejos, porque podrás creer que yo no quiero a León. Me dejaría matar si supiera que con eso iba a ser feliz. Lejos de su lado sentiría desgarrarse el corazón. Si por lo menos pudiera estar tan alegre como antes, tal vez fuera el más feliz. Y todo el mundo me cree feliz y afortunada por tener el marido que tengo. Si es probable que lo sea, porque a su lado todos los hombres me parecen insignificantes, pesados y estúpidos. No hay ninguno que me guste lo bastante para hacerle sentir celos a León. No sé decirles nada a los demás. Me gustaría tener un poquito de flirt con ellos para excitar a León; pero yo no he nacido para flirt; me parece hipocrita. Sobre esto no puedo pedir ningún consejo. Todas las señoras jóvenes que conozco están muy ocupadas con sus asuntos y las viejas olvidaron sus tiempos de juventud y no pueden ayudarme.

¡Oh, si fuera ya vieja, todas mis penas habrían desaparecido! Si lo fuera no trataría de resolver enigmas. ¡Me sentiría en calma y tranquila, no pretendería estarlo cuando, en realidad, sufro y rabio! Y esto es el comienzo de las cosas, el primer año de mi vida de casada! ¡Si cada año es como éste, me desesperaré! Nunca me gustó mucho la vida de sociedad; pero ahora salir todas las noches y bailar, aunque sólo fuera por no estar en casa. Juzga cómo sufriré cuando no hay nada que me guste tanto como estar con León. Me gustaría no hablar más que con él; no ver a nadie más que a él.

Ya nada te oculto, mamá. Antes de enviártela guardaré dos días la carta. Si me siento como antes, la quemaré y te enviaré una como mis anteriores (que León no quería leer, pues decía que no había en ellas nada de particular). Hice mal en que las viera, y siento que no le importe leerlas, porque eso prueba lo que se interesa por mí. Te he escrito con tanto descuido que no quiero leer la carta por entero.

Mamá, voy a contarte lo que ha pasado y cómo ha cambiado todo.

Al punto de terminar tu carta oí los pasos de León. Apresuradamente la guardé en el cajón de mi mesa, lo cerré y fui a mi cuarto a lavarme los ojos por vigésima vez. Cuando me estaba secando vi a León en la puerta.

—¿Qué haces? — me preguntó.

—¡Oh! — dije tratando de reír. — me dolía de tal modo la cabeza, que vine a refrescarme la frente.

—¡Ah! — dijo, y salió inmediatamente.

Sólo esta palabra bastó para que comenzase a llorar y no cesase hasta la hora de la comida. Cuando me preparaba para bajar al comedor, subió la criada a decirme que mi marido, reclamado por algunos asuntos urgentes, no podía comer en aquel momento; que con mi dolor de cabeza mejor sería no bajase a comer. Ciertamente lo sentí mucho, pero

por no hacer nada diferente a lo dicho por León, avisé a la criada para que me subieran algo a mi cuarto.

Después de comer lo que pude, volví a mi cuarto. Acordándome de la carta, me dirigí a mi mesa para cerrar con llave el cajón, pero la carta ya no estaba allí. Abri los demás cajones, miré toda la mesa, y después me puse a buscar en el cuarto. Bajo las sillas, bajo el diván; por todas partes busqué. Finalmente cansada, exhausta, me tendí sobre el diván y cogí el sueño. Mucho debí dormir, porque al despertar era ya de noche. Vi a alguien que entraba, y reconocí a León.

—¿Está mejor la cabeza? — me preguntó con extraño acento.

—Sí, gracias. ¿Dónde has estado?

—Tuve que ver unos papeles urgentes.

En aquel momento llegó la doncella con una lámpara. Di orden para que sirviesen la comida y otra vez me acordé de la carta. Volví a la mesita y una vez más abrí el cajón.

—¿Buscas algo? — me preguntó León.

—Sí, — contesté, — una carta. Escribía a mamá y dejé aquí la carta; y aunque nada importante dice, no me gustaría perderla.

—¡Ah! sí; ya entiendo. Por poco importantes que sean, no es agradable que nuestras cartas vayan a parar a otras manos.

Metió la mano en un bolsillo y pude ver en él parte de mi carta. Me sentí desmayar, y al encontrarse nuestros ojos me cubrí con las manos. Hubo un silencio de muerte que me pareció una eternidad. Yo esperaba como un chiquillo espera el azote que mereció. León no hablaba, y le miré. Me observaba y en sus ojos había una expresión maliciosa, que me hizo reír, y los dos reímos como nunca. Estaba de pie y me echó sus brazos, y en ellos me acogí, haciendo grandes esfuerzos para no llorar. Sentóse después, y yo sobre sus rodillas, y en voz muy baja, me dijo:

—Perdóname, ¿quieres?; no lo haré más.

Yo no podía hablar y él continuó:

—Y hubieras muerto por mí y no querías decirme lo que te ocurría. ¿Soy tan cruel? Si no hubiera encontrado la carta, las cosas hubieran ido de mal en peor, porque cada día nos hubiéramos entendido menos, y sólo por no ser tú sincera ni franca. Los hombres no somos tontos como crees. Durante muchos meses me he preocupado buscando la manera de hacerte feliz. Si yo hubiera tenido madre, no habría dudado en pedirle su consejo.

Y mucho rato me estuvo hablando así, besándome, haciéndome caricias.

Quise recuperar mi carta, pero no lo logré.

—Debes enviar la carta, — dijo — de ahora en adelante, si las cosas comienzan a torcerse y no tienes valor para decirme lo, le escribes a mamá, y en el mismo cajón dejas la carta. Yo trataré de encontrarla a tiempo. Y ahora si sientes cariños, haremos una excursión para visitar a mamá.

No siento tantos cariños como sentía, mamá querida; pero, de todos modos, es probable que vayamos a verte.

DE LA BRUYÈRE

De igual suerte que es menester preservarse de esa vanidad que nos invita a pensar que los demás nos miran con curiosidad y con aprecio, y no habíamos más que para ocuparse de nuestro mérito y elogiarnos, así deberemos tener cierta confianza que nos impida creer que no se habla al oído sino para murmurar o que cuando otros se ríen lo verifican para burlarse de nosotros.

Nos hallamos tan saturados de nosotros mismos, que todo nos lo relacionamos: plácemes, vistes, señalados y saludados, hasta por lo desconocidos: estos son orgullosos, y se olvidan de verificarlo: queremos que nos adivinen.

La salud y las riquezas quitan a los hombres experiencia del mal, inspirándoles la insensibilidad hacia sus semejantes: las personas ya conscientes de su propio infortunio, son las más propensas a compadecer a sus prójimos.

Parece que las fiestas, los espectáculos y los conciertos musicales unen mejor a las almas bien nacidas, haciéndoles sentir la desventura de sus deudos y amigos.

Un alma realmente grande se halla por encima de la injuria, de la injusticia, del dolor, de la burla: a no sufrir por la compasión sería invulnerable.

Ante ciertos infortunios nos sentimos como avergonzados de ser dichosos.

En los humildes adviértense a veces, numerosas virtudes inútiles: fáltales la ocasión de ejercitarlas.

La mentalidad se gasta como todas las cosas: las ciencias son sus alimentos: la nutren y la consumen.

Un hombre de espíritu mediocre es serio y siempre igual: nunca ríe ni bromea: no lo distrae la bagatela: es tan incapaz de elevarse hasta lo sublime como de adaptarse a lo infimo; apenas sabe jugar con sus hijos.

Todos dicen de un fatuo que es un fatuo, pero nadie se atreve a decirlo a él mismo: muere sin saberlo, y sin que nadie sea vengado.

La mayoría de los hombres gastan la mejor parte de su vida en hacer infeliz el resto de sus días.

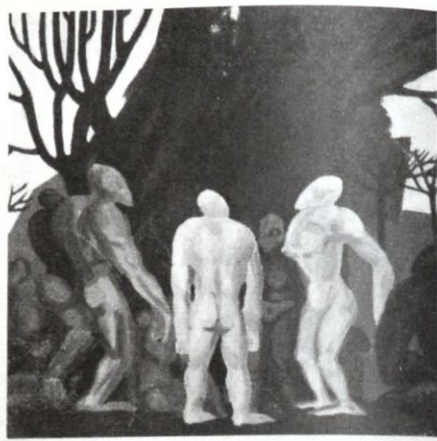
Un viejo enamorado es una aberración de la Naturaleza.

Los odios son tan prolongados y pertinaces, que el signo más infalible de muerte en un hombre enfermo es que se reconcilie con sus enemigos.



La ameba huana (etérea) al finalizar el caos de la nebulosa terrestre

EL PINTOR TEOSÓFICO MARIO RADAELLI SU ÚLTIMA EXPOSICIÓN



Hombres de tercera raza de varias subrazas reunidos alrededor del fuego

Nuestro gran amigo el caricaturista, monista, admirable escritor y teósofo, Mario Radaelli, ha hecho últimamente en el salón Maveroff, una exposición de trabajos interesantes, divididos en tres, o mejor, cuatro grupos: 1.º Algunos momentos en la evolución del hombre según el antiquísimo libro de Izian; 2.º Estudios de paisaje uruguayo; 3.º Dibujos coloreados, y 4.º Siluetas y caricaturas. En estos cuatro grupos de trabajos, está, puede decirse, toda la complejidad del espíritu laborioso y lleno de facetas de Radaelli: El no es solamente un pintor o un dibujante ingenioso, como se creían los innumerables admiradores que tienen sus famosos libros de «El Plata» y otras publicaciones. En Radaelli se presenta a la curiosidad del rebuscador de psicología, ese caso extraordinario de personalidad múltiple, para la que no hay cabida exacta en ninguna catalogación de valores.

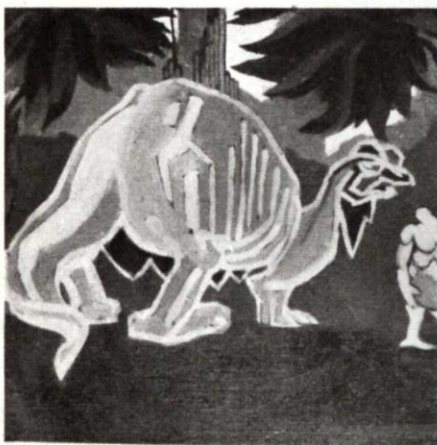
Radaelli hace caricaturas, pinta los más variados y graciosos monos con mano ágil y experta, escribe con facilidad de periodista avezado; pero por encima de todo esto está el hombre lleno de preocupaciones, el hombre de mente inquieta, descontento de lo sabido y buscador con ahínco inquebrantable de lo que aún le queda por saber. Y hay más: al lado de ésta, que llamaremos inquietud filosófica, Radaelli tiene un asidero religioso; la teosofía.

Precisamente, ahora el doctor Vaz Ferreira está haciendo en su cátedra de la Universidad, el estudio de la doctrina teosófica, y parecería, quizá, que la coincidencia en la cátedra y en la exposición del mismo tema, proviene de una convenida oportunidad; pero no es así. Si Radaelli dedica en su exposición una parte, la más interesante y seguramente la más discutida, a la exhibición de los efectos fantásticos de sus concepciones teosóficas, es porque lo siente así sinceramente, y porque a ello le lleva una inquebrantable y resuelta vocación. Ninguna otra razón le movió a ello. Ni es hombre al que le guste aprovechar las oportunidades. Su exposición estaba ya preparada, hace algún tiempo, y se ha abierto ahora sin tener en cuenta sus posibles relaciones con las conferencias del doctor Vaz Ferreira que, probablemente, no serán una propaganda teosófica.

Sin tener las mismas preocupaciones que Radaelli, ni sentir su misma fe hacia la teosofía, hemos visto sus cuadros con una mezcla de respeto y terror. Este momento en que el artista se aparta del sentido puro del arte y utiliza su maestría técnica para manifestaciones externas de otra índole que la puramente artística, no representan para nosotros de ninguna manera, felices aciertos. Creemos, por el contrario, que constituyen desaciertos indefendibles. Ilustrar con el pincel las vaguedades de un libro clásico



El hombre adámico de la tercera raza durante cuyo período se produjo la separación de los sexos en reinos por influjo del planeta Venus



El hombre post adámico de la tercera raza

de teosofía y reconstruir gráficamente las fantásticas teorías del origen del hombre, nos parece sobre innecesario, antiartístico. Pero Radaelli ha prescindido en estos momentos de su ideal artístico, y la razón que le ha movido a ello es para nosotros respetabilísima. Ahora bien, no podemos seguir con cariño, ni con la deseada complacencia estética, ese desfile de tipos horribles, que, por afirmación del artista, representan a nuestros desdichados progenitores en sus primeras encarnaciones y en sus primeros pasos por la vida.

Si el hombre ha sido como Radaelli lo pinta, y, como ya hemos visto en otras reconstrucciones de la misma arbitraria fantasía teosófica, nosotros creemos que es mejor olvidarlo, poner un piadoso velo sobre esos días tristes de nuestra animalidad y mirar, hacia un pasado más artístico y bello, o hacia un futuro de más energía, conciencia y espiritualidad.

No nos animan a nada grande y bello esos cuadros de Radaelli, y, lo declaramos con sincera tristeza, sentimos que acabarían por sernos odiosos si se nos obligase a contemplarlos más frecuentemente. Los rechazamos nuestro instinto, aunque toda la tolerancia que llevamos dentro se pusiera a defenderlos.

Además de esto, ¿qué autenticidad puede darse a los libros clásicos de la teosofía, que sirven a Radaelli de inspiradores de su obra? Nosotros no creemos que se les debe dar más fe que a los otros textos igual de inspirados, que nos exhiben las demás religiones y, estéticamente, nos quedamos con el Adán y Eva de la leyenda bíblica, de los que Rubens y Tiziano, entre otros, supieron sacar tan bello partido. Toda la teoría evolucionista la aceptamos como una certeza lamentable de nuestro origen; pero sin considerarla jamás motivo de delectosa contemplación, ni en sus testimonios irrecusables, ni en las fantásticas gráficas que se han hecho para exponerla. Eva nos interesa más que cualquier cráneo prehistórico, y probablemente Eva, la Eva real y verdadera; sería tan distinta de como nos la imaginamos!

La exposición de Radaelli, tiene este aspecto repelente y desacertado, que desvía la atención del visitador de las otras obras del mismo artista—matices más delicados de su espíritu—y la concentra peligrosamente en la parte más arbitraria y discentible. Esto, sin duda, perjudicará el éxito del artista interesante que hay en Radaelli y que todos admiramos. Y si Radaelli ha prescindido al hacer esta exposición de sus pretensiones artísticas, respetamos los motivos que haya tenido para hacerlo; pero lo lamentamos.

J. M. G.

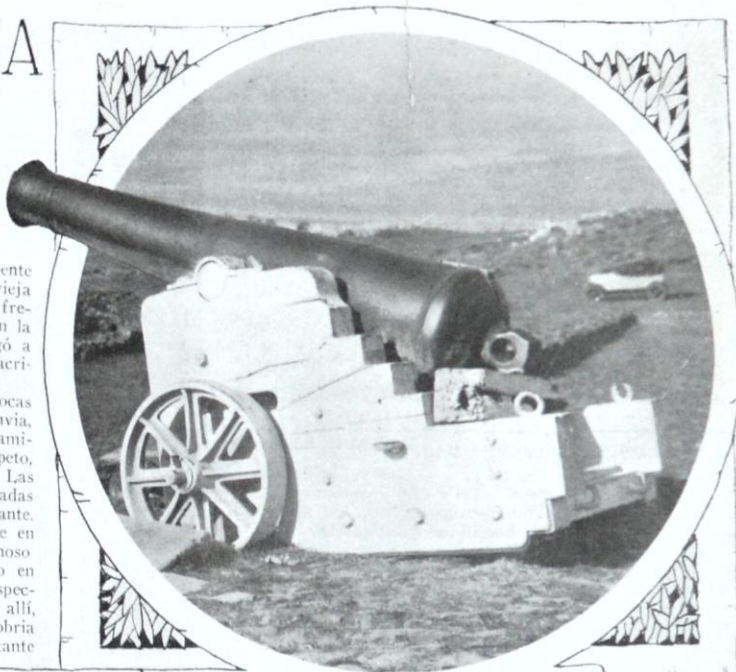
LA FORTALEZA del CERRO

EN lo alto del pequeño monte que limita el frente Norte de nuestra ciudad, se levanta esa vieja fortaleza del Cerro, que ha sido teatro de frecuentes episodios de nuestra historia patria, tanto en la época colonial como luego, cuando el Uruguay llegó a ser, después de un tiempo triste de lucha heroica y sacrificios cruentos, nación independiente.

Los cañones que en ella quedan, con sus enormes bocas vacías frente al cielo, y sus lomos roídos por la lluvia, son ya inútiles, y no causan ya ningún temor al caminante. Inspiran, por el contrario, un profundo respeto, el respeto a los testigos mudos de la tradición. Las troneras abiertas siniestramente en los muros y enfiladas sobre el campo, tampoco producen terror al caminante.

Hoy es la fortaleza un pacífico recuerdo, y tiene en lo alto, como la última utilidad posible, un faro luminoso.

Fuimos a verla un día claro, de terrible viento en aquellas alturas, de brumosa apariencia en las perspectivas lejanas. La pequeña guarnición que aún queda allí, como vigía cuidadoso del puerto, nos recibió con la sobria amabilidad que siempre tiene el soldado con el visitante.



UNO DE LOS
VIEJOS CAÑONES
DE LA FORTALEZA
APUNTANDO
A LA CIUDAD



UN BASTIÓN DE
MURALLA SOBRE
LA PIEDRA
DE LA MONTAÑA

VISTA DE LA FACHADA PRINCIPAL Y PUERTA DE ENTRADA

civil. El oficial que mandaba a las gentes, fué a nuestro lado con exquisita cortesía, abriendo todas las puertas, explicando el uso actual de todas las cosas.

Y ¡qué vida silenciosa y tranquila y sana, la de esta pequeña guarnición allá en lo alto, descubriendo las miradas en lentas contemplaciones, la lejanía infinita del mar y los pintorescos alrededores de Montevideo! Los soldados, curtidos por el sol y el viento, cantan alegremente aires criollos, mientras se dedican a las poco urgentes tareas de la vigilancia, o toman el sol, a caballo sobre los cañones, como sobre un extraño monstruo prehistórico petrificado.

Porque son pocas las tareas que exige ahora el Cerro a su guarnición. Limpiar, mirar a lo lejos, sin temor al enemigo (que hoy no viene), y, en el crepúsculo, disparar ese *cañón reliquia*, que la ciudad, demasiado ruidosa, no oye ya.

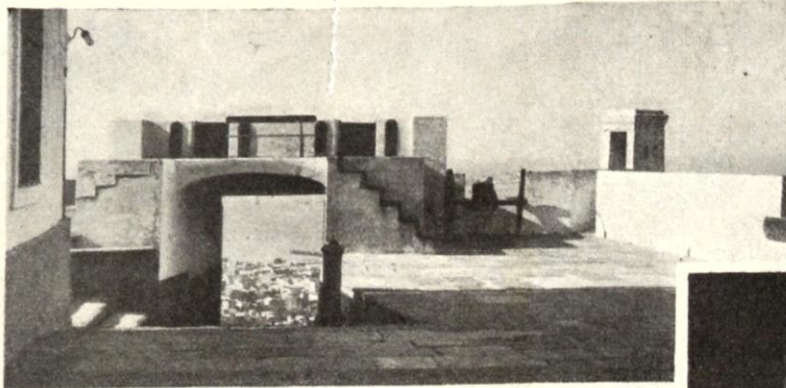
Nosotros los vimos, reunidos todos, solemnemente, disparar esa salva, ingenuamente ruidosa, al sol que se va. Las sombras nos envolvían y, en el horizontes, los últimos destellos del día extremecían misteriosamente los cirros, encendidos, de colores diversos. Entonces, el disparo levantó asustados a algunos pájaros que, a pesar de anidar hace tanto tiempo en los muros, aún no se han acostumbrado a esta fugaz e inofensiva violencia. Y el ruido, que en nuestro timpano produjo una vibración fuerte, se perdió ondulante por la inmensidad del espacio, sin eco siquiera.

La arquitectura colonial ha dejado pocas huellas visibles en lo que es ahora la histórica fortaleza del Cerro. La silueta exterior, sin embargo, conserva, a pesar de los acoplamientos que la civilización actual ha hecho precisos, una



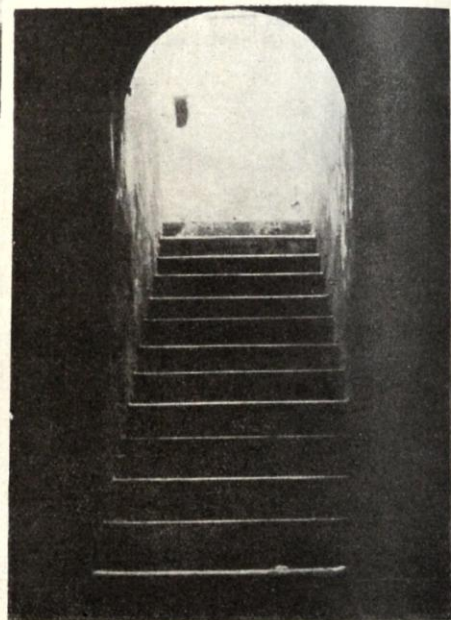
cación en la historia de Sudamérica no se marcará en un sentido imperialista. Las conquistas que deseamos para el porvenir, no serán, precisamente, de las que se logran a cañonazos. Y entonces el Cerro no será la fortaleza terrible, imponente, que amenaza desde lo alto con sus bocas cargadas de metralla, sino una gran antena receptora de los latidos espirituales del mundo, y encargada también de llevar al mundo los latidos de la nación uruguaya.

A nuestro carácter de contempla-



EL PRIMER PATIO Y PERSPECTIVA DE LA CIUDAD, POR LA PUERTA

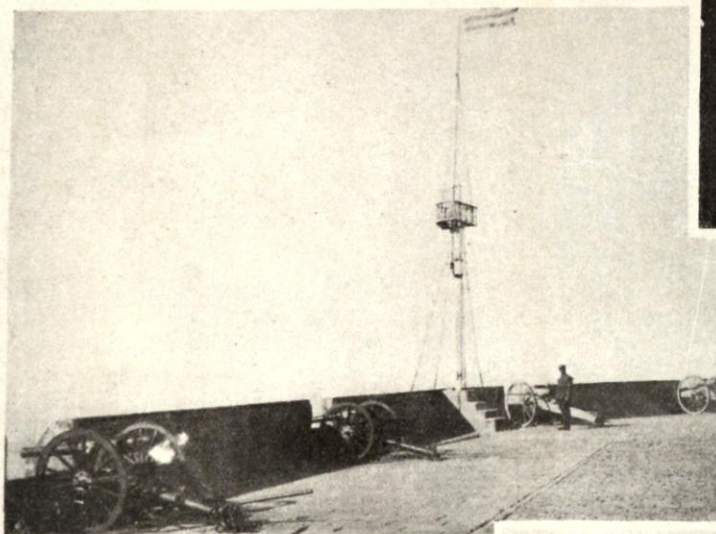
línea general, muy aproximada tal vez a lo que fué su configuración primitiva. No es un castillo de torres perfiladas en el cielo, como los que se ven todavía en España, o en la romántica Alemania (orillas del Rhin). La época de su construcción hacía ya innecesarias las altas torres almenadas, los cubos redondeados y terribles, las grandes puertas monumentales, y el foso fatal, o el puente levadizo. Todo esto ya estaba abandonado en la técnica militar, cuando los conquistadores españoles pusieron el pie en nuestro país. Así resulta el Cerro desprovisto de aquel valor decorativo y romántico de los castillos europeos; pero no es por ello menos evocador.



LA ESCALERITA SUBTERRÁNEA PARA EL SÓTANO, ANTIGUO POLVORÍN

dores modernos y progresistas le cuadran más las consideraciones del porvenir espléndido del Cerro, que las evocaciones de su glorioso pasado. Nos interesa más pensar en lo que será el Cerro, en el porvenir, que en lo que ha sido en el pasado, por muy hermoso que éste fuera.

Porque el Cerro es el símbolo gráfico de Montevideo, y Montevideo el corazón vital del Uruguay, y nosotros, por muy sensibles que



EL PATIO DE ARMAS, CON LA BANDERA DEL URUGUAY FLAMEANDO SOBRE SU ANTENA

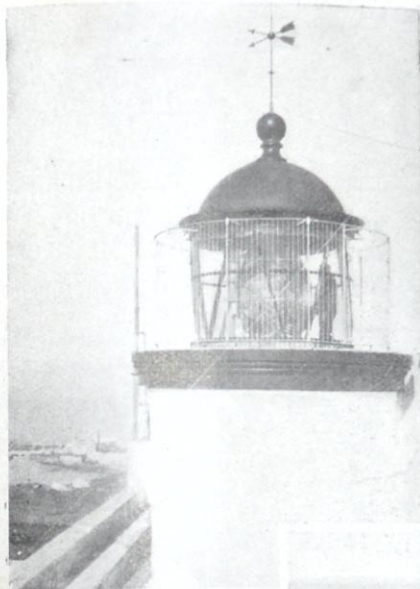
En la época dura de los primeros pasos del Uruguay como nación independiente, durante los sitios crueles de Montevideo, en aquella sangrienta etapa que desde Buenos Aires informaba el espíritu del tirano Rosas, el Cerro hervía íntimamente con la fantástica vitalidad de la guerra. Su amenaza constante hacía temblar a la gente, y por sus patios interiores paseaban febrilmente las botas armadas de espuela, se arrastraban los sables y trepidaba el suelo con las cureñas de los cañones y el patear de los caballos.

Se oían entonces las fuertes canciones de los soldados en las largas noches de alerta, en las lentas esperas y las inquietudes de la guerra. Y esta es la única evocación que verdaderamente nos asalta al pasar por aquellos patios silenciosos y abandonados, donde nuestras pisadas sueñan de un modo hueco y vacío.

Las guerras probablemente no volverán. La vida de nuestra República es ahora una marcha pacífica hacia un gran progreso material y cultural. Nuestra signifi-



EL CAÑONAZO DEL ATARDECER



EL FARO NUEVO



EL ANTIGUO FARO
QUE AUN
SE CONSERVA

seamos a la emoción histórica de lo que fué, sentimos más ardentemente la ansiedad de lo que queremos que sea.

Con el sol asomando sobre su línea airosa, el Cerro representará siempre al Uruguay, y lo que fué centinela defensor hace



PANORAMA
DEL POBLADO
DE « EL CERRO »



OTRA DE LAS PERSPECTIVAS QUE SE DIVISAN DESDE LA FORTALEZA

un siglo, será ahora, cada vez más, vigía atento y despierto, que llame la atención del mundo sobre esta nación, territorialmente pequeña, que agrandan con sus obras los hombres que hoy la forman, y agrandarán cada día los hijos y los nietos de estos hombres. Vigía de constantes novedades, como corresponde a la nación nueva que simboliza, cada día más valiosamente útil, y cada día contemplado con más respeto por las gentes que pasan en los grandes vapores modernos, por ese gran río de la Plata, que será el Mediterráneo de esta América nueva: las gentes de todos los países, que traen aquí, ansiosas de ser útiles, sus cerebros y sus brazos.

Lo primero que vé el hombre que llega a Sudamérica por el Plata, es el Cerro, este recuerdo ilustre que no se duerme en su gloria, y está cargado todavía de aspiraciones ideales. Primera impresión de América, que no puede ser más bella.

La silueta de esa pirámide aislada frente al mar es como un grato saludo, como una alegre bienvenida. El mar está abierto ante el Cerro, y lo acaricia risueñamente. Los dos tienen que hacer todavía, en espontánea colaboración, muchos servicios al Uruguay.

JUNTO A LOS MUROS,
LAS OVEJAS PACÍFICAS
Y TRANQUILAS
SÍMBOLO DE LA PAZ
ACTUAL



El cotejo del team olímpico con un seleccionado argentino

Ya no existe la mínima duda con respecto a la capacidad técnica del team de football que conquistó en Colombia el campeonato mundial. Para que los aficionados pudieran tener el convencimiento más definitivo, se le expuso a la prueba más difícil enfrentándolo a un seleccionado argentino, al mismo que venciendo al «Plymouth Argile» había acreditado bondades indiscutibles. El lógico resultado obtenido en el match disputado el domingo, pone en evidencia, por lo menos, una equivalencia de valores, aún cuando el desarrollo de ese partido nos brindara la mejor oportunidad para apreciar los puntos flojos que se está a tiempo de reforzar, si se aspira a contar con un cuadro perfecto dentro de lo que puede pretenderse en estos momentos en que la indisciplina y las escisiones conspiran contra

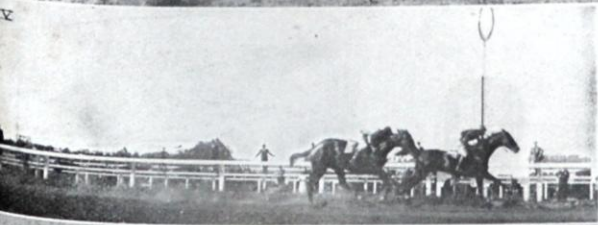


El match de los Olímpicos con los Argentinos: (1) El team olímpico. — (2) Tesorieri salva una situación difícil para su valla. — (3) Mazzali en uno de sus momentos más felices. — (4) Los capitanes de ambos teams se saludan momentos antes de disputarse el gran partido. — (5) Una incidencia frente al arco argentino. — (6) Mientras Mazzali esquivaba magistralmente la pelota, un compañero de cuadro cuida el arco. — (7) Mazzali detiene otro tiro en admirable forma. — (8) «Brasa», ganador del premio «Italia», disputado el sábado en Maroñas. — (9) «Mascalzone», ganador del premio «Consejo Nacional» disputado el domingo. — (10) Llegada del clásico «Consejo Nacional».

No existe ya duda sobre la capacidad del bravo "eleven"

el positivo y normal desarrollo de las actividades deportivas. No es el team uruguayo un conjunto invencible. Puede ganar tantas veces como perder. Cuenta, todavfa, con la colaboración negativa de algunos jugadores que atentan contra la armonía que creíamos tenfa. Esto, sin embargo, es fácil de subsanar. Bastará que se realice una justa suplantación, de manera especial en la línea media, para que el cuadro olímpico signifique una fuerza formidable, perfectamente distribuida y, sobre todo, adaptada para contrarrestar los efectos poderosos de las tácticas de juego, que se ensayan en el Río de la Plata: más apreciabiles, sin duda, que las que caracterizan el football amateur europeo.

ENRIQUE HUGO AUBRIOT.



El match de los Olímpicos con los Argentinos: (1) Aspecto que presentaban los palcos y plateas al iniciarse el partido. — (2) Una incidencia emocionante frente al arco uruguayo. — (3) Momento de peligro para la vaia argentina. — (4) El team de combinados argentinos, que empató con nuestro cuadro olímpico por 1 goal a 1, en el match realizado el domingo en el Parque Central. — (5) El clásico "Italia": La llegada. — (6) Conmemorando el XX de Setiembre: En presencia del Ministro de Italia, príncipe Aliata, el presidente del Círculo Napolitano nombra socios honorarios a los garibaldinos residentes en nuestro país. — (7) El Ministro de Italia y los garibaldinos que depositaron flores en el monumento del Hospital Italiano. — (8) Concurrencia que asistió al acto realizado en el Círculo Napolitano.

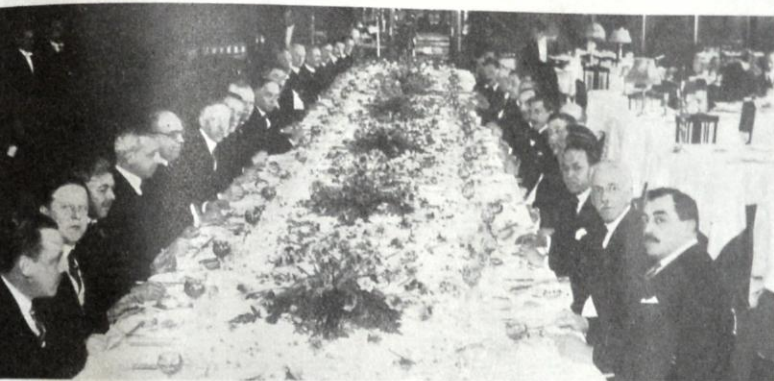


(1) Una de las últimas instantáneas del Ing. Don Santiago Rivas, senador nacional, que ha fallecido en Montevideo. — (2) Concurrerentes al lunch ofrecido por el "Montevideo Radio Club" al inaugurar su nueva sede. — (3, 4, 5, 6 y 7) Distintos aspectos que presentaba el salón comedor del Parque Hotel durante el diner patrocinado por la Asociación Americana del Uruguay. — (8) Grupo de invitados al te-danzante realizado en el Hotel del Prado festejando el onomástico de la señorita de Teila. — (9) El Doctor Gabriel Terra abriendo el acto conmemorativo del XX de Septiembre, en el Centro Social Batllista. — (10) La señorita María Esther Muñoz y el señor Miguel Denegri, cuyo enlace se realizó el sábado.

ACTUALIDADES GRÁFICAS DE LA SEMANA



(1) - El profesor Vaz Ferreira desarrollando el tema: "Introducción a futuras conferencias sobre Teosofía y tendencias afines". — (2) Público que asistió a la conferencia del maestro de maestros



Banquete celebrado en el Parque Hotel con motivo de la apertura de la casa matriz del Banco Francés - Italiano para la América del Sud.



El director del Liceo Francés, señor Paulo Larnondi, leyendo su interesante conferencia.



Demostración ofrecida al Dr. Pedro Regules con motivo de su próximo enlace



Parejas que bailaron el pericón en la Kermesse Colonial del Teatro Urquiza



Enlace Velazco - Canabal. Los contrayentes después de la ceremonia religiosa.

El golpe de Estado que los militares chilenos han consumado últimamente, arrojando del país a su Presidente, el doctor Alessandri, me atraía particularmente, porque en mi espíritu este acontecimiento venía a ser como un eco de otro muy parecido, presenciado, hace próximamente un año, en Madrid. No sé por qué, yo, que desconocía íntimamente el desarrollo de los acontecimientos al otro lado de los Andes, encontraba muy semejante lo ocurrido en mi patria y lo que acaba de ocurrir en la antigua colonia, y hoy república independiente.

Un motín militar, para defensa de los intereses de la clase militar, enmascarado en una grotesca defensa del pueblo, del pobre pueblo que todo lo recibe cándidamente, y como consecuencia la caída y la exatriación de los espíritus verdaderamente atentos al interés histórico nacional. Para mí, Alessandri tenía algo de Unamuno, y así lo pensaba cuando tomé el camino de Buenos Aires con el propósito de enterarme directamente de la verdad.

Conseguir una entrevista con el recién llegado e interesante desterrado, me fué relativamente fácil. Alessandri recibe resignado a todos los periodistas que lo buscan, habla con ellos afectuosamente, y no niega

sus declaraciones, aunque naturalmente, reserva por razones muy respetables, algunas cuestiones que su responsabilidad de hombre de gobierno le impide publicar. También se presta resignadamente a las fotografías. Cuando el fotógrafo, señor Zuretti, del que yo iba acompañado, le apuntaba con la máquina y con el terrible disparador del magnesio, le dijo:

—Está usted ahora como los militares.

Luego, riendo, agregó:

—Pueden hacer de mí lo que quieran.

—No se parece el ex Presidente de Chile a los retratos publicados profusamente en los diarios uruguayos y argentinos estos días. Está más avejentado y pálido. El sufrimiento de los últimos meses de su gobierno ha debido causar este efecto. Una mirada resignada y melancólica sale de su rostro enflaquecido por la emoción y surcado por expresivas arrugas.

Serenamente, me saluda y me estrecha la mano.

—He venido de Montevideo — le digo — sólo por conversar con usted.

—¿De qué periódico? — me pregunta.

—De la Revista ACTUALIDADES.

El ex Presidente se sienta y me invita a hacerlo a su lado.



La CUARTELADA DE CHILE

HABLANDO
CON EL EX-
PRESIDENTE
ALESSANDRI

mezclados en el asunto, levantarían una gran polvareda entre mis contrarios, provocarían quizá alguna represalia y yo no dejo de tener en cuenta que tengo *dos hijos varones y una hija* en Chile. Mi diario está en poder de mi íntimo amigo el doctor Vicente López, Procurador General de la Nación. Sólo se publicará cuando yo muera, para tranquilidad mía, y para justificación de mi actitud ante la historia.

La intransigencia militar — continúa el doctor Alessandri — me ha arrojado del gobierno de mi país. Eso es lo cierto. Me *invitaron* a salir, como los fascistas invitaban a tomar el aceite de ricino. Yo no quiero decir nada contra aquel régimen. Le repito que temo sus represalias, y, además, pienso que no debo estorbar la acción de aquellos hombres, por si acaso soy yo el equivocado. Pero mi experiencia me dice tristemente que ellos no lograrán normalizar la vida chilena...

El fracaso del parlamentarismo, fenómeno que se viene registrando en todas las naciones después de la guerra, ha provocado la actitud de los militares, con los que colaboran las clases obreras inconscientemente. ¿Hasta dónde llegará esto?

Un instante de curioso silencio. Por fin, moviendo la cabeza, como si sacudiera las ideas desagradables con esa agitación, inicia una sonrisa que se le quiebra entre los labios, y me dice:

—¿Soy yo ahora el hombre de la actualidad?

—En efecto. En usted se concentra ahora la atención de toda Sudamérica. Todos nos preguntamos por qué ha salido usted de Chile, qué política se va a seguir allá, qué perspectivas se abren en el porvenir, lo que piensa usted hacer, la fuerza que en su mismo país estará a su lado, lamentando su injusta caída y llorando por la presión que ahora se va a ejercer en el país, en un sentido contrario al que usted marcaba. En todo esto me interesaría mucho que usted me diese algún informe.

—Los acontecimientos de mi país — me dice el doctor Alessandri — no me han sorprendido. Puedo asegurar que los esperaba, bajo mi palabra, y podría probarlo; pero esto no lo creo conveniente. Yo he ido anotando en mi diario las cosas que pasaban, y lo que, como consecuencia de ellas podría suceder. Cada día yo iba previendo el futuro, y esto consta en mi diario íntimo. Pero estas notas, como comprenderá, yo no debo hacerlas públicas todavía. Hay muchos intereses



Le repito que no quiero hacer la crítica de la política actual de mi país. ¡Por favor, no me haga decir nada contra aquellos hombres! Yo deseo vivir tranquilo, ya que no pude realizar mi obra de progreso nacional. ¡Yo deseo vivir tranquilo—repito melancólicamente—en el destierro!

—¿Piensa usted continuar en la Argentina? — le pregunto.

—Por ahora, sí. El verano lo pasaré parte en Mar del Plata, parte en Montevideo. ... A Europa no tengo pensado todavía si iré.

—Doctor — le digo:—veo que tiene el proyecto de ir a Montevideo, ciudad que yo había pensado indicarle como puerto tranquilo y amable de descanso. Allí sería usted recibido con los brazos abiertos. El Uruguay es la nación más cordial y acogedora del mundo.

—Sí, iré allá. No he estado nunca en el Uruguay. Pero durante mi vida periodística conocí a un gran uruguayo y fui su buen amigo. Me refiero a José Enrique Rodó, que estuvo en Chile durante las fiestas del Centenario, en Septiembre de 1910. Todos los elogios que pueda hacer de ese gran uruguayo, me parecerían débiles. Lo estimé mucho y lo leo con admiración profunda. ¡Ya lo creo que me gustará ir al Uruguay, ya que las circunstancias me obligan a viajar por el mundo!

—Sí, doctor — le insinúo: —hay que reponer fuerzas en esa vida descansada y múltiple de los viajes, para regresar pronto, a luchar por la continuación de su obra.

—¡Luchar!—exclama con gesto triste el Presidente desterrado.

Yo me levanto y estrecho su mano con íntima y cordial sim-



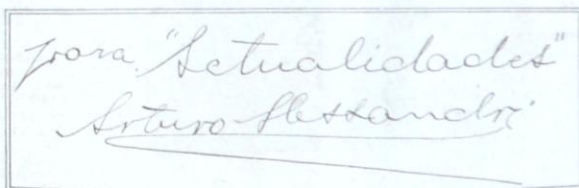
patía. Nos despedimos hasta Montevideo.

El ex Presidente Alessandri vive en Buenos Aires, hospedado en el magnífico palacio del gran negociante de la Patagonia, señor Menéndez Behety, en la calle Rodríguez Peña 1660. El señor Menéndez Behety le ha dejado esta casa enteramente a su dis-

posición, marchándose él a otra vivienda.

Le acompañan su señora, una hija y un hijo — los otros tres hijos, ya hemos dicho que quedaron en Chile. Tiene el ex Presidente cincuenta años, la plenitud de una vida, que amenaza inutilizar la rebelde incompreensión de unos cuantos hombres.

En esta gran soledad, el que



hace pocos días vivía entre el enredo de un ambiente revolucionario, se siente quizá sordo y dormido. ¡Todo parecerá para él un sueño absurdo! Sus ilusiones, sus proyectos, esos grandes proyectos que acariciaba al ser elegido para la suprema magistratura de su país, todo se desvanecen en lo imposible y sólo queda el empeño frustrado y la tristeza de las intenciones incomprendidas. Así, como una sombra de voluntad, el doctor Alessandri tenderá la mano hacia las nubes y saludará las velleidades vaguedades del cielo como símbolos de su propia angustiosa actualidad.

Yo pienso, mientras escribo estas notas apresuradas, que tienen quizá el contagio amargo de las melancolías del gran desterrado que acabo de ver, en la ceguera de las naciones y de los hombres ante su propia conveniencia, ceguera que siempre tiene lamentables consecuencias históricas.

Mañana es siempre tarde para rectificar estos errores. Las reacciones militaristas temblarían si se dieran cuenta de la responsabilidad que cargan sobre sus hombros ineptos. Ninguna razón justa lleva a los militares a esta actuación antipolítica y antipatriótica; solamente el temor de que se pueda prescindir de ellos alguna vez o el sombrío recelo de que se les pida cuentas de su incapacidad o venalidad. ¡Y me acuerdo de España!

La figura del Presidente Alessandri, desterrado por una cartelada, me acompaña y gira incesante en mis imaginaciones inquietas, mientras espero, por estas calles animadas de Buenos Aires, que me recuerdan tiempos pasados, el barco de regreso.

JOSÉ MORA GUARNIDO.

B. Aires, 17 Septiembre 1924.

El gran Pasteur, en la inauguración del Instituto Pasteur, de París, dijo que había dos leyes opuestas en conflicto: la una, coloca al hombre sobre todas las victorias; la otra sacrifica cientos de miles de vidas a la ambición de un solo hombre, y que la antisepsia, de acuerdo con sus teorías, podrá salvar la vida de miles de soldados.

La verdad de esto ha sido probado en la última guerra, en la cual el tétano, la gangrena y otras complicaciones de las heridas desaparecían tan pronto como se manifestaban. Epidemias que antes de pocos días acababan con ejércitos enteros y diezaban las poblaciones civiles, se contienen hoy tan pronto como se diagnostican. Hoy día, el tífus, la viruela, la difteria, están bajo el dominio de la ciencia (menos en Rusia), y de las enfermedades zoonóticas, sólo la fiebre escarlatina persiste. La inoculación con suero las cura todas, y si lo que se preconiza resulta verdad, no estamos lejos de la época en que la tuberculosis será curada de la misma forma.

Hay que ver este asunto por otro lado. El Estado se preocupa de la vida de los jóvenes más que de los viejos. Una de las más terribles enfermedades que ataca de pre-

UNA PREOCUPACIÓN DE LOS GOBIERNOS

ferencia a los jóvenes es el tífus, que tantos destrozos ha hecho en las guerras. Hasta los descubrimientos de Pasteur, más que las balas mataba el tífus.

La fiebre escarlatina, que resiste al tratamiento de todo suero, es enfermedad de la niñez y fatal para los chicos. Algunas estadísticas recientemente publicadas en Noruega, en donde la escarlatina es permanente, demuestran que cuanto más joven es el enfermo más probabilidades de muerte existen. El porcentaje por ciento de los pacientes menores de un año, muere; de uno a cinco por ciento hasta los cuatro años, y la mortandad baja a un dos por ciento después de los cinco años.

Esta sola enfermedad evita el que lleguen a la madurez millones de niños.

Mientras no se descubra una cosa contra las enfermedades como la escarlatina, el único

remedio es el aislamiento, el cual no es siempre fácil, y es necesario acudir a la ciencia sin perder tiempo, lo que si en las ciudades puede hacerse, no así en el campo, en donde las distancias son grandes y en donde un solo médico tiene grandes extensiones de población que visitar.

El diagnóstico de las enfermedades como la escarlatina en sus primeras manifestaciones requiere considerable experiencia, y al no poner nuestras viviendas bajo la directa inspección del Estado tenemos que confiar en la voluntaria notificación.

¿Cuántas madres que viven en los campos enviarían a buscar al médico en cuanto su hijo sintiera la menor señal de enfermedad, y cuántas consentirían en dejar a su criatura en un hospital si el diagnóstico era desfavorable?

De este problema se ocupa actualmente el Ministerio de Sanidad de Inglaterra, que ha tomado con gran interés el problema de las enfermedades en los niños, y por lo visto busca con insistencia la solución para arrancar de las garras de la muerte a tanto niño, y tanto adolescente como sucumben a enfermedades que pueden contrarrestarse aplicando a tiempo los medios que posee la ciencia moderna.

Monteiro Lobato

El 26 de Mayo de 1919, Ruy Barboza pronunciaba en el Teatro Lírico de Río de Janeiro, un formidable discurso contra la candidatura presidencial del doctor Epitácio Pessoa. Al describir el cuadro real de la situación política y económica del Brasil, en aquel preciso momento histórico, evocó la figura de Jeca Tatú, representación popular del espíritu brasileño y encarnación externa de aquella nación. Jeca Tatú, era la creación del escritor paulista Monteiro Lobato. Existía en la realidad, popularmente vivo, sentido hondamente por el pueblo y despreciado por los poderosos, pero fué menester que un escritor de pluma acerada y negra los transportara a las páginas de un libro para que se pudiera palpar en su acentuado realismo. ¿No tenía, acaso, Norte América, su tan popular y tantas veces caricaturado Tío Sam, e Inglaterra su John Bull?

No basta que un pueblo tenga un héroe que lo sienta y lo solemnice, y lo presente como arquetipo de virtudes y heroísmos, es menester también, que un escritor lo arranque de la vaguedad en que vive y le plasme una forma inmortal. ¿Qué hubiera sido de nuestro Artigas, sin Zorrilla de San Martín, sin Ramírez, y sin tantos otros que han contribuido a recrearlo; porque recién de veinte años acá, existe el verdadero Artigas; antes, sólo era un héroe escarnecido, cuando no olvidado.

Jeca Tatú es, también, un héroe, es un héroe más modesto y más pobre. Es un héroe sin historia, sin tradición recopilada, completamente inédito. Jeca Tatú es el cabecito, que vive en el estrato, lejos de las ciudades bulliciosas y vanas; y que en apartado y solitario suelo, sufre, trabaja, y recibe todo el peso de la injusticia social.

Si encontráramos un nombre para nuestro paisano, nombre adecuado, justo y breve, como Jeca Tatú, se lo aplicaríamos, porque ambos tienen asombrosas semejanzas. Ya algunos escritores empiezan a describir la vida miserable de nuestros paisanos. Zavala Muniz ha escrito en este sentido páginas admirables.

He aquí como describe Monteiro Lobato, en «Urupês», la fisonomía moral de Jeca Tatú: «El acto más importante de su vida es votar con el gobierno. «No sabe a quien vota, pero vota. «No estamos viendo perfilarse nítida la silueta de nuestro paisano? «No se concreta toda su vida política a votar con el gobierno o con el caudillo blanco, que lo arrastró a la revolución, exigiéndole el sacrificio de algunos de sus hijos y la pérdida casi total de su hacienda? «No es el que contribuye, si es rico, al tesoro partidario o al sostenimiento del comisario, y no es la eterna víctima del atropello policial, si es un desgraciado? La morada es de paja y barro, lo mismo que nuestro rancho. «Mueble ninguno. «A veces se da el lujo de tener un banquito de tres patas para los huéspedes. «Remedios. ¿Para qué?»

El personaje está esbozado en «Urupês», pero sus ideas están contenidas en el volumen: «Las ideas de Jeca Tatú». Este libro es una recopilación de artículos publicados en los periódicos de San Pablo. Jeca Tatú tiene pocas ideas, pero son todas suyas. Piensa con su cabeza, que aunque pobre, rebosa de ideas originales. Jeca no imita, crea. La imitación, dice Monteiro Lobato, es la mayor de las fuerzas creadoras. Pero imita quien asimila, procesa. Quien calca no imita, roba. Quien plagia no

imita, macaquea. Contra ese macaquismo literario va dirigido «Ideas de Jeca Tatú». Monteiro Lobato escribe crudas sátiras contra los afrancesados, contra todos los plagiaros de las modas parisinas, contra todos aquellos que no saben mirar para su tierra, para dentro de su casa, y abren, en cambio, tremendos ojos de admiración ante lo extranjero, sea bueno o malo.

Este macaquismo es una enfermedad universal; verdadera pandemia, se extiende de manera alarmante por toda América, amenazando destruir lo original en estas tierras del Sur. Por ese macaquismo somos justamente acreedores al desprecio de algunos escritores europeos, que han llegado a llamar a Sud América un continente de simios. ¿No hace mucho no teníamos, en el Uruguay, poetas que plagaban a Verlaine? ¿No hay, actualmente, genticilla de banizada cultura que desprecia a nuestros pintores y a nuestros poetas modernos, desmayándose, en cambio, de admiración ante el primer intelectual extranjero que llega a Montevideo?

La literatura argentina también presenta actualmente graves síntomas de macaquismo. Son contados los escritores porteños que no ofrecen esa coloración de cosmopolitismo que se ha dado en llamar argentino. En los artículos «A caricatura a no Brasil», «Estética Oficial», «Paranoia ou mystificação», Monteiro Lobato arremete reclamando contra el mal gusto estético de los afrancesados, y contra las exageraciones de las escuelas novismas. En el Brasil se nota, más que en la Argentina y el Uruguay, el influjo de la cultura francesa. En la alta sociedad carioca no se habla casi más que el francés, es el idioma oficial elegante, por no decir el habitual. Parecería de mal gusto en una reunión social o entre plato y plato en una cena en un hotel de lujo, no intercalar media docena de palabras francesas y otra media docena de galicismos. Y la misma influencia se nota en el arte y en las letras fluminenses. Ha surgido de San Pablo, emporio comercial, ciudad nueva y fresca, sin tradición ni aristocracia, amenazada por hombres rudos y comerciantes italianos, un gran movimiento de renovación nacionalista.

El centro intelectual del Brasil, se ha desplazado en estos últimos años, de Río de Janeiro a San Pablo. En 1920 se editaban en San Pablo doscientos tres libros.

La escuela paulista se ha impuesto rápidamente, como la misma ciudad, que en pocos años ha llegado a ser la segunda capital del Brasil. El progreso material de San Pablo ha producido conjuntamente un desarrollo cultural de igual magnitud.

El principal artesano de este movimiento renovador es Monteiro Lobato. De facendero se transformó en escritor y marchóse a la ciudad. Diose a conocer con un artículo publicado en un diario de San Pablo, en el cual describía el incendio de un campo, de manera tan admirable, que despertó en seguida la curiosidad de los intelectuales. Le pidieron nueva colaboración, y remitió los cuentos que más tarde formarían su libro «Urupês». Monteiro Lobato fundó una editorial que lleva su nombre, y una Revista, y desde allí dirige ese movimiento intelectual nacionalista, que está haciendo olvidar los melosos discursos académicos de los escritores cariocas y los sonetos parnasianos de sonoridad de campanilla.

«Ideas de Jeca Tatú» es un libro de marcado carácter periodístico y combativo, pero en sus páginas desputa ya el escritor de «Negrinha» y «Cidades Mortas». Hay artículos, como «A estatua do patriarcha» y «Sara Eterna», que son de una ironía finísima. En el primero, exalta la figura patriarcal de José Bonifácio, y recuerda la ausencia de una estatua que

eternice en el bronce la figura del gran hombre, pero al final confiesa que ese inexplicable olvido ha sido subsanado por el Congreso Legislativo del Estado, que acaba de votar doscientos contos para la estatua... El general Glycerio. En «Sara Eterna» se burla deliciosamente del reclamismo exagerado de Sara Bernhardt. «Negrinha» es de todos los libros de Lobato, el que más me seduce. «Negrinha», el primer cuento, es una historia admirable, rebosante de amargura y de poesía.

Es la vida de una mulatita huérfana, criada en una de esas casas llenas de fría austeridad, donde moran viejas solteronas, de alma dura, regañonas e hipócritamente caritativas. Doña Ignacia, que recibe cotidianamente al señor vicario, y que hace obras de caridad, lleva toda la amargura de la soltería y todo el malhumor de una afección al hígado. Esos dos malestares, el uno orgánico y el otro moral, se traducen en golpes, bofetadas, coscorrones, que van a parar a la pobre cabecita de Negrinha. La mulatita tiene para escoger toda una colección de apodos, a cual más expresivo: peste, diablo, lechuga, pata chueca, bruja. Con todos ellos es llamada, y a todos ellos obedece humildemente, como solas astuzidades, como dice Monteiro Lobato.

Un día aparecieron en la vieja casa, con la alegría de una banda de chingolos, las sobrinas de doña Ignacia, dos niñas ricas, con todo el arsenal de ilusiones a que puede aspirar una niña pobre: muñecas, libertad para jugar y dulces. Negrinha nunca había visto una muñeca, y para ella la llegada de las niñas fué una anunciación, como si dos ángeles hubieran bajado del cielo, y al mismo tiempo, un cambio completo en su vida.

Después de aquel episodio,

durante el cual por primera vez doña Ignacia siente en su alma negra una ráfaga de bondad, Negrinha cae en un sopor enfermizo y se muere de fiebre. De ella quedaban dos recuerdos en la memoria de aquellos que la conocieron:

—«Lembras: da daquela bobinha da titia, que nunca via boneca, — dijo una de las niñas. — Como era boa para um coice! — comentó doña Ignacia.

En este cuento, que ha dado título al libro, se mezclan de una manera admirable el dolor y la poesía. La vida de Negrinha es de una dolorosa realidad, hay en ella un realismo exacto que no es exagerado, y a su vez, el ensueño de Negrinha que se ve rodeada, en su delirio, de un coro de ángeles y de muñecas, es una compensación de su duro martirio doméstico, vaya lo uno por lo otro. Es la beatitud celeste de que gozan los santos, como San Sebastián, allí en el paraíso, después de haber sufrido cruelmente en la tierra.

Y cuántos santos anónimos padecen cotidianamente en la vida!

En Monteiro Lobato abundan esos tonos amargos de un verismo desconcolorador; bucea en lo más hondo de la vida para extraer de ella las sensaciones más desgarrantes, y para proporcionarnos una nota sobria y acabada, exenta de toda ebullición retórica, y paralelamente, coloca esos contrastes de ironía fina, que lo presentan como un sagaz humorista de la escuela de Anatole France.

Finalmente esbozado está el cuento «O colocador de Pronomes», en el cual se burla de un profesor de gramática que pretendía realizar la fantástica empresa de enmendar todos los errores gramaticales que a diario se cometen en los periódicos. Había inventado un suero, el peregrino profesor, llamado «Pronominol N.º 3», con el cual pensaba curar radicalmente todas las enfermedades orgánicas del lenguaje denominadas: Solicismo, barbarismo y anfibología. Para comenzar su campaña de profilaxis lingüística, ofreció diez mil reis a un herrero, que lucía al frente de su comercio un letrero mal redactado. Luego, debía escribir un libro que titularía: «Método automático para colocar correctamente los pronombres».

El buen hombre — de esos que tanto abundan en las Universidades — murió víctima de su química empresa. El día que recibió su magno tratado de perfección gramatical, recién llegado de la imprenta, pudo ver con asombro, que en la dedicatoria del libro en lugar de: «A memoria d'aquêle que me sabe as dores», el imprentero había puesto: «A memoria d'aquêle que sabe me as dores».

Errata infranqueable, errata terrible y mortal, de esas que se pegan al libro, y es inútil luchar contra ellas.

«Os Negross», es otro cuento, que tiene algo de la negrura goyesca de Poe, y algo de idilio y de poesía tropical. Ese contraste tan vivo en Monteiro Lobato, de ironía y de amargura, de tragedia y de poesía, hace que sus libros se lean con deleite siempre renovado. Es un estilista claro, que describe con justeza y sobriedad, que sabe recorrer toda la gama de la emotividad. Escritor humano y fuerte, con sus cuentos y sus artículos de combate, está llenando las ciudades brasileñas con el olor salvaje de las selvas y el canto de los pájaros tropicales.

Hdefonso Pereda Valdés.



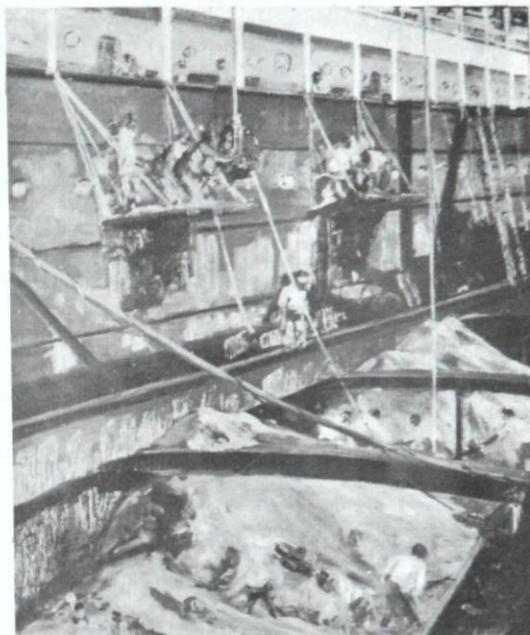
NUESTROS COLABORADORES

Luis Macaya, pintor



LOS que sólo conocen a Macaya a través de su obra periodística, han quedado agradablemente sorprendidos al inaugurarse su exposición de cuadros en el Salón Witcomb.

No imaginaban ellos que el celebrado caricaturista había de revelarse como un pintor de clara visión y de técnica fuerte y sincera, en los actuales momentos en que los artistas sufren un momento de extravío, que los lleva a cometer mil arbitrariedades con el exclusivo objeto de llamar la atención, es sorprendente que un nuevo pintor se ofrezca al juicio público, presentándose en buena ley pintando, según manda que se pinte el sentido común.



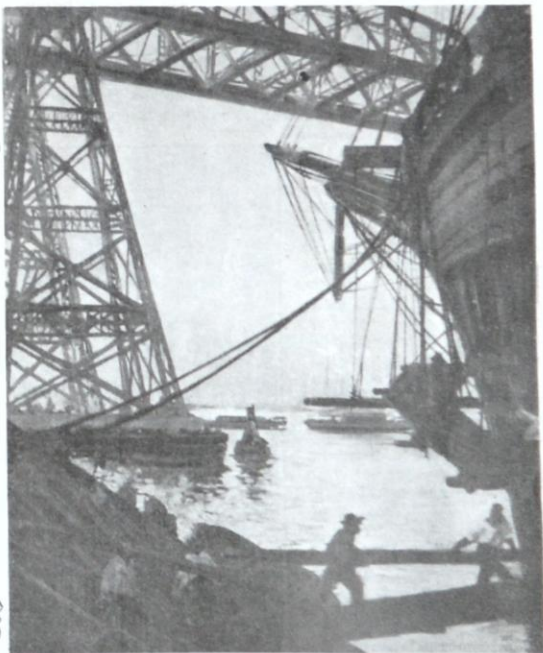
LOS CARRONEROS

—¿Cómo ha podido usted hacer esto? — es la pregunta que le formulan todos los que conocen su incesante labor en las revistas, que equivale a muchas horas de trabajo diario.

—Simplemente — contestó Macaya, con su ingenua franqueza.



ENTRE DOS LUCES



CALAFATEANDO

y no salvando las dificultades técnicas con recursos más o menos hábiles, sino con esfuerzo y arte.

Es el puerto de Buenos Aires, lo que el artista ha reproducido en sus telas, tal como lo veía, interpretando sin contrariedades su mágica belleza.

El éxito que ha conseguido Luis Macaya, ha sido un éxito merecido, Mercedo porque ha demostrado haber sabido explotar su nuevo arte que cultivaba. Mercedo, además, porque su obra es el resultado de un esfuerzo constante y bien dirigido.

que es una de sus más bellas cualidades personales — pintando todos los días, como si tuviera obligación de pintar.

Si Macaya es de los hombres que saben imponerse un deber y saben cumplirlo. Nuestro distinguido colaborador piensa venir en breve a visitarnos. Su propósito es realizar en Montevideo una exposición. Entonces, con mayor oportunidad, haremos análisis de su valiosa obra.

Hoy nos limitamos a tomar nota del éxito que Macaya ha obtenido. Un éxito de buena ley.

J. G.

RECUERDO todo esto como si fuese ahora. ¡Y cuántos años han pasado! Tendría... ¿cuántos? Quizás doce años. Dormíamos yo y mi padre en la misma pieza — una pequeña y escuálida pieza de pensión — en dos pequeñas camas de hierro, tan livianas y viejas, que era suficiente que uno de los durmientes respirase un poco más fuerte de lo acostumbrado, para que se pusieran a vacilar ruidosamente.

Entre las dos camas estaba la mesita de luz, donde poníamos la lámpara a petróleo.

Yo me acostaba temprano, y en seguida me dormía. Mi padre, al contrario, volvía a casa ya muy entrada la noche, y yo a menudo era despertado por el choque violento que, en la oscuridad de la pieza, mi padre producía contra la mesita de luz, o al intentar encender la lámpara. ¡Qué despertar tan lleno de cuidado! El corazón comenzaba a latirme con tal violencia, que si mi padre se hubiese inclinado sobre mí, habría podido oír un dramático martilleo. También aquella noche el incidente se repitió, pero como si todo aquel ruido no hubiese tenido el poder de despertarme, continué haciéndome el dormido, por temor de algo peor, pues mi padre tenía un carácter violento. Pero entrecerré los párpados para ver si el temido desastre — ¡la caída de la lámpara! — había acaecido... No; solamente el vaso que contenía agua se había caído, y el líquido goteaba sobre el piso de una manera sutil. Lanzando una imprecación mi padre levantó el vaso, secó, lo mejor que pudo, con la manga del saco, y después de encender la lámpara, se tendió en la cama. La escasa luz irradiaba en una forma que yo podía observar sin ser descubierto, y pude así constatar que mi padre apareció, durante aquella noche, muy alterado.

Se hubiese creído que estaba ebrio: el rostro encendido, los cabellos despeinados, los ojos brillantes e inmóviles, el labio inferior colgante, mientras las manos se abandonaban sobre la frazada oscura, como dos cosas sin vida, pero al instante recobraban ánimos y extraños e incomprensibles sonidos comenzaron a salir de sus labios; después, también los brazos se agitaban, produciendo, en la pared, sombras fantásticas y temibles. Hablaba inconscientemente.

— ¡Afuera!... ¡Expulsado!... ¡Sin empleo, sin pan! — y en su voz temblorosa palpitaba un rencor detenido entre los dientes. Temblé de miedo.

— ¡Porque yo soy un débil, un enfermo, un inservible! — y se levantó de improviso, encontrándose, sin darse cuenta, ante un viejo espejo que pendía de la pared.

Al ver de golpe, frente a sí, su propia imagen, produjo en mi padre una extraña impresión, y dijo, como si no hubiese estado solo, como si tuviese ante él otra persona en quien desahogar el dolor y arrojar la cólera.

— ¡Inservible! ¿Entiendes? ¡Otra cosa que sueño, utopías de gloria, búsqueda de verdades! Estás en la calle: esta es tu gloria, esta es la verdad. ¿Ríes? ¿Te burlas? ¡Ríes mal! ¿Te burlas a propósito? ¿Quieres, quizá darme a entender que tus orgullosos sueños te incapacitan para pensar en la vulgar necesidad del pan? ¿Quién lo creería? ¡Mírate bien! ¿Qué es lo que dice tu rostro? ¿Dónde están las señales de esta alabada superioridad?

Calló; se contempló con mirada extraviada; miró profundamente, en el temor de haber sido



EL ROSTRO DEL PADRE

por

ALBERTO DE ANGELIS

(Ilustraciones de E. Castelluci)

oído. Después en el silencio absoluto de la pieza semi-desnuda, ante el espejo, se sumergió en una larga y curiosa contemplación de sí mismo, y de nuevo perdió la conciencia de no estar solo, y volvió a comenzar a delirar; parecía que entre sus ojos — ojos cavernosos de buscador incansable de misterios — y aquellos reflejos en el espejo, se hubiese establecido una mágica corriente de atracción. Él estaba como hipnotizado. Pero, de golpe, dió un salto hacia



atrás, como en el ímpetu de huir a una pesadilla terrible. ¿Qué quería? ¿Se enloquecía?

— ¡Vete! — dijo, con voz aguda — o revélame de una vez por todas. ¡Dime quién eres! ¡Yo no te conozco!

Y tuvo un impulso de risa diabólica. Después, como un sonámbulo, se acercó más aún al espejo, hasta llegar a empuñarlo con

el aliento, y tomó de una mesa cercana otro espejo pequeño, y muchas veces lo movió en varias convergencias con el otro espejo colgado en la pared, y se examinó en múltiples aspectos y expresiones: de frente, de perfil....

A medida que su indagación se intensificaba, una expresión de sorpresa aparecía en su rostro. Se hubiera dicho que aquella era la primera vez que él había conquistado una noción precisa y completa de la propia fisonomía.

— ¡Y bien, ¡no, no te conozco — volvió a decir, por impulsos, en voz baja. Tú no eres la imagen física expresiva de mi espíritu, nosotros no nos asemejamos; eres un extraño que yo puedo juzgar... y de quién aún puedo reír. ¡Ahora comprendo por qué no me estimaban mis superiores!

¡Ellos no ven en esta máscara grotesca, nada más que una falsificación de mí mismo! ¿Qué parecido hay entre mi espíritu y esta larga nariz ciranesca? ¡Y mi enorme mandíbula vulgar de mastín hambriento y voraz?

Aquel perpetuo hambriento del espíritu, no veía en sí, en aquel instante, nada más que un codicioso, un voraz; y entonces recordó un oscuro discurso que él una vez me había dicho durante nuestro pobre almuerzo. También entonces, parecía hablar más consigo mismo que conmigo: — Cada uno de nosotros — él dijo, — es lo que parece, aunque no se dé cuenta de ello. Nuestros mismos rostros revelándonos, nos desmienten. ¿Cuántas mujeres no llevan en el rostro, las señales de su insofocable sensualidad? Pero es el alma, con su fisonomía original, con los desarrollos, las elevaciones y las depresiones que ella obra en sí, la cual gradualmente imprime al rostro, el trabajo de sus íntimos cambios, o quizá también, está escrito en nuestros rostros, al nacer, nuestro destino? ¿Quién lo sabe? Quizás es la una y la otra cosa. Nacemos con una fatalidad clavada en la carne y en el espíritu. ¿Oponernos? ¿Corregirnos? Equivale a sufrir. Vivir según el propio destino e interrumpir la vida, hacer de la vida una muerte, un no ser, una negociación estática: he aquí el imperioso dilema... Pero, ¡bah, tú si no puedes comprenderlo!

Y es cierto: no comprendía casi nada, pero esas palabras se grababan en el cerebro oscurecido por el sueño, como las imágenes de una pesadilla nocturna. Y él olvidándose de mí, prosiguió diciendo: — Cada uno va por su propia ruta. Los glóbulos rojos crean el valor, la temeridad, las aventuras, la conquista; los blancos la tristeza, la pusilanimidad, la renuncia; los primeros, el hombre social; los segundos, el individuo duelista; el místico o el anarquista. Todos los anarquistas son tuberculosos; hay — y un temblor pasó en su voz; evidentemente hablaba de él — hay seres que en la pobreza de la sangre llevan impreso el triste blasón historiado por siglos de privaciones. Son y serán siempre los débiles, y los vencidos, aunque anhelan ser todo lo contrario. Podrán tener momentáneos gestos de energía, de rebelión apasionada; podrán macerar la propia carne, o atentar contra la vida

de los otros; vengar contra sí mismo o contra los otros, la mezquindad del propio destino; pero hombres, hombres normales, mediocres, con aquella mediocridad sana y activa que es el sol de la humanidad en función social, nunca serán. No serán nada más que detritus de la sociedad, átomos enfermos y desolados, y como tales, siempre a merced del más fuerte y de

las muchedumbres, aunque con la lucidez enferma de su inteligencia, vean la injusticia, vacilan rebelarse contra ella.

Con seguridad, estos pensamientos debieron vivir en la mente trabada de mi padre, durante el largo silencio, transcurrido ante el espejo, ello me inducía a suponerlo la expresión de su rostro, en el que se reflejaba la misma amarga desilusión que le había notado durante aquella triste comida. La coincidencia del discurso de entonces con los pensamientos de este momento, resultó completa en el instante en que volvió a ver en el espejo su propio perfil. ¡He aquí — exclamó burlonamente — mi mandíbula! La señal de la oscuridad de los abuelos! ¿Qué hacer? Es el destino irreparable. ¡So, un condenado, un vencido! Y también tú — dijo, dirigiéndose a

mi cama — también tú, hijo en el dolor, todavía ignorante de tu suerte inevitable, eres ya un vencido. Pesa sobre tu frágil carne, el destino de nuestra raza miserable. También tu vida deberá ser una cotidiana humillación, una renuncia, un tormento.

Tendió, con violencia, sus brazos hacia mí. Su mirada era feroz: — ¿Vencido? ¡Ah, aún no! Yo puedo rescatar, al precio de una infamia, tu dolor y la condena de una entera generación... Si... lo puedo... arrojando tu vida y la mía en un solo abismo... en el silencio absoluto de la muerte.

La última palabra, más que todos sus precedentes arrebatos, tuvo sobre mi pequeña mente, el poder de una luz reveladora y providencial.

De un salto me senté en la cama, y saliendo así, de la zona de sombras, que me protegía, aparecí a mi padre, en la irradiación circular de la lámpara:

— ¡Papá!

Las manos del hombre — flacas y surcadas por venas llenas de un azul que evocó, en mí, la espantosa imagen del azul surco que ellas habrían grabado en mi delgado cuello — volvieron a colgar largamente a ambos lados del cuerpo, inerte, como si las hubiese golpeado un rayo.

— ¡Hijo, hijo mío! — sollozó arrojándose de rodillas junto a mi cama; y en aquel doble grito que surgía de sus entrañas, en la tibia limpieza de nuestras lágrimas juntas, se desvaneció su criminal delirio.

Muy pocos hombres han sido el primer amor de una mujer. Y, sin embargo, muy pocas mujeres han sido el primer amor de un hombre. ¿Cómo se explica eso?

Las mujeres dan voluntariamente su corazón al que no lo necesita. Son como los banqueros, que sólo prestan a los ricos.

Más vale morir incomprendido que pasarse la vida dando explicaciones.

En amor la mayor habilidad consiste en ocultar que somos hábiles.

No se puede ser doblemente feliz en amor. Hay que elegir entre engañar o que nos engañen.

Es un consuelo para los hombres pensar que las mujeres se engañan casi tanto como los engañan a ellos.

En las discusiones conyugales, la mujer tiene la ventaja sobre el marido, de que su primera palabra es siempre igual a la última.

Si una mujer te dice: "No nos volvemos a ver", espera. Si una mujer te dice: "Ya nos veremos un día de éstos", no esperes verla más.

CANDIDAMENTE...

La pareja descendía amartelada, en una ausencia de realidades borradas por interiores fervores, el amplio paseo, en el crepúsculo de la gran ciudad. Una neblina gris, hecha de polvo y vaho de calles recién regadas, acardenalábase con luces artificiales que se iban encendiendo, y les envolvía en una vaguedad acorde a su vago sentir de afirmaciones, propio de enamorados. El amor parecía guiarles, aislarles y exaltarles, todo a una. Para ellos aquel amor, su amor, era la única razón de ser. Para él vivían y de su cantera inextinguible extraían todas las ilusiones... «Cuando nos casemos... Cuando tengamos nuestra casita... El día que yo ascienda y podamos arreglarlo todo... El día que tú asciendas y mamá se deje convencer...». Tal siempre el tenor de sus pensamientos y tal el de sus palabras.

Los dos eran empleados: en un Banco, como pagador, él; en una casa de Banca, como mecanógrafa, ella.

Hacían buena pareja; tal vez un poquito desgarrado, demasiado alto y miope, él; muy bonita, con una belleza buena, cándida, de Gretchen, ella; ojos verdes, cutis fino (aquí viene bien el símil de la leche y las rosas), facciones puras y grandes ojos azules, cándidos y soñadores, sombreados por los bucles leves y melosos. Los dos vestían con modestia; en el varón, un poco descuidada o mejor cuidada con exceso en un afán de disimular la lucha por la conservación de las prendas mustias y raídas; en la muchacha, más graciosa con un punto casi imperceptible de coquetería.

Todas las noches, al salir de sus oficinas respectivas, reuníanse, y ya juntos vagaban por las calles, paseando su pobre idilio a la luz de los reverberos de gas.

Él le hablaba apasionadamente, con un fervor tierno y lleno de caricias, con una dulzura ardiente, contenido en su humildad de adoración. Inclinado desde su altura sobre el hombro de la amada, iba vertiendo en su oreja, leve y graciosa como un caracol marino, su afán de cariño, su sed de amor. Algunas veces apoyábase en su brazo y era como un niño que paseara con su madre. Entonces ella, con ese divino don de maternidad de todas las mujeres, sabía sonreír y hallar la palabra oportuna.

En torno a ellos la vida de la gran ciudad rodaba con su trepidación sorda y amenazadora.



Pasaban raudos los autos con estrépito de bocinazos y rugir de sirenas; los chorros de luz de los faros tenían la intermitencia cegadora de un surtidor, y en la confusión de ruidos y de luces, una multitud horrible iba y venía presurosa, confusa, mareante.

Era la hora de la salida de los Bancos y los almacenes, y el público denso, pesado, unas veces alegre y ruidoso con exceso; otras, torpe y aturrido, con ese aturdimiento de quien, encerrado mucho tiempo en una habitación oscura, se encuentra de improvviso en plena luz y pleno aire, iba, seguía paseo adelante, se alejaba del centro, tornándose más claro, más espaciado y por ende más sereno en ausencia de nerviosidades.

Sin darse ellos mismos cuenta acortaban el paso, y sus palabras tomaban una diafanidad ungida de arrobo casi místico.

— Mira — decía — Pronto será; hoy, sin ir más lejos, el jefe me ha dicho que está muy satisfecho de mí, hay que ir pensando... — Hizo una pausa y prosiguió: — Si me ascienden antes de fin de año, habrá que hablar a tu madre. Puede que tuerza el gesto; al fin, ¡qué le va a hacer! cederá. En un principio viviremos muy modestamente; pero... ¡bah!, juntos, no importa; luego...

El paseo iba quedando desierto. En la confusión de luces el asfalto era como un río gris y reluciente. De tarde en tarde, un automóvil cruzaba raudos.

Aventuráronse a atravesar. Casi en medio del andén central paróse él a soñar aún:

— Mira, nenita; para empezar buscaremos una casita alegre que tenga mucha luz y mucho sol y mucho aire. Tú llevarás tus pájaros y tus flores...

No le oía. Veía descender por el paseo un auto enorme. Sus faros se encendían y apagaban con pestaños de ojo irónico. Obsesionada, alucinada, le veía llegar, echarse encima. Él nada notaba; su amor le vendaba los ojos.

— Más adelante...

Dió un paso sin que ella hiciese nada para detenerle, y el coche se echó encima. Entonces la mujer dió un paso atrás, mientras le dejaba desplomarse en la muerte.

El artefacto se detuvo. Hubo gritos, carreras, exclamaciones de angustia...

Ella permaneció un momento contemplándolo con sus pupilas azules, frías, indiferentes, y luego, despacio, alejóse y se perdió en las sombras, entre los árboles.

ANTONIO DE HOYOS Y VINEY.

EL día que el padre Luis inauguró el curso, los alumnos se amilanaron ante el gesto agrio y la voz bronca del nuevo profesor. El rostro del maestro, su frente prominente y sus ojos redondos, moviéndose alocados detrás de las gafas, no le recomen- daban ciertamente. Además, era cargado de hombros, y su cuerpo, al andar, inclinábale sobre la pierna derecha, dándole el aspecto lamentable de un volatinero averiado.

Dos años dedicados a la enseñanza, desde que abandonó el noviciado, diéronle al padre Luis un sentido noble y altruista de su misión. Comprendió cuán difícil y peligroso es dirigir a los niños, de sensibilidad tan delicada, sugestionables a lo que hiere sus imaginaciones y de percepción siempre dispuesta a deducir las más absurdas consecuencias de los hechos que les lastiman, si un atento vigilante no evita las rozaduras o no encauza el extravagante razonamiento en derecho a la verdad.

Trasladado de Archidona a Celanova, su ánimo encogióse un poco al envolverse en las brumas del Norte, acostumbrado como estaba a sentirse ágil y libre en la atmósfera diáfana del clima andaluz; pero pronto el ambiente mo- rroso, húmedo y sedante de Galicia acunó su alma en las blanduras de la lluvia mansa, del cielo entoldado o de un suave azul, y en los verde- gúes valles de la tierra meiga.

Para el padre Luis, los niños eran como miradas del Señor alentado en capullos de carne. Pero esta carne palpi- taba y sus latidos infundíanle un temeroso respeto. El cono- cía la tremenda responsabi- lidad que pesa sobre los hom- bres y el divino castigo que les está reservado si no se postran con lo mejor de sus almas delante de los niños cuando su carne palpa preguntando. Y le causaba espanto la indiferencia con que el hombre respondía a la inquietante curiosidad infantil. El niño sabe preguntar, pero el hombre muy pocas veces sabe responder.

Cree, sin duda, que las pequeñas almas son frutos espontáneos, cuyo desarrollo debe aban- donarse al instinto. Y estos niños, que sufren la trágica estupidez de los obligados a mos- trarles los senderos de la vida, serán siempre frutos podridos de educación!

—El hombre habrá de redimirse por el niño. El hombre debe encontrar su glorificación aquí, en la Tierra, antes de ir a gozar las bienaven- turanzas del Paraíso — pensó un día el padre Luis.

Y asustado de su pensamiento, a todas luces contrario a la ortodoxia, postróse de hinojos, impetrando del buen Dios generoso perdón para su error. Mas su pensamiento no le abandonó, y, desbocado por la pendiente de su lógica, inquirió, sutilizó, alambicó, y tropezando en los obstáculos puestos por la doc- trina emanada de las columnas de la Iglesia — columnas de duro basalto, duras y sonoras, aún cuando el aire puro que respiran las almas santificadas por la virtud las altera, deshace y acalla, — pudo, con mil esfuerzos y sollozando de temor, proseguir en sus deducciones.

—Dios creó al hombre, no por el exclusivo deseo de tener adoradores — menguada vani- dad, — sino porque en su bondad infinita quiso engendrar en sí mismo seres que gozasen de la

vida del espíritu y de las maravillas de la Naturaleza, de la que le hizo rey y señor. ¿Quién, pues, asegura que el hombre debe purgar su condición de tal antes de elevarse a las mansiones de la eterna beatitud? Perversa idea que contradice la magnanimidad del Pa- dre Común.

Deshagamos la maraña del engaño. Echemos por tierra la impostura. Hay que evitar que el hombre siga desorientado, cubierto por la costra de la mentira, sumido en la perversión.

Todos los días, a todas las horas, nacen nuevas promesas entre alaridos de parturientas y vagidos rumorosos como murmullos de una brisa en las frondas. Todos los días, a todas las horas, surgen los brotos de una mística sociedad en la que los hombres serán herma-



nos... Son ellos, los recién nacidos, que abren sus bracitos a una acogida de veneración y cariño. Son ellos los que han de iluminar la vida con las amorchas de la verdad que escon- den en sus almas nuevas.

—Hermano: Si piensas como yo, ven. Ayu- demos a los que nacen.

El padre Luis sabía que algunos maestros castigaban con dureza a los niños, flagelando sus miembros, sometiéndoles a la tortura de suplicios degradantes — como lo es cualquier atentado a la carne, siempre propensa al dolor, — y a pesar de saberlo, horrorizado de que un hombre pudiese infringir un dolor a un niño, no lo concebía, no quería concebirlo. Porque en su alma afinada y emocional abrian surcos cóleras insospechadas, que, por no desatarse en maldiciones, revolvíanse en calladas lágrimas, vertidas a solas, en el interior de la celda, con los ojos fijos en la exangue figura de Cristo, el corazón oprimido por la amargura de sentirse rebelde, pues doctrina de mansedumbre es la que fluye del cuerpo clavado, lacerado y san- grante al que pide auxilio y consuelo.

Los alumnos del padre Luis salieron de la clase y rivalizaron en una carrera.

De pronto, uno de ellos, Antoñito, enrojecido de fatiga, se detuvo, y, dirigiéndose a los com- pañeros, dijo:

—El padre Luis no nos castigó aún. Y nunca lleva la vara en el bolsillo del balaandrán. Es extraño.

Sus amigos, asombrados de la rara evidencia de estas palabras, repitieron:

—Sí, es extraño... No castiga ni de rodillas. —Pues yo no me fio— repuso Julio. — Tiene una manera de mirar...

—Sin embargo — atajóle Antoñito, — hemos dado motivo. Ayer Carlos le hizo una mueca; él lo vió, y como si nada.

Los colegiales rumiaron este comentario y concluyeron por afirmar de nuevo:

—¡Sí, es extraño!

Y quedáronse mirando unos a otros sin saber qué añadir, suspensos, pendientes del eco que las palabras levantaron en sus almas... Pero el encanto desapareció y comenzaron a reír y a dar cabriolas. El padre Luis creía en los niños. Que en la sala de estudio un niño, andan- do a gatas, zascandileaba de mesa en mesa:

—¡Buen chiefo! Para no distraer a los que estudian; se arrastra por los suelos — observaba el padre Luis.

Que en el juego los más traviesos se escondían detrás de las columnas:

—¡Qué granujillas! Tratan de imitar a los hombres; los ven fumar y creen que para parecerseles es preciso hacer lo propio.

En seguida los reunía, y, sin aludir a lo que había visto, hablaba afablemente de las enfermedades y desazones que origina el uso del tabaco.

Así era el padre Luis. Mira- ba a sus discípulos atenta y mansamente, oreándose con la ilusión de unos hombres que fuesen trasunto de los niños, como ellos ingenuos e inocen- tes. Entonces el mundo tor- nariase muy otro, y el Reino de Dios sería en la Tierra co- mo en el Cielo.

Pero una noche, al tiempo de acostarse los colegiales, sor- prendido el padre Luis de cer- tas risas y cuchicheos que so- naban a sus espaldas, volviése y presenció un espectáculo

desolador:

Varios alumnos, en pernetas y con los vasos de noche a guisa de chapeo, iban tras él imi- tando el paso de su desmedrada figura, y apretándose los vientres para no soltar la car- cajada.

En un primer impulso alzó el brazo; ya con él en alto, vaciló un segundo y le dejó caer, asustado de su flaqueza. Y, mientras los chicos corrían a refugiarse en las alcobas, habló:

—Eso no está bien. Es decir, tiene gracia, pero no debéis burlaros de un viejo cuyo único pecado es el de amaros mucho... Bueno; lo grave — añadió — es que ofendisteis a Dios, pues estabais rezando. Es decir, ¡Dios os perdonará, porque quiere mucho a los niños! Bueno...

No pudo más; estrangulado por la pena, sollozó. Sacudido por el dolor de una afrenta que le arañaba el alma, estremecíase en medio del dormitorio sin sentir las tristes miradas de los niños, que oían los suspiros de su llanto. Y asomó una cabecita, y otra, y otra... Los niños, con los puños cerrados sobre los ojos, fueron saliendo de las alcobas y, apiñándose alrededor del maestro, lloraron con él.

De pronto comenzaron a reír, porque el pa- dre Luis también reía, henchido de infinito goce. Y una risa de ventura, sana y cordial, vibró en el dormitorio, haciendo coro a la alegría del fraile puro y sencillo que exaltaba locamente, inmensamente, en una Epifanía de amor santo...

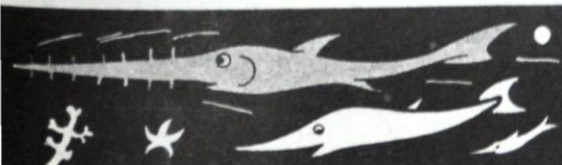
M. D. BENAVIDES.

CINEMATOGRAFO



Pedro Huye y Juan Miedo en el mar

He aquí, queridos niños, un juego que os divertirá inmensamente. Para esto no se necesita nada más que la ayuda de unas buenas tijeras. Atended y haced lo que os dice ACTUALIDADES: Cortad toda la ilustración titulada «Cinematógrafo» y después, una por una, las otras pequeñas ilustraciones en número de cinco. Y obtendréis un precioso film haciéndolos pasar a través de las barras blancas, que tendréis que abrir con prudencia. Así, asistiréis a las exploraciones de Pedro Huye y Juan Miedo.



PÁGINAS INFANTILES



CONCURSO INFANTIL N.º 1

DE

“ACTUALIDADES”

Deseando ser buenos amigos de los niños, que serán los hombres y las mujeres de mañana, organizamos, para distraerlos y estimularlos a pensar y trabajar, estos bellos concursos.

Pongan todos los niños atención, porque de ellos y en su interés se trata:

El dibujo de los domingos

Todos los domingos, los niños descansan de los trabajos de la escuela y van a paseo, a jugar y a respirar el aire sano. Que se diviertan mucho; pero que no le tiren piedras a los pájaros, ni atormenten a los otros animales que toman tranquilamente el sol. Luego, cuando regresen a casa, que nos hagan un dibujito sobre lo que más les ha gustado y nos lo envíen en la siguiente forma:

1.º El dibujo estará hecho sobre una cartulina blanca del tamaño de una postal, a pluma y con tinta china.

2.º En el respaldo de la cartulina escribirán los niños su nombre, su domicilio y su edad.

3.º Después meterán su dibujo en un sobre y lo mandarán a esta redacción, Juncal 1395, a nombre de la directora de las *Páginas Infantiles*.

Y ésto es todo lo que tienen que hacer para optar a los premios de que les hablamos a continuación.

La composición literaria de los domingos

Pero habrá niños que no sientan vocación de dibujantes, y en cambio prefieran ser escritores.

unos buenos escritores, y quizá más adelante unos grandes poetas que engrandecerán también con su nombre las glorias de la Patria. Que no se apenen estos niños, pues también hay concurso para ellos. Que escriban una linda página de composición y nos la envíen de esta manera:

1.º La composición ocupará solamente una página del tamaño de los anotadores de colegio, y su asunto será también lo que más les haya gustado en su alegre tarde dominical.

2.º Los niños firmarán esta composición y escribirán después su domicilio y su edad.

3.º Y por último nos enviarán su trabajo a la Redacción, a nombre de la directora de las *Páginas Infantiles*, Juncal 1395. — Montevideo.

Vean cómo también nos hemos acordado de los niños que no son dibujantes y pueden ser escritores.

La Revista *ACTUALIDADES* distribuirá mensualmente entre los mejores trabajos de estos niños, los siguientes premios:

Dos primeros premios, consistentes en valiosos juguetes, que oportunamente indicaremos, publicando su fotografía en esta página, al mejor dibujo y la mejor composición.

Cuatro segundos premios, a los dos dibujos y dos composiciones que después lo merezcan.

Y otros muchos *terceros premios*, que ya diremos oportunamente.

Con que animense nuestros amigos los niños, y apúrense a enviarnos sus obras.

Este sellito lo pegarán a todos los trabajos que se nos envíen.

CONCURSO INFANTIL N.º 1 DE “ACTUALIDADES” CONTROL



El correo de los niños

N. Z. P. I. (Capital). — El tema que usted desee.

Goyito (Rivera). — Preste nuestra revista a sus compañeros y hágalos felices al facilitarles la posibilidad de ganarse alguno de los premios que ofrecemos. Después de realizar esta buena acción se sentirá sumamente satisfecho.

Susana (Capital). — Preferimos, naturalmente, que usted y su hermanito José Luis nos envíen trabajos sobre asuntos de

nuestra tierra, de los que verán ustedes diariamente al ir a la escuela, a los paseos, etc.

A varios alumnos de la *Escuela 5.ª* (Capital). — Muchas gracias. Ustedes nos han favorecido difundiendo nuestra Revista, contribuyendo al mayor éxito de *ACTUALIDADES* y bien interpretamos el sentimiento patriótico que los anima. Han hecho obra buena porque nuestra Revista desea estimular la cultura del país.



EL AVARO



DIFÍCILMENTE se hubiera encontrado en toda la provincia de Fu-Kien, un hombre tan avaro como el protagonista de esta historia.

Un día se instaló una feria en la aldea. El avaro proyectó gozar de todas las atracciones sin gastar nada.

Lo más interesante era un teatro. El avaro se precipitó en él y se apoderó del mejor asiento.

—Voy a pasar un buen rato, — pensó, frotándose las manos. — Un placer que no cueste nada es el único placer que un hombre razonable puede gustar.

Nunca daba limosnas; los pobres sabían que era inútil llamar a su puerta. Jamás recibía amigos, ni los convidaba a cenar. Tampoco les hacía esos pequeños regalos que, según dicen, conservan la amistad. Su único placer era contar su fortuna amasada centésimo a centésimo. Llevaba los mismos vestidos desde hacía veinte años, y se alimentaba poco. Era flaco y sucio. Sus hijos se avergonzaban de él.

Desgraciadamente para él se representó una obra que no le hizo mucha gracia. El protagonista representaba un avaro ridículo y odioso. Era inevitable que todos se rieran de él. Nuestro hombre indignado abandonó el teatro, antes de terminarse la representación.

Un poco más lejos, un can-

tor de gestas, agrupaba papamatas. Un músico ciego, acompañaba al cantor en el *siante* (guitarra de tres cuerdas, orovista de un mango largo). El ciego seguía el compás con ayuda de una delgada batuta en un tambor sostenido por dos pies de bambú.

El cantor relataba hechos históricos.

Cuando callaba, la muchedumbre le arrojaba monedas, y le invitaba a cantar un nuevo episodio.

El avaro permaneció detrás del círculo de los curiosos escuchando con interés; pero cuando el canto cesó se eclipsó como un ladrón.

Caía la tarde.

—Ya es hora de entrar en casa, — pensó el avaro, que tuvo siempre el cuidado de acostarse antes de la noche para ahorrar los gastos de luz.

Por el camino encontró un vendedor de pollos ahumados con salsa de sopa. Gordos y bien cebados, los pollos exhalaban un olor apetitoso. El avaro admiró el manjar y tuvo la tentación de comprar un pollo. Palpó el más hermoso y exclamó maravillado.

—Este debe pesar tres libras.

¿Cuánto vale?

—Veinte reales.

—;Veinte reales, cuando se puede comprar un pollo por ocho o nueve! — exclamó el avaro fuera de sí. —;Necesitaria estar loco para pagarle semejante disparate!

Huyó, luego, como si el vendedor hubiera tenido intención de detenerlo.

El buen olor del pollo lo persiguió. Dos kilómetros después todavía lo sentía. Sin embargo, sus vestidos no podían estar im-

pregnados. Este olor lo obsesionaba.

De pronto, vio sus manos manchadas de salsa. Las llevó a la nariz, tenían el perfume del pollo y de la sopa.

—¡Qué dicha! — pensó. — voy a poner mis manos en agua, y de esta manera podré obtener una excelente sopa, con la cual me regalaré mañana.

Cuando el avaro entró en su casa constató que toda su provisión de agua estaba agotada.

Se acostó vestido y tuvo cuidado de dejar sus manos grasientas sobre las frazadas. Soñó que se hacía preparar una sopa cuyo perfume causaba envidia a los vecinos.

¡Ay, no era más que un sueño!

Un gato, durante la noche, había penetrado en la casa, y lamó las manos del avaro, quien al otro día las encontró tan limpias como si las hubiera acabado de lavar.

Su contrariedad fué tan grande que cayó gravemente enfermo. Yen-Uang, el dios de los muertos, envió a sus demonios a bailar en torno de su lecho para advertirle que su fin estaba próximo.

Comprendió que iba a morir y llamó a sus tres hijos.

—¿Qué haréis de mí, cuando muera? — preguntó.

—Padre, — respondió el mayor de los hijos, — durante tu vida diste un hermoso ejemplo de economía. Esta virtud merece una deslumbrante recompensa. Te haré magníficos funerales, tu palanquín estará sostenido por ochenta lacayos.

—¡Hijo pródigo y fastuoso, no eres digno de mí! — exclamó el avaro. — Te arrojo de mi casa y te maldigo!

—Padre, — dijo entonces el segundo de los hijos, haré lo que tú deseas, no olvidaré que tú nos has educado en la sobriedad. Tus funerales serán muy modestos, tu ataúd no costará más de diez pesos.

—¡Es demasiado todavía! — gritó el avaro enfurecido. — Eres tan gastador como tu hermano. ¿Acaso tengo necesidad de un ataúd? Vete, no eres digno de mí.

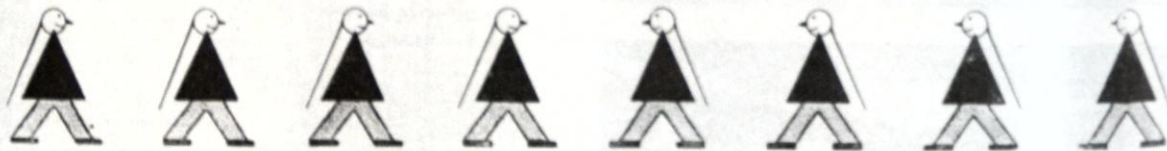
—Padre, — dijo el más pequeño, — yo no gastaré en un ataúd. Envolveré tu cuerpo en una sábana e iré a enterrarlo en la montaña.

—Bueno, — aprobó el moribundo, — Eres razonable... Pero, ¿para qué sacrificar una sábana? Si quieres mostrarte digno de mí, harás esto: cortarás mi cuerpo en pedazos y lo venderás como carne de cerdo.

Diciendo esto el avaro murió, y los demonios tomaron su alma para llevarla a la mansión de los muertos. Pero el alma inquieta, suplicó que la dejaran regresar un momento, pues había olvidado una recomendación esencial.

El avaro resucitó y llamó a su hijo para darle este último consejo:

—No emplees el hacha de casa. Pide prestada la de los vecinos. Vale más estropear la ajena que la tuya.



LOS MAESTROS DE LA HISTORIETA

CASATE Y VERÁS. por Sancha



— Desengáñate: se está mucho mejor casado que soltero...

porque si tienes una mujer guapa...

hacendosa...

que te quiere...

económica...

que no gasta en vestir...

¡y la pierdes!

¡no sabes lo que ganas!

Notas de la semana

SE INICIA CON MOTIVO DE LA PROCLAMACIÓN PRESIDENCIAL DE SOSA. LA TERCERA ESCISIÓN POLÍTICA EN EL BATLLISMO?

La actualidad política objeto de todos los comentarios, así en los círculos conspícuos, como en el ambiente popular, es la incidencia suscitada entre los señores Batlle y Sosa, con motivo de haberse proclamado la candidatura del prestigioso *leader* batllista a la futura presidencia de la República, proclamación a la que el propio Batlle se ha opuesto, por considerarla prematura, faltando aún dos años para la renovación presidencial, y, además, perturbadora de la actividad cívica, por requerir la máxima atención y esfuerzo otras luchas electorales más próximas.

¿Se está en presencia del momento crítico de esa divergencia personal que, desde hace algún tiempo, se viene acusando en el seno del batllismo, entre los numerosos amigos del actual Presidente del Consejo Nacional de Administración, y la mayoría adicta al poderoso jefe civil de su partido?

Todo hace suponer que así sea, no obstante afirmar los órganos batllistas que las divergencias ocasionales respecto a tal punto no pueden destruir la solidaridad ideológica que constituye la unidad de la gran agrupación política.

Pero ya se sabe, que en nuestra psicología política, suelen ser más poderosas las razones personales que las afinidades ideológicas; y que, casi siempre, las escisiones partidarias, que han concluido por marcar en la acción positivas diferencias de programa, han comenzado siendo simples oposiciones de grupos personales.

La primera de esas escisiones, producida en la propia agrupación batllista, cuando el batllismo era todo el Partido Colorado, ¿no fue tal vez en sus principios sino una oposición de miras personales entre el señor Batlle y Ordóñez, que quería suplir la presidencia de la República, y los amigos de cierto candillo político, propio, que aspiraban a ella?... Sin ánimo de herir susceptibilidades muy respetables, pero colocándonos en el terreno de la franqueza a que el crítico tiene derecho al juzgar dentro de lo humano, los hombres y los hechos, forzoso es reconocer que todas las oposiciones de tendencias que luego separaron al Riverismo del Batllismo, fueron posteriores a aquella oposición de aspiraciones, y que surgieron como efectos de la oposición misma en que, obligados por las circunstancias de la lucha, hubieron de ponerse los ad-

versarios del proyecto de Ejecutivo Colegiado.

La segunda escisión batllista, que dio por resultado la formación del grupo *riverista*, ¿no tuvo igualmente su origen en una oposición de influencias personales, debida a la aspiración del doctor Viera y sus amigos, de asumir la jefatura del partido, quebrando el prestigio del señor Batlle?

La experiencia nos ha hecho pesimistas respecto a los hombres, y no es desdoro para nadie el constatar que, antes que las ideas, son los intereses los factores primarios de los hechos. Detrás de los intereses heridos, siguiéndolos como la sombra al cuerpo, están los agravios, los enconos y los rencores, que crean entre los grupos profundas y permanentes separaciones; que el tiempo va generalmente agrandando más todavía. Las ideas políticas vienen luego, por la necesidad que tiene toda nueva agrupación de justificar su existencia, y de señalar sus diferencias frente a las demás.

Las opiniones divergentes son —en nuestro país, al menos,— efectos y no causas de los rompimientos y las escisiones de los grupos.

Todo ello nos induce a suponer que la actual incidencia Batlle-Sosa, es el principio de una tercera escisión partidaria. Esta oposición del señor Batlle a la proclamación de la candidatura del señor Sosa, va a llevar muy lejos los enojos. Y esta fácil profecía tiene tantos más visos corroborantes, cuanto que ya se ha iniciado un granizado tiroteo entre «El Día», órgano capital del batllismo, y «La Razón», baluarte en que ha izado su temprana bandera presidencial el elocuente tribuno y prestigioso *leader* señor Sosa.

Los días futuros darán razón de nuestros dichos.

EL MILITARISMO CHILENO SIGUIENDO EL MAL EJEMPLO DE PRIMO DE RIVERA, NO HA QUERIDO SER MENOS QUE EL MILITARISMO ESPAÑOL.

El viejo proverbio que afirma que los malos ejemplos encuentran más fácilmente imitadores, que los buenos, parece demostrarse una vez más, en el caso que acaba de ocurrir en Chile.

Difícil es juzgar a distancia el carácter de los acontecimientos políticos de los países extranjeros, máxime en los primeros momentos de producirse, cuando todo aparece confuso y contradictorio, aún dentro del mismo ambiente en que los hechos se producen.

Además del consabido laconismo del telégrafo, dominado por la parcialidad de la censura ofi-

cial, que sólo deja transmitir lo que le conviene, circunstancia común a todas las situaciones de fuerza en cualquier país que se presenten, media en el caso de Chile la circunstancia de hallarnos menos al corriente de su política interna que lo podemos estar de las naciones europeas, debido a ese alejamiento que aísla entre sí a los países sudamericanos, preocupándonos más y estando más al detalle de lo que ocurre en Francia o en España que de lo acaecido en Chile o en el Perú.

El telégrafo suena para transmitirnos, de los otros países de América, tan sólo los sucesos más sensacionales, una vez producidos, y sin que tengamos casi noticia de su proceso. ¿Qué sabemos de la marcha de los asuntos internos de la política chilena, que prepararon el golpe militar de estos días, dando al traste con el régimen constitucional que representaba el Presidente Alessandri? Muy poco.

Sin embargo, lo poco que sabemos por el laconismo telegráfico, y los caracteres evidentes que la situación del país transandino muestra en la información posterior, no dejan lugar alguna a dudas, acerca del sentido de los hechos. La activa y prudente renuncia de Alessandri, los términos de la proclama dirigida al país por la Junta Militar, la rigurosa censura establecida para el interior y exterior del país, la negativa del Dictador Militar, general Altamirano, de recibir a los periodistas, y otros muchos síntomas, nos hacen ver claramente, la estricta similitud del golpe de Estado ocurrido en Chile con aquel que ha poco se produjo en España, encabezado por Primo de Rivera.

Las proclamas de la Junta Militar chilena parecen caídas sobre las lamentablemente famosas de la Junta o Directorio Militar español. La misma razón fundamental de «desorganización política y administrativas, incapacidad de los hombres políticos» que actúan, «necesidad patriótica de que intervinieran las instituciones armadas», «carácter provisorio del régimen militar, «eronto restablecimiento del orden legal», «salvación de la patria», «ejercicio del ejército», frases todas tan efectistas como huecas que ya conocíamos desde que hace algunos meses, los jefes militares españoles resolvieron realizar el mismo heroico sacrificio de redimir a la madre patria, poniendo su sable sobre la Constitución.

Una Constitución, por mala que sea, es siempre mejor que todas las situaciones institucionales. Porque una Constitución es la única garantía que tienen las sociedades contra las arbitrariedades

de la fuerza. Y al referirnos a lo de España, no queremos decir que la Constitución española —desgarrada por los sables— sea excelente; sino afirmar que el principio constitucional, debe estar siempre por encima de la mejor intencionada de las subversiones. El principio debiera ser inviolable, especialmente para aquellos a quienes se confía su salvaguarda.

Pero, parece ser que una espada colgada al cinto es una tentación peligrosa para muchos, que se sienten movidos a sacarla a relucir de la vaina a la primera ocasión que juzguen oportuna, para resolver de un modo imperativo las situaciones políticas más o menos difíciles por las que, a menudo, pasa la vida pública de los países.

Una norma superior de respeto moral, que la cultura ciudadana suscita en los pueblos de más avanzada civilización, contiene en los límites estrictos de sus deberes profesionales a los jefes del ejército, en cuyas manos está la fuerza pública. Por eso, cuanto mayor es el grado de civilización de un país, menor es el peligro de que la fuerza militar se extra-limite en sus funciones, queriendo asumir la autoridad dictatorial que tuvo en las épocas primitivas y turbulentas de los Estados.

Por eso las repúblicas sudamericanas eran y siguen siendo azotadas a menudo por los motines militares. A los generales criollos les costaba poco alzarse con el santo y la limosna, derrocando presidentes, disolviendo parlamentos, clausurando imprentas y asumiendo la responsabilidad marcial de una dictadura. Se cuentan por docenas en las inorgánicas repúblicas de este continente, los motines cuarteles, a bases de proclamas rimbombantes, en las que se invocaba la necesidad de salvar a la patria.

Peró habíamos convenido en que, si eso sucedía aquí en América, era debido a la desorganización política y atraso cultural de la mayoría de las repúblicas, y por ello los europeos nos miraban con menosprecio.

Ahora, el mal ejemplo nos ha sido dado por Europa, y al menos no tendrán ellos el derecho de depreciarnos. Ellos son tan motineros como nosotros. Y nosotros tan civilizados como ellos.

Porque ahora la civilización, según el ejemplo dado por Primo de Rivera, que los de Chile se han apresurado a seguir, consiste en echar abajo gobiernos y constituciones erigiendo solemnes dictaduras militares. Los de Chile no han querido ser menos que los de España. El mundo marcha; ¡Viva la civilización!

JUSTUS.

¿Padece Vd. de Calvicie?



¿Tiene Vd. canas?
¿Se le cae el pelo?

No se alarme... acuérdesese que el

Específico Boliviano

PARA LA
CALVICIE

Benguria

desde las primeras aplicaciones, detiene la caída del cabello, tonificando la raíz y atacando la Caspa y la Seborrea. Está preparado a base de vegetales extraídos de la flora boliviana, y posee cualidades tónicas que robustecen la raíz del pelo.

Con el Específico
PARA LAS CANAS

Benguria

desaparecerán las canas sin usar las molestas tinturas. El Específico "BENGURIA", para las canas, no ensucia ni mancha. Basta con humedecer el cuero cabelludo, sin necesidad de mojarse el pelo.

Clínica para venta y consultas en Buenos Aires
atendida personalmente por su propietario

Dr. RAFAEL BENGURIA B. — Av. de Mayo, 123

De venta en el Uruguay: SA' ANDÍ, 429

Tienda Bon Marché, Sarandí 620.

Casa Mantrana, Soriano 851.

Tienda Excelsior, Av. 18 de Julio 1521.

Tienda Guilmamón, Agraciada 2664.

En la Perfumería, 25 de Mayo 486

La mujer en el hogar

ENCAJE DE VENECIA

Nombre tan seductor es digno de ser llevado por esa artística y delicada labor que a estas horas ha recuperado el esplendor de que gozara en la Francia de Luis XIV. Nació en la Venecia, y contemporáneo de otro muy semejante ideado en Persia, este encaje, cuya paternidad se disputan los beigas y los italianos, fué muy apreciado en la época de aquel rey. Este, por intermedio de Colbert, se rodeó de las obreras más hábiles en tal materia, divulgando así el original encaje italiano que adquiría, de esa manera, su más grande perfección. La ejecución impecable, la belleza de los modelos elegidos y el empeño que ellas ponían en la obra, así como la tenacidad de los hilos empleados, engendraron maravillas que se vendían a muy alto precio. Cuéntase que el mismo Rey-Sol llegó a pagar hasta 250 escudos de oro por un pequeño cuello de dicho encaje.

La reputación de su tenacidad es tal que entre el vulgo corre aquello de que las obreras ocupadas en hacerlo, no encontrando materiales suficientemente delgados, recurrían a sus propios cabellos.

¿Quieren saber cómo nació según la leyenda?... Un joven pescador del Adriático había recibido de regalo un bello filet, obra de manos amadas. Para corresponder al obsequio, se hizo de un alga petrificada (coral rosa), de las que se conocen con el nombre de "encajes de sirenas", que entregó a la autora del filet. Pero muy pronto, la despiadada guerra separó a los enamorados. La contemplación del último regalo de su amado sugirió a la joven la idea de reproducirlo con su aguja. Este es el origen que se atribuye al encaje evocador de los pasajes en góndola y las intrigas de amor.

Las aficionadas a estos trabajos, cautivadas por el encanto de esta tradición y convenidas de la simplicidad de su técnica, no titubearán en dedicarle unas horas de ocio. Y nosotros les presentaremos, de cuando en cuando algún modelo novísimo y de fácil ejecución, como los que acompañan estas líneas, para que les sirvan de guía.

Es necesario procurar un dibujo prolijo y claro, si se quiere que la labor resulte correcta. Luego, se trasladará este dibujo sobre una especie de tela encerada y flexible, conocida vulgarmente por *motika*. Trabajo que, por sus dificultades, necesita ser hecho por un profesional. Pero, nuestras lectoras, si desean reproducir ellas mismas un dibujo hallado en alguna muestra de las que se venden en las casas de comercio, o de las que nosotros les hemos prometido, pueden valer e de la llamada *tela de arguico*. Sobre el lado opaco de esta tela, que es, además, transparente, se calcará el dibujo deseado, cuidando que todos sus detalles se hallen bien definidos para poder seguirlos con la aguja. Se practicarán sobre él, trazas regularmente espaciadas. Y luego se prepararán los cimientos del futuro encaje tomando de dos a cuatro hebras de hilo de lino, — cuyo número variará del 16 al 44, según el aspecto más o menos grueso del encaje que se desee obtener, siguiendo la línea de trazas ya marcadas, y sujetando los hilos con una puntada transversal sobre cada una de aquellas. Ya delineado el dibujo escogido, pueden comenzarse los calados o puntos, lo cual requiere excesivo cuidado a fin de evitar el ennegrecimiento del hilo; lo que se logrará cubriendo las partes del trazado que no se han de ejecutar inmediatamente, con un papel azul.

Un trabajo perfectamente aseado, sólo podrá obtenerse colocando debajo de la mano un papel blanco con una perforación de uno o dos centímetros de diámetro, en su centro, la que únicamente dejará a la vista el punto que se quiera ejecutar. Este papel puede transportarse de un lado a otro, a medida que se avanza en el trabajo.

El punto *mate* y el de tul, hábilmente combinados, llenarán los intervalos del dibujo; y luego se terminará la labor con punto de festón muy ajustado rodeando al dibujo.

Cabe advertir que los puntos se deben hacer dirigiendo la extremidad afilada de la aguja hacia el exterior.

**HA SIDO
ES y
SERÁ**

siempre el preferido para la curación de las afecciones del cabello, el eficaz e incomparable

ESPECÍFICO BOLIVIANO
Benguria

Desde las primeras aplicaciones:

Detiene la caída del cabello,

Elimina la caspa,

Hace brotar cabello nuevo en abundancia,

Cura radicalmente las canas sin teñirlas.

Cuide su cabellera con el

ESPECÍFICO BOLIVIANO
Benguria

y evite el usar preparaciones anónimas que se atribuyen cualidades que sólo posee el

ESPECÍFICO BOLIVIANO
Benguria

Para cualquier afección del cabello, consulte al

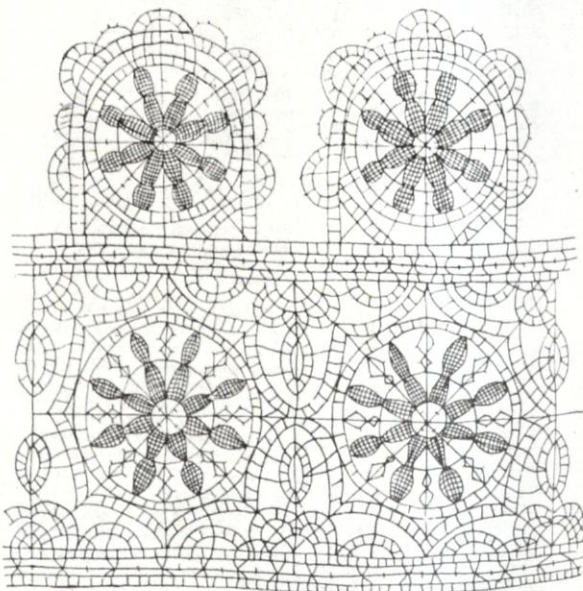
Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1239

Buenos Aires

Agencia en el Uruguay:

429 - SARANDÍ - 431 - MONTEVIDEO



Para lograr este original encaje de Venecia, se necesita un hilo muy fino.

Notas Sociales

EN EL "SACRE COEUR"

Hermosísima resultó la fiesta efectuada el sábado 13 en el Colegio de la Avenida 8 de Octubre.

Fiesta de compañerismo y de alegría, reunió con fines de caridad a alumnas y ex alumnas del citado establecimiento de enseñanza, las que llevaron a feliz realización un programa en extremo atractivo.

Todos los números merecieron de la numerosa concurrencia la aprobación más entusiasta, siendo objeto de divertidos comentarios la presentación del grupo que formaba la «orquesta típica» con ruidosa «batería», vistiendo elegante uniforme con falda azul, casaquilla roja, y gorro del mismo color, indumentaria que realzaba la belleza de las prestigiosas ejecutantes.

El «Pericón» bailado en el jardín del colegio, alcanzó el mayor éxito, festejándose mucho las «relaciones», inspiradas y juguetonas estrofas, cuyo alcance dieron lugar a francas risas.

Bien elegidas las graciosas parejas que lo bailaron, se aplaudió mucho a las pequeñas campesinas, y a las que hicieron de gauchos acompañantes.

Una salva de aplausos acogió la presencia de María Elena Taranco Zúñiga, preciosa con su mantón de Manila, y el manejo de claveles entre los cabellos, entonando con gracia y sentimiento la copla «Aragón, la más famosa», acompañada por el coro de guitarras y ajustándose hábilmente a la «Jota», que bailó la encantadora niña de Hill-Safons. La siguió en éxito el número a cargo de la señorita Graciela Gianelli Suárez, exquisita «diseuse», que triunfó interpretando una difícil escena de «En Flandes se ha puesto el Sol», con el aplomo y naturalidad de consumada artista.

«Granadas» y «Córdobas», de Albéniz, tuvieron inteligentísima intérprete en Elisa Arocena Folle, que triunfó en forma brillantísima.

La organizadora de la fiesta, señorita Plácida Villegas Suárez, recibió múltiples felicitaciones por el amplio éxito que coronó sus afanes.

EN EL TEATRO ZABALA

El festival que tuvo lugar el pasado sábado 13 en este teatro, alcanzó un señalado éxito.

Un programa bien combinado y el hecho de prestigiar la fiesta un selecto grupo de damas y niñas, congregaron en el lindo teatro de la Avenida 18 de Julio, a una concurrencia que ocupó totalmente la sala.

Se destacaron en la ejecución de los diversos números, la señorita Juana Ponce de León Terrero, que se reveló inteligente aficionada en la impecable interpretación de diversas piezas

en el piano, demostrando una segura técnica y exquisito temperamento artístico.

Nutridos aplausos premiaron su labor, siendo también muy festejada la señorita Blanca Igarzábal, dueña de una preciosa voz, que maneja con arte y delicadeza.

Llegado el turno a la señorita de Lichtemberger, ésta encantó al auditorio ejecutando en el arpa difíciles trozos que tuvo que bisar ante el insistente pedido del público.

La parte oratoria del escogido programa, confiada al conocido literato Horacio Maldonado, fué digna del renombre del divulgado estilista que tuvo hermosísimas frases, ensalzando a la mujer y al encanto que sobre su alma ejerce la música.

Todos los componentes del programa merecieron nutridos aplausos, lamentándose que la ausencia de la señorita de Piccoli haya restado al festival uno de los números más interesantes.

FIESTAS PRIMAVERALES

La grey estudiantil entra en actividad social con el fin de allegar fondos para costear los ruidosos festejos con que solemnizan todos los años la entrada de la Primavera.

Correspondió a los estudiantes de Ingeniería y Agrimensura el empezar la serie de espectáculos, con el efectuado en Solís la noche del 15 pasado, y cuyo programa divertido causó las delicias del público que acudió numeroso a reír de las ocurrencias de los traviesos organizadores.

La alegría que siempre acompaña a esta clase de fiestas, no faltó en la que mencionamos, mereciendo aplausos los números culminantes que, como el «Desfile de Modas», causó franca hilaridad.

PERSPECTIVAS

Entre las más interesantes noches de biógrafo con que terminará la «season» invernal, se anuncia una llamada a gran resonancia: la exhibición de la película que se sacó en los jardines del Prado, del grupo de parejas bailando el «minuet», que tanto éxito obtuvo en la fiesta del Cabildo.

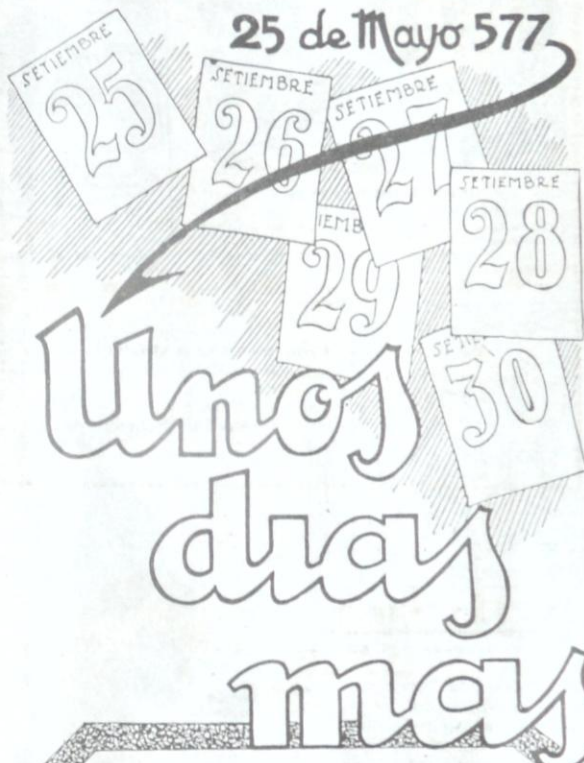
El film se inicia con la presentación aislada de salones de estilo colonial, muebles de la época, vitrinas con verdaderas maravillas, peinetones, alhajas, etc., etc., cuya vista va gradualmente saturando el ánimo con el amor a las cosas de antaño, que instantes después triunfará en la escena, nitida y preciosa en todos sus detalles, de la danza de ritmo lento y de suprema gracia.

Un día radiante de luz favoreció la impresión de esta artística cinta, cuya proyección dará lugar a una corta serie de brillantes veladas.

LA SEÑORITA DE LA PLUMA VERDE.

En el Palacio del Libro

25 de Mayo 577



... Y SE TERMINARA
LA QVINCENA DE LA
LECTVRA. APROVECHE
EL TIEMPO, VEA LOS
VOLV MENES DE NOVE-
LA, POESIA Y TEATRO
QUE A 0.45 Y 0.75
LE REGALAMOS

PENSA-PLATA

CHISTES



BUEN COMERCIANTE

—Usted afirma que esta alfombra es de pura lana. ¿Y cómo es que en la etiqueta dice algodón?

—¡Ah, señora! eso es para engañar a las pollitas!



—Debe ser el Dios de la cocina. Fíjate en el tenedor.



¡TODO SE FALSIFICA!

—Lo mismo pasa con los paraguas. Las ballenas son de metal.

—Es verdad. Pero podría suceder que se tratara de ballenas que comieron restos de acorazados.



La hija. — ¡Ah! Yo adoro a Mendelssohn?

La madre. — Si es de buena familia no me opongo a que te cases con él.

En plena crisis.

El maestro explica la diferencia que separa a los animales en herbívoros y carnívoros.

Poco después, pregunta rápidamente a un niño desatento:

—Vamos a ver, ¿cómo se llaman los animales que comen carne?

El alumno, improvisadamente: —¡Los ricos!

Para matarle.
—¿Sabes qué mujer es la que comete más desatinos, o, por lo menos, a la que más se le achacan?
—¿...?
—La Inés Periciencia.

—Todas las noches antes de dormirme hago una especie de examen de conciencia de los errores que he cometido y tonterías que he dicho durante el día.

—Muy bien, muy bien. ¡Pero entonces te dormirás tardísimo!



—¿Dónde está el asesino?

—¿Cuál?

—Me han dicho que aquí estaban asesinando a un cierto señor Beethoven.

En la escuela:

El maestro: — Dime, Pepito, ¿la tierra que habitamos es una estrella o un planeta?

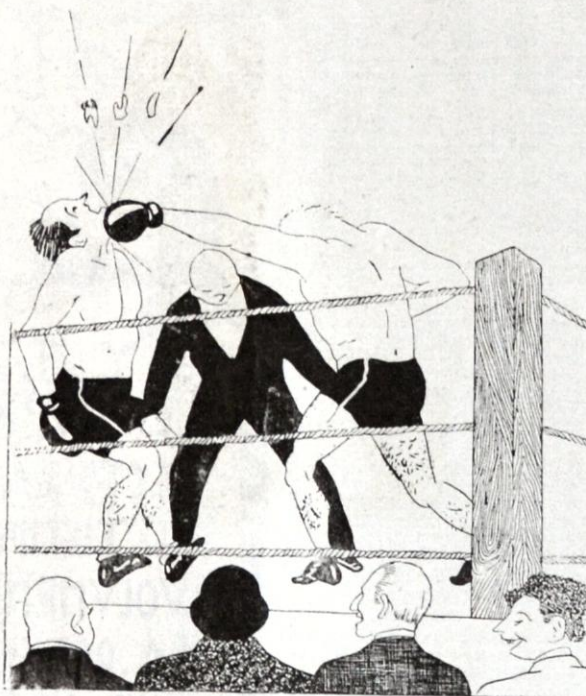
—Un planeta.

—En consecuencia, no tiene luz propia, ¿verdad?

—Sí, maestro.

—¿Y de quién recibe la luz?

—De la compañía de luz eléctrica.



El boxeador. — ¡Mis dientes!!

Uno del público. — ¡Los hay de oro, amigo!...

Ingenuidad.

La señora. — ¿Han traído ya el diario?

El esposo. — ¿Qué noticia deseas leer con tanto apuro?

La señora. — Deseo enterarme si la ópera que oímos anoche, es buena o no.

—¿Quién desea más ardientemente ver andar a un semejante?

—El ciego.

—Yo me acuesto entre diez y once.

—¿Y cómo caben tantos en la cama?



—Este barómetro es de lo más perfecto que se conoce.

El nuevo rico. — Y, dígame, ¿cómo se le da cuerda para que haga buen tiempo?



LOS HIJOS DEL ARTE

—¿Sabes cuánto ganaba como tenor en el «Metropolitano» de Nueva York?

—La mitad de lo que vas a decirme...

—No, no; un poco más...

CARRERA

TIPOS DEL AMBIENTE

EL DATERO

El dato es en las complicadas cuestiones del turf, un factor de verdadera importancia, un elemento valiosísimo, que entra muy superabundantemente en la composición de cualquier triunfo o aficionado que se precie de tal, y es algo tan imprescindible en el catedrático, como el "rouge" y los polvos, para las niñas bien de la "pelousse"....

Ningún timbero de esos que tienen "sangre", ningún sujeto de los de línea, de esos que ni por broma faltan al hipódromo los días de reuniones, podría prescindir del "dato", para jugarse los niqueles y urdir esas maravillosas redobladas que rara vez se hacen y que dan al Jockey Club un envidiable margen de ganancias.

Nadie, ninguno de nosotros, de los caídos para siempre entre los tentáculos del gran pulpo del turf, sería capaz de ascender a un "bondi", caminito a Maroñas, sin llevar entre pecho y espalda un dato más o menos seguro, que siempre, y en tanto no llega la dura realidad de la carrera, es algo así como una grata promesa de ganancias sin cuento.

Los "datos", es una cosa clásica, un elemento primario en la materia hípica y sin ellos no habrían batacazos, ni doping, ni acomodos, ni pechadas violentas en el codo, ni órdenes desobedecidas, ni carreras ganadas con mal juego. Sin estas incidencias tan sabrosas, el "sport de los reyes" sería tan monótono, que habría concluido ya por aburrirnos. Los hay datos puros, de pedigree, de linaje sancado y mestizos o de paternidad dudosa, como cualquier Plutarco. Pero todos se aprecian y se toman en cuenta, aunque su fuente de origen sea un tanto oscura y provenga del "chafle" de la esquina, o de la planchadora de Moreno....

El origen tiene en estos asuntos una importancia relativa. En ningún lado, como en el turf, se aplican más sabiamente las teorías de Einstein... "Todo es relativo". "Nada es absoluto"....

Cuanto mayor misterio tenga la información suministrada, mayor es el efecto. Y si viene de lejos, si ha pasado ya por muchas bocas y llega hasta nosotros aumentado en un 93 o/o, no es cosa de detenerse a averiguar su procedencia, porque a lo mejor, por desconfianza, se desprecia la única oportunidad de llenarse de oro....

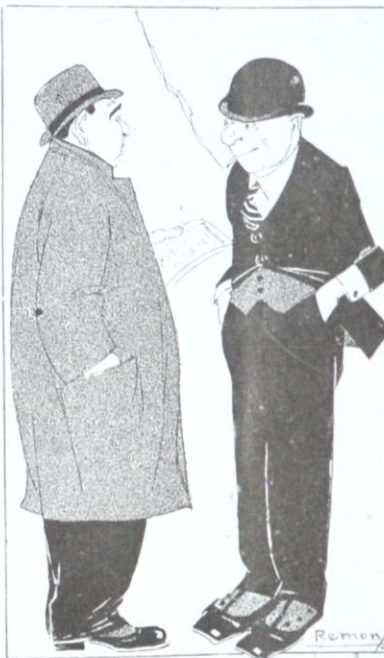
Y los dateros tienen en el turf un rol destacadísimo, contribuyendo de manera eficaz a muchas emboscadas y a muchos metejones.

Los hay profesionales, y los hay oficiosos... Los primeros son tipos clásicos, individuos a quienes para distinguirllos mejor debería el Jockey Club munirlos de uniforme, igual que a los porteros... Y si mucho me obligan, concluiré por decir, que habilitarlos con alguna pequeña comisioncilla, que habrá de permitirles, con el andar del tiempo, hacerse propietarios y retirarse luego a cuarteles de invierno, como un burgués cualquiera.

Porque los tipos cinchan por el progreso de la institución, igual que si cobrarán sueldo. Ellos son los mayores contribuyentes al soberbio edificio que se está levantando en la Avenida. Lo menos hay dos pisos construidos por la benéfica influencia de sus datos. Ciertamente que el dinero lo apostaron sus víctimas, pero al fin y al cabo el derecho de prioridad, el privilegio, nadie puede negárselo a esa pléyade de inclitos dateros.

Son tipos inconfundibles..., típicos. En sus casas, los días de reunión, se almuerza temprano y desde que el sol apunta, ya empieza la "patrona", los trajines para parar la olla; cuyo equilibrio peliagra muchas veces, porque hay épocas críticas en que el fiado anda por las nubes, igual que los garbanzos.

Y almorzado y garifo, hecho ya un Villanueva, caminito a Maroñas, en el "bondi", empieza a estudiar los candidatos. Siempre existen novatos, tipos que todavía no se han hecho a la "cancha", que no tienen "carpetá". Estos son los mejores. Y el datero los "engrupe" con sus informaciones, que vienen de una fuente insospechable, envueltas en misterio... La víctima lo escucha convencido de toda su sapiencia. Así en amena charla, llegan hasta el hipódromo y el hombre se despidió sin haber "largado prenda".



Y el pobre diablo, que adivinó o creyó adivinar que el sujeto tenía alguna fija, lo invita a acompañarlo para pasar la tarde juntos, como buenos y antiguos camaradas. Este es el principio del desastre. El datero, que no espera otra cosa, se hace el interesante y con amabilidad exquisita responde que le es imposible.

—"Nos veremos después de la segunda, porque ahora tengo que entrevistarme con X, (aquí el nombre de un sportman de fama), que me dirá si su caballo va derecho o marcha para los compatriotas del veterano Testa"....

—Bueno, si es imposible, después de la segunda, le espero a Vd., junto a los box del paddock. Y a ver si consigue alguna cosa buena para quebrar la "guigne" y comienza la amistad llenándonos de oro"....

Aceptado este trato, el viejo lince sale a escape y se pierde entre el público, ha-

ciendo como que busca al sportman aquel, a quien solo conoce por retrato.

El pobre diablo, la víctima, despunta el vicio jugando unos boletos en las primeras jornadas de la tarde y como siempre, pierde.

En tales condiciones, ni que hablar que después de la segunda, se sitúa cerca de los boxes, esperando la vuelta del incipiente amigo.

Este se hace esperar porque conoce el paño y porque sabe que la demora es un factor del éxito. Y cuando nuestro hombre comienza a aburrirse, el datero aparece sudoroso y le toma de un brazo, llevándolo a un lugar donde no haya testigos.

—"Tengo un "dato" que no puede perder. Me lo dió el mismo dueño, que se corre una fija. Es jugar y cobrar. Es una "imperdible", más grande, que el palacio Salvo".

Entre tanto, las ventanillas amenazan cerrarse. Y la víctima está como sobre ascuas, esperando el nombre del caballo. El datero remacha luego el clavo, confesando que no tiene dinero, porque se jugó todo en la primera a un caballo que le dieron en fija, y al que los otros competidores encerraron el entrar al derecho.

—"Vea, usted, le juega diez boletos al cuatro y me lleva a mi dos. Es una comisión que me merezco, y que no le resultará un perjuicio, porque el caballo gana y por medio derecho". Y la víctima acepta. ¡Pobre tío si el caballo se impone! El amigo de marras se prende como una sanguijuela y le indica una fija tras otra, con la condición de que le lleve siempre un par de boletos....

Así el datero hace su agosto, si las "fijas" se hacen o deja seco al tipo, si los matungos pierden. Lo esencial es el jugar de arriba.

Otros siguen un sistema distinto. Suministran el dato, y aplican luego el certero sablazo. ¿Y qué individuo que acabe de cobrar gracias a una oficiosa información, es capaz de negarle al informante un medio "marineo".... Naúe, es imposible.

Yo conozco un datero, que está ganando plata con un sólo cliente a quien da siempre en fija, los caballos cuidados por Naciono Moreno. Y tiene habilidad para elegirlos, entre todos los que apunta reunión tras reunión, el "mago de Palermo". A veces se equivoca en alguno, que paga un elevado dividendo, pero se salva de la-rando que ganó de sorpresa, porque si a Naciono le gustase, el sport habría sido más pequeño.

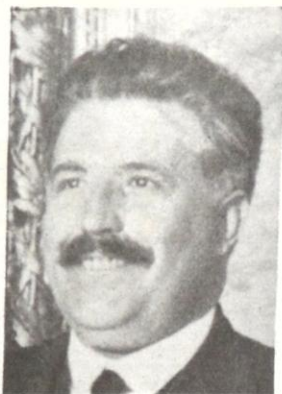
Y como ese entraineur gana todos los días, porque tiene una "potra" formidable, el datero de marras se retira del hipódromo con su ganancia hecha, merced a la generosidad de su cliente, que le regala unas buenas decenas de pesos.

Esto, en cuanto a los dateros profesionales. Los oficiosos, los desinteresados, suelen ser los camaradas de café, de taller, de escritorio los simples compañeros, o el amigo periodista a quien informa el cronista de pistas de su diario.

Porque hay tipos así, que dan el "dato", sin que uno se lo pida, de puro quiotismo, por el placer de servirnos de algo, de proporcionar una alegría, o un dolor de cabeza.

LAST WORD.

Monos de Remón.



La Gestión del Doctor Narancio

En estos días debe embarcar para Montevideo el Presidente de la Asociación

Las noticias que se tienen del doctor Atilio Narancio, Presidente de la Asociación Uruguaya de Football, permiten adelantar que en estos días embarcará en Norte América rumbo a Montevideo, después de cumplir la misión que había determinado su viaje. La intervención del distinguido deportista en algunas clínicas médicas famosas, y el cuidado que ha debido dispensar a su persona, no han sido óbice para que destinara el tiempo necesario a la solución de algunos problemas de carácter deportivo que interesa, de manera especial, al instituto a que pertenece. Está seguro el doctor Narancio que en 1925 será posible realizar por Estados Unidos de Norte América, una gira que puede resultar tan importante como la que hace poco culminó con la magnífica victoria de Colombes, y la obtención del título máximo. Si bien los matches a disputarse no revestirán la importancia de los jugados en la XIV Olimpiada, se aspira a crear vínculos con los universitarios estadounidenses, que le han colmado de solicitudes para que sea posible hacer llegar hasta el país del dólar a los campeones olímpicos. Las propuestas recibidas no pueden ser más ventajosas. Además se aprovechará esta oportunidad para satisfacer los manifestados deseos del gobierno mexicano, que también se interesa por la presentación de los olímpicos. Bien que el doctor Narancio nada concreto ha adelantado sobre este particular, pero los informes particulares que se poseen no rectifican este propósito. Además, y respondiendo a sugerencias de Montevideo, el simpático y querido deportista conversaría con los dirigentes del football brasileño, respecto de la realización en Río de Janeiro de dos partidos internacionales entre selecciones locales y el team que capitanea Nazzari. Más no se puede exigir...

COLABORADORES ANÓNIMOS

Héctor Ortiz Garzón. Secretario General de la Comisión N. de Educación Física



No son pocas las personas que sin hacer ostentación de sus actividades realizan obra positiva y eficaz en pro del deporte. Entre aquellas se encuentra, sin duda, el señor Héctor Ortiz Garzón, prestigioso deportista que desde hace muchos años ocupa lugar destacado entre el grupo de sportman que construye sobre la base de la firme

organización de las entidades. La semblanza queda hecha con la sola mención de que figura entre los fundadores del viejo «Montevideo Wanderers F. Club», y de que ha sido reelecto para desempeñar la Secretaría General de la Comisión Nacional de Educación Física. Puede decirse, pues, que el señor Ortiz Garzón es un eficaz colaborador anónimo en el deporte, y que su designación para el delicado cargo referido significa un acierto que merece destacarse. Sus últimas realizaciones pueden ser manifestado, clara y terminantemente su sana orientación deportiva al tentar, primero e insistentemente, la fusión del football uruguayo, a cuyo engrandecimiento contribuye en forma positiva, y organizar, más tarde, el gran desfile atlético, que anualmente debía de realizarse en el Parque de los Aliados, con el concurso de todas las entidades deportivas del país, hermosa fiesta del músculo, que congrega a los miles de cultores del deporte. La especial dedicación que el distinguido deportista evidencia en la Comisión Nacional de Educación Física, es credencial suficiente para señalar que ese instituto acciona regular y eficientemente, de tal suerte, que difícil resultará sustituirlo, si es que no rectifica su propósito de tomarse, el año próximo una licencia que conceptúa necesaria.

PROPÓSITOS DEL Dr. JUDE

Su optimismo respecto del futuro de la Federación Uruguaya



El joven e inteligente Presidente de la Federación Uruguaya de Football, doctor Raúl Jude, ha tenido oportunidad de poner de manifiesto sus propósitos por los cuales se deduce que desarrollará una intensa actividad en pro del triunfo de sus ideales. Cuenta para ello con el decidido concurso de sus compañeros de Consejo,

quienes secundarán sus planes por considerar que tienden a procurar para la entidad disidente la prosperidad y solidez deseada. Estima el doctor Jude, que es menester imponer la disciplina como medio de facilitar el normal desarrollo de los campeonatos, siendo, en el orden internacional, decidido partidario de la separación de jugadores de un grupo permanente que debe constituirse. En lo que respecta a la potencialidad económica de la entidad que preside con el beneplácito de los aficionados, no oculta el distinguido deportista que la lucha en que están empeñadas las dos asociaciones es factor negativo que debe salvarse mediante grandes esfuerzos, tarea que se simplifica por la constante adhesión de los parciales que en forma incondicional y plausible concurren a prestar su concurso a la Federación. Es igualmente partidario el señor Jude de la prosecución del campeonato local, el que no debe interrumpirse por ningún concepto, ni aún con motivo de la celebración del Campeonato Sudamericano, organizado por los paraguayos, y del que inaugurará, este año, la Asociación Amateurs de Football. Reclama también su entusiasta preocupación las giras a campaña, donde debe irse, frecuentemente, para estrechar lazos de amistad con nuestros hermanos del interior al par que a procurar la enseñanza de los métodos de juego que se emplean por parte de las entidades afiliadas al instituto que preside.

El Fondo de Reserva

Los paraguayos pagan las consecuencias de un desierto

Cuando se reunió, hace varios años, en Chile, el Congreso de Delegados de las ligas afiliadas a la Confederación Sudamericana, prosperó una moción de los argentinos, por la cual se suprimía el fondo de reserva que se había creado para evitar que las asociaciones pobres, por así decir, pudieran, en un momento dado, desistirse, por falta de recursos, de organizar en su país el torneo continental. No podía ser más plausible el propósito que había informado la creación de ese fondo, ni más inconsciente la medida que se tomaba para suprimirlo. No se pensó, en efecto, que podían afiliarse a la Confederación nuevas entidades sin el prestigio ni la independencia económica de las que habían fundado aquel organismo.

Los paraguayos, en la actualidad, sufren las consecuencias de esa imprevisión. Es más lamentable el caso de la Liga de Asunción, porque a parte de no contar con los recursos necesarios para organizar un torneo de la importancia del que nos ocupa, ha tenido que recurrir, a la Asociación Uruguaya, para que le suministrara los elementos necesarios, sin los cuales no es posible la realización de esa gran competencia deportiva continental.

De desear sería que en los próximos congresos a realizarse se pensara en este asunto de vital importancia para algunas entidades afiliadas que no cuentan todavía con recursos para hacer frente a las enormes erogaciones que demanda la organización de un campeonato de esta naturaleza.

R T E S

ROUGE

EL CLUB DECAÑO

CELEBRARÁ EN BREVE EL 33 ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN



El 28 del mes en curso celebrará «Peñarol» el 33 aniversario de su fundación. Los interesantes documentos que transcribimos a continuación, de suyo elocuentes, nos relevan de hacer consideraciones sobre el significado y alcance de esta fecha que se conceptúa, con justicia, sino la más, una de las más preciosas del football uruguayo. Lleva, pues, el Club decano más de seis lustros de existencia, correspondiéndole el honor de ostentar un título que hasta el presente no le ha sido arrebatado: el de invicto, por la magnífica campaña que realizara el team formado en 1905, cuyo grabado ofrecemos como homenaje a sus integrantes y a la entidad que festejará con júbilo, con justo júbilo, el 33 aniversario de su constitución.

Lucy propone la cuota mensual de \$ 0.50 y una anual de \$ 5.00, pagaderos por adelantado; siendo apoyada esta moción por el señor Sedgfield y puesta a votación, fué aprobada por unanimidad. El señor Moor propone

Acta de la primera sesión de la Directiva

«En Peñarol, a los 23 días del mes de Setiembre de 1891, se reúne la Comisión Directiva del

«Central Uruguay Railway Cricket Club». El señor Hudson propone se designe una Subcomisión para estudiar y presentar su reglamento para la próxima asamblea, nombrándose a los señores Moor y Lucy como integrantes de esa Comisión. Además se resuelve que la Directiva volverá a reunirse el 3 de Octubre de 1891, para estudiar el proyecto de reglamento. El señor..... propone se designe una Subcomisión para procurar obtener un field adecuado para los deportes. Se designa a los señores Moor y Davies para formar esta Subcomisión. Se designa a los señores Penny, Hopkins, y Davenport, para hacer propaganda con el fin de conseguir asociados. El señor Lucy mociona para que se coloquen los respectivos avisos sobre la próxima asamblea en el tablero de la Estación Central, y además, pasar una circular a cada sección del ferrocarril. No siendo para más, se levanta la sesión a las 9 y 30 p. m. — Firmados: F. Hudson Presidente; A. W. Davenport, Secretario».

EL CUADRO DE PEÑAROL INVICTO EN 1905



Sentados: (1.ª fila) Juan Pena, Edmundo Acevedo, Eugenio Mañana, Pedro Zibechi. — (2.ª fila) S. Irrisari, Aniceto Camacho, Luis Carbone, Guillermo Davies, Lorenzo Mazzucco y Ceferino Camacho. — De pie: Pancho Carbone y Germán Arimato, suplentes.

El acto de fundación

«A los 28 días del mes de Setiembre de 1891, se reunieron en las oficinas del Ferrocarril Central del Uruguay, en la localidad de Peñarol, los señores Moor, Lucy, T. B. Davies, Frederick, Sedgfield, Penny, Hopkins, Woossey, Kock, Camino y Davenport, con el propósito de constituir un club de deporte en la localidad. Siendo las 8 p. m. el señor Moor declara abierto el acto. De inmediato propone el señor T. B. Davies se designe un secretario «ad-hoc», y propone al señor Davenport; habiendo sido apoyada y aceptada la moción, el mencionado pasa a ocupar el cargo. El señor Davies solicita la palabra y mociona para que en primer lugar se elija una Comisión Directiva que estará compuesta por ocho miembros. Intervienen varios de los presentes en el debate y a pedido del señor Moor se resuelve proclamar por aclamación al señor F. Henderson. Acto seguido el señor Penny mociona para que se vote la Comisión Directiva, la cual una vez electa designaría los respectivos cargos entre sus integrantes. Efectuada la votación, la Mesa proclamó, de acuerdo al escrutinio, los siguientes candidatos: señor Hudson, 11 votos; señor Lucy, 10 votos; señor Moor, 10 votos; señor Davenport, 8 votos; señor Hopkins, 7 votos; señor Davies T. B., 7 votos; señor Penny, 6 votos. El señor

que la primera asamblea tenga lugar el día 6 de Octubre de 1891, con el fin de discutir el reglamento. No siendo para más, se levanta la sesión a las 10 p. m.—Firmado: A. W. Davenport, Secretario «ad-hoc».

nuevo club de football. Siendo las 8 y 15 p. m., el señor Hudson declara abierto el acto con asistencia de los señores Lucy, Moor, Hopkins, Davenport Davies y Penny. Por unanimidad se resuelve denominar al club

En sus treinta y tres años de vida el «Club Peñarol» ha logrado ampliamente los fines que informaron su constitución, conteniendo su historia bellas páginas para el deporte nacional. Saludamos en su día al brillante team uruguayo, decano de Sudamérica.

Consecuencias que acarrearía la fusión del football argentino Lo que opina el Jefe de Deportes del «Imparcial»



Se me pregunta: ¿Qué consecuencias inmediatas acarrearía la fusión del football argentino?

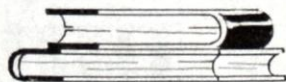
Formulada esta interrogación, la respuesta surge de inmediato. Creo que como más cercana derivación, tendríamos el arreglo del cisma local. Hay motivos de sobra para pensarlo así. Bien está que eso ocurriera toda vez que las partes en litigio del país amigo, fuesen capaces de unificarse inspiradas en móviles superiores, olvidando agravios y recelos. Si se logra esto, ese gran escollo para el arreglo que son los pactos, recibirán el homenaje del epitafio, y como cabe suponer que una de las cláusulas de la fusión en la Argentina tendrá que ser la neutralidad más absoluta en el cisma nuestro la Federación y Asociación comprenderán entonces que la unión es dilema de vida o muerte.

Así tendríamos demostrado que el conflicto del Plata es uno sólo, y que, los vecinos habrían sido los que se sintieron capaces de resolverlo.

Esta es mi modesta opinión.

Justo Sanjurjo

Vida Universitaria



LECCIONES del DOCTOR VAZ FERREIRA

El maestro de conferencias de nuestra Universidad, doctor Vaz Ferreira, inició hace dos viernes un ciclo de lecciones introducción al estudio de la Teosofía. Reproducimos en esta página el extracto de su primera conferencia, hecho por uno de sus más leales y fervorosos discípulos:

Con la honestidad intelectual que en él llega hasta lo exquisito, comenzó el maestro diciendo que el título de sus disertaciones era sincero. Y por serlo defraudará a los que fueron a oírle, acaso con la oculta esperanza de aprender algo sobre teosofía. No; es ésta tan seria, compleja y extraña a nuestra cultura, que un inmenso recato debe vedarnos opinar sin haberla estudiado, vivido y experimentado profundamente. Su plan se limita, pues, a comunicar la *reacción* que en su espíritu ha producido el contacto con esa manifestación del pensamiento. Ello es la única excepción admisible a aquel deber de honestidad intelectual.

I. EL ESPÍRITU DE SU GENERACIÓN. — ACTITUD FRENTE A LA RELIGIÓN.

Como antecedente necesario debe comenzar por describir la mentalidad y la ideología de su generación. El pensamiento europeo de la primera mitad del siglo XIX, ofrecía como característica dominante, una opción de carácter muy dilemático entre la ciencia y la religión; el libre pensamiento y la fe. Se dibujaba una oposición entre ambos, que casi obligaba a elegir uno de los términos con exclusión del otro. Y en esa opción para el pensamiento culto, uno de los términos, — la religión — se presentaba más o menos inadvertidamente, como estrechado y depreciado. La explicación dada al hecho religioso y la intuición de la religiosidad misma, no eran, sin duda, las manifestaciones más elevadas y dominantes del espíritu de aquella época.

Tal estado de espíritu tenía dos causas: Primera: Sólo eran bien conocidas las religiones occidentales y especialmente las de origen hebreo, y segunda, se tenía, una comprensión literal o predominantemente literal del fondo de las religiones. El catolicismo — cuya esencia misma es la literalidad, — y el protestantismo, a pesar de su profesión de libre examen, sólo lo admite limitado, dentro de un marco que permanece literal y dogmático.

Las otras religiones, en especial las orientales, se conocían poco y mal, por referencia lejana. Ellas inspiraban la sensación de algo fantástico, caprichoso y aún pequeño.

Interpretación del hecho religioso. — Eran dos las explica-

ciones que se daban de las religiones. La primera, la voltariana, las concebía como una expresión de la voluntad de dominio, obra de engaño y astucia. Era, sin duda, la más estrecha, incomprensiva y arbitraria.

La segunda veía en las religiones simples sobrevivencias de tiempos de infancia espiritual, de error e ignorancia. Era la más aceptada.

Dentro de esas concepciones disputaban las escuelas filosóficas: un espiritualismo de segunda o tercera mano, pedagógico, y por ello mismo enfriado y debilitado, y por otra parte, los espíritus positivos se inclinaban al culto de la ciencia de la filosofía de Spencer o de Comte. El agnosticismo del filósofo inglés y el sentimiento de nuestra ignorancia que con tanta unión y belleza aparecía en Guyán, fueron los elementos más nobles de aquella educación. Cuatro ideas polarizaron el pensamiento de esa generación: la razón, sometiendo a su análisis todos los conocimientos; la ciencia, basándose en la observación y la experimentación; el progreso, admitido casi como una especie de fatalidad necesaria, y la democracia.

II. JUICIO ACERCA DE ESA EDUCACIÓN Y EFECTOS DE LOS ESTUDIOS ORIENTALISTAS

Ella era algo estrecha e incompleta. Relegaba la religión a una situación subalterna, desprestigiada casi desdeñable.

Los estudios orientalistas e induistas, ante ese estado de espíritu, ofrecen ya una primera virtud: ampliarán y ennoblecen nuestra concepción de los problemas religiosos y filosóficos.

El conocimiento de esas manifestaciones de la cultura produce otras reacciones de preciosa importancia.

Ante todo, ampliarán nuestra comprensión de las religiones orientales, que era muy absurda.

Muchas de sus concepciones nos las imaginábamos de maneras falsas. Un autor trata de explicar por qué las *almas occidentales* no comprenden y aún repudian las concepciones orientales.

El nirvana, por ejemplo, para las almas occidentales es y tiene que ser rechazado. Éstas no ven en él, sino lo negativo. Se les aparece como ideal de aniquilación de desaparición. Pero escapa a nuestro intelecto, que en el nirvana, hay otro aspecto positivo, y quizá profundamente optimista.

No se trata de destruir la conciencia sino la personalidad. Como ésta es limitante e ilusoria, destruirla puede no ser obra negativa sino lo contrario...

Nuevas posibilidades. — Estos estudios han introducido en nuestra cultura un nuevo modo de concebir la sobrevida; las vidas anteriores, la transmigración, la vida futura.

Otro elemento de la reacción en nuestro espíritu, es lo que llamaríamos la *transposición de es-*

calas, en el tiempo y en el espacio. Mientras las religiones occidentales nos hablan de pocos miles de años, y sólo de la Tierra, los orientales nos presentan una escala inmensa, en el tiempo y en el espacio. Esa transposición abre la posibilidad del acuerdo de la ciencia y la religión.

En la concepción moral de la vida también la reacción es de enorme interés. En las religiones occidentales la moral es *por una sola vez*, irrevocable. En una sola vida encontramos la oposición del bien y del mal. El castigo o la recompensa es para siempre. En las orientales, en cambio, todo lo de aquí es accidental, puede redimirse y se desvanece en la magnitud de una eternidad y de una sucesión de vidas.

Cabría razonar esa oposición ética desde el punto de vista del valor moral de Dios, la inflexibilidad y severidad que le asignan unas y la mayor indulgencia que le atribuyen otras. También cabría hacer lo propio respecto a su efecto moral en el hombre.

La moral teosófica trae anexa una pedagogía y una higiene también de gran interés.

Un *saber antiguo superior*, que se hubiera perdido, y que a lo sumo es conservado o reconquistado por algunos, es otra de las nuevas tesis. Ésta, a diferencia de aquella de la transposición de escalas, coincide vagamente con el espíritu religioso occidental y contradice, en cambio, las afirmaciones o hipótesis de la ciencia.

Aporta, de todos modos, una nueva interpretación del hecho religioso que, a diferencia de las que nuestro pensamiento admitía, está henchida de respeto y exaltación. Las religiones, según ella, serían restos, pero no de ignorancia como ha sostenido nuestro pensamiento culto, sino de un saber mayor, de una verdad excelente, conocida por algunos iniciados.

Sólo ese origen explicaría las coincidencias de todas las religiones acerca de ciertas verdades capitales.

Esa sabiduría superior sólo sería accesible en la medida del grado de evolución de las almas. Ello explica por qué la criticamos, por qué nos parecen absurdas o arbitrarias sus afirmaciones.

La ciencia que ha desarrollado el accidente, sería un esfuerzo para descubrir lo que se supo ya, realizado con los métodos de la razón el experimento y la observación. Ese esfuerzo será penoso, deficiente, inseguro, parcial. Se le asigna así a la ciencia un valor ya desdeñable, ya relativo, se la conceptúa a lo sumo, digna de estímulo, pero circunscrita a fines limitados.

La interpretación histórica y el valor de los grandes hombres — los iniciados, — es otro elemento nuevo que aporta al acervo de nuestra cultura.

Ofrece, también, una historia geológica y biológica, y antes de la historia de la Tierra una his-



toria astral, de gran interés, y que recuerda la concepción accidental y científica del caos.

En los *problemas sociales* introduce una tendencia que desconcierta nuestro modo de pensar.

La idea de igualdad está tan adherida a toda concepción de justicia, que la desigualdad lastima y apenas lo más delicado de nuestra sensibilidad moral. Nos resulta, casi inevitablemente, antipática. Las divisiones en castas nos parecen un mal.

Los estudios orientales introducen la concepción de seres en distintos grados de evolución, que coexisten en la sociedad, constituyendo las diversas categorías. Esos conceptos reabren dos puntos de vista, que en nuestro modo de pensar participaban para casi todos los espíritus de aquel carácter antipático de la desigualdad: Primero: El saber es peligroso. No debe entregarse a cualquiera. Sólo debe darse a medida que se vaya penetrando y mereciendo. Sería funesto entregar los poderes que él da a quien no se ha preparado para usarlos. Segundo: La libertad también es peligrosa, y por los mismos motivos.

Estas concepciones por sí solas constituyen toda una concepción social.

III. MODALIDADES DEL PENSAR TEOSÓFICO

La razón aparece a los ojos de la teosofía como algo insuficiente y en cierto sentido peligroso. El ser demasiado inteligente, en el sentido racional, puede producir hasta una especie de imbecilidad o incapacidad para alcanzar el conocimiento superior.

En cambio, manifiesta verdaderas modalidades y maneras de pensar que son extrañas a las *almas occidentales*, como ella nos llama. La tradición, la iniciación y la videncia son tres *modos* que desempeñan un papel primordial, y que son ajenos a nuestra manera mental.

No sólo distinta sino que también en verdadera pugna con nuestros hábitos intelectuales se halla cierta tendencia a admitir lo indiscutible. Nuestro espíritu crítico, analista y razonante, se resiste a tal actitud por más que lo indiscutible venga de la videncia o de la iniciación.

Hay en esa actitud, según ellos, desconocimiento de la naturaleza misma de la teosofía. Ésta no es cosa a discutir previamente, de llegada. Es, sí, asunto de iniciación por procedimiento y prácticas especiales; es cosa a vivir y a experimentar. Por ello la crítica de fuera o *a priori*, es inadecuada.

Seguiremos extractando, en números posteriores, los interesantes lecciones del doctor Vaz Ferreira.

EL BUEN JUEZ

Traducción directa para ACTUALIDADES

Menos de POGGI.

El Rey Salomón había quedado un poco descontento por el rumor que el pueblo de Israel había hecho en torno a su famosa sentencia.

—No hay nada qué decir — gritaban los cortesanos. — ¡Es una sentencia admirable! Después, lentamente, se había hablado menos de este asunto.

Por otra parte ningún nuevo y difícil caso había sido sometido a la sagacidad del gran juez.

Su autoridad espantaba a los litigantes. Por temor de un veredicto sin apelación, no osaban ya presentarse a él, y transigían siempre.

Cuando el Rey, según su costumbre cotidiana, se reclinaba en el Palacio de Justicia preguntaba con aire indiferente al «levita» de servicio:

—¿Ha venido alguno esta mañana?

—Monarca omnipotente — respondía el levita, — no ha venido ninguno!

—Tanto mejor. Tanto mejor — se decía el Rey Salomón.

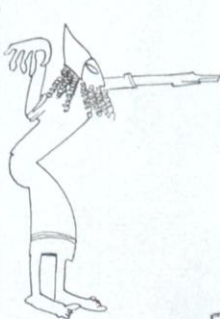
Los cortesanos repetían a menudo que era demasiado desagradable que siendo el Rey un juez tan justo no tuviese nada que juzgar.

—Pero no, pero no;... — respondía con una satisfacción no del todo sincera el Rey de Israel. — Pero no; es mucho mejor. Estos son indicios de que mis súbditos continúan impresionados por el juicio alrededor del cual habéis hecho tanto ruido.

Pero los cortesanos hablaron de otro. Y fué el mismo Rey Salomón obligado a hablar con frecuencia de su sentencia célebre para que ejemplo tan edificante no se borrara de la memoria de los hombres.

Una mañana, mientras el Rey llegaba al Palacio de Justicia, el levita vino a su encuentro corriendo:

—¡Rey Omnipotente — exclamó — hay dos hombres furiosos que quieren ver a Vuestra Majestad! Están en pleito por causa de una vieja mujer. Os esperan con impaciencia.



—¡Veamos! ¡Veamos! — dijo el buen juez frotándose alegremente las manos.

Cuando Salomón estuvo sentado en el magnífico trono (probablemente un regalo de la Reina de Saba), el levita hizo entrar a los dos hombres y a la vieja.

He aquí lo que al Rey le dijeron:

Uno de los dos hombres, me-cader de trigo,



se había casado hacia diez años en un país vecino, después, habiendo perdido la mujer, había vuelto a su país. Ahora la suegra caía en la más profunda miseria, y se vino al país para pedir asilo al yerno, asilo que, según las leyes de Israel, era obligatorio.

Pero engañada por un singular parecido de nombre y de rostro, se había dirigido hacia otro hombre del lugar, que, naturalmente, no la había aceptado, y la había remitido a su verdadero yerno, el cual pretendía insolentemente negar que había estado casado con la hija de aquella mujer.

Y los dos hombres, discutiendo, por poco llegan a las manos. Después, como uno de ellos se asustara del valor del otro, habían decidido someterse al juicio del sagaz Salomón.

Éste se puso pensativo un largo instante con la frente entre las manos.

Meditó gran rato.

Luego volvió a alzar la cabeza y dijo con probidad a los dos hombres:

—No veo en los documentos que me traéis pruebas irrefutables que me designen cuál es el verdadero yerno de esta mujer. Ella también habla con acento de verdad. No se engaña. Uno de vosotros tiene que ser su pariente. Pero, ¿cuál? Haced venir un guardia de Palacio.

Y cuando el guardia vino, ordenó:

—Dividase a esta mujer en dos partes — ordenó el buen Rey, y cada uno de estos hombres que se lleva una mitad.

—¡Ah! ¡Pero esto es horrible! — gritó uno de los hombres.

—La voluntad del Rey — dijo el otro — es siempre justa. Dividase en dos y cada uno tendrá su parte.

—Basta — dijo el Rey a este último — Tú eres el verdadero yerno y la tendrás entera... Y el juicio terminó.

TRISTÁN BERNARD.

La clasificación general de los juegos de la VIII olimpiada

Se otorgan, en cada sport olímpico, diez puntos a la nación que se clasifica la primera, cinco a la segunda, cuatro por el tercer lugar, tres por el cuarto, dos por el quinto y uno por el sexto. En 1903 la victoria correspondió a Inglaterra, en 1912 a Suecia y en 1916 a los Estados Unidos.

PAÍS	Sports de invierno	Rugby	Football	Tiro al blanco	Tiro de caza	Polo	Atletismo	Lucha grecoromana	Lucha libre	Remo	Esgrima	Natación	Tennis	Boxeo	Gimnástica	Volleying	Pesos y contrapesos	Ciclismo	Pentatlón Moderno	Juegos ecuestres	TOTALES
Estados Unidos	3	10		10	5	5	10	10	10	10	10	10	10	10	1						64
Francia		5		5		2	10	5	10	3	10	10	10	10	3	4	5	10	5	10	61
Suecia	2		4		3	4	10	10	10	4	1	10	10	10				2	10	10	43
Gran Bretaña	4				3	4	10	10	10	4	1	10	10	10		2			10	10	41
Finlandia	5			3	10		10	10	10			10	10	10					10	10	34
Noruega	10						10	10	10			10	10	10					10	10	31
Suiza			5	2			10	10	10	5	2 1/2	10	10	10	7 1/2	10	2		4	4	29
Italia							10	10	10	1 1/2	2 1/2	10	10	10	2		10	3	5	5	25
Holanda			3				10	10	10	1 1/2	10	10	10	10		2		5	5	5	19
Bélgica							10	10	10	1 1/2	10	10	10	10		2		4	10	10	17
Dinamarca				4			10	10	10	1 1/2	10	10	10	10		2		1	3	10	17
Argentina						10	10	10	10		10	10	10	10		2					13
Uruguay			10				10	10	10		10	10	10	10		2					10
Hungría					1		10	10	10		10	10	10	10		2					8
Checo-slovaquia							10	10	10		10	10	10	10		2					8
Estonia							10	10	10		10	10	10	10		2					7
Austria	1						10	10	10		10	10	10	10		2					5
Rumania		4					10	10	10		10	10	10	10		2					4
Yugoeslavia							10	10	10		10	10	10	10		2					4
España						3	10	10	10		10	10	10	10		2					4
Australia							10	10	10		10	10	10	10		2					3
Portugal							10	10	10		10	10	10	10		2					3
África del Sud					1		10	10	10		10	10	10	10		2					2
Egipto							10	10	10		10	10	10	10		2					1
Polonia							10	10	10		10	10	10	10		2					1

JUEGOS DE INGENIO

N.º 27

COMPRESO

RIO O

N.º 28

COMPRESO

BHEOBGIADRA

Aniceto Calderón.

N.º 29

CHARADITA

Si vas por *prima*, por vez primera
A *primera* dos con la *tercera*,
Lector, los labios *segunda* tres,
Si no conoces bien el francés.
Historiador de renombre.
El *tres* del *prima* dos tener
Es el *tres* de un total
Que para tener el *tres*
Es preciso tener *prima* segunda.

Zepol Zaid.

N.º 30

ABOGACIA



N.º 31

COMPRESO

100: 100:

N.º 32

ANAGRAMA

Mi Clara; es de Ida

Historiador de renombre.

Wagner.

N.º 33

CHARADITA

El *tres* del *prima* dos tener
Es el *tres* de un total
Que para tener el *tres*
Es preciso tener *prima* segunda.

CONTESTANDO

William Hart. — Tiene usted aptitudes para ser un buen colaborador. Cuento con sus trabajos, en el futuro.

Silfo y Luzbel. — De sus juegos el único publicable es el acróstico. El comprimido es demasiado conocido, y en lo referente al anagrama le hago notar que deben contener todas las letras de la solución combinadas en la forma que se desee.

Chicha. — Apartándonos de su «modestísima carta», le confieso que entre sus colaboraciones hay algo que verá la luz. Siga enviando trabajos, que serán bien recibidos.

Botija. — No tiene más que enviármelos, y después se verá si puede o no, ingresar a la Sección juegos de Ingenio.

Aristóteles.

A los lectores:

La correspondencia para esta sección debe dirigirse a Aristóteles, Redacción de "ACTUALIDADES" Juncal, 1395.-Montevideo.

LA MÚSICA

Música, música serena, ¡cómo es dulce tu luz lunar a los ojos fatigados por el rudo brillo del sol de aquí abajo!, al alma que ha vivido y que se ha apartado de la fuente común, donde los hombres para beber necesitan remover sobre su ceno y extraer la fresca linfa de los sueños. Música virgen, madre que contiene en sus entrañas inmaculadas todas las pasiones, que encierras el bien y el mal en el lago de tus ojos color de junco, color de agua verde pálida, que cae en los glaciares, tú estás más allá del bien; quien se refugia en ti vive fuera de los siglos; la sucesión de sus días no será más que un solo día, y la muerte, que todo lo muerde, se romperá los dientes.

Música que meces mi alma dolorida, música que me la has tomado firme, calma y alegre — mi amor y mi bien—yo beso tu pura boca, yo hundo mi rostro entre tus cabellos de miel, yo apoyo mis pupilas ardientes sobre las dulces palmas de tus manos.

Y nosotros callamos, nuestros ojos se cierran, y yo veo la luz inefable de tus ojos y bebo la sonrisa de tu boca muda, y caído sobre tu corazón escucho las palpitaciones de la vida eterna.

Romain Rolland.

LA COCAINOMANÍA

Dice Francisco Grandmontagne en un artículo sobre la coicinomanía:

"No pocos creen que la coici-

ACTUALIDADES

SEMANARIO NACIONAL

EMPRESA EDITORA:

CASA A. BARREIRO Y RAMOS S. A.

RIAMBAU & Cía.

Dirección, Redacción y Administración:

Juncal, 1395 - Montevideo - Rep. O. del Uruguay

Teléfono: Uruguay 26, Central

Subscripciones:

Las personas que deseen recibir "Actualidades" todas las semanas y que no tengan facilidad para su adquisición en los puntos donde residen, hallarán suma conveniencia al subscribirse directamente en esta Administración. El importe de las subscripciones debe remitirse a esta Administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas comerciales establecidas en ésta, o en estampillas de correo, bajo sobre certificado.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIONES

Capital. — Trimestre	\$ 1.20	oro uruguayo
» Semestre	2.30	»
» Año	4.50	»
Número de la fecha	0.10	» el ejemplar
» atrasado	0.20	»
Interior, España Trimestre...	1.50	»
» cualquier país Semestre...	3.00	»
americano. Año	5.50	»
Número de la fecha	0.12	» el ejemplar
Demás países europeos. Anual	8.00	»

Anuncios en el exterior:

Acéptanse anuncios de cualquier Agencia de publicidad que acredite su seriedad y solvencia. La Administración atenderá todo pedido de tarifas sobre avisos y de ejemplares sueltos.

na constituye un vicio elegante. Su origen, sin embargo, se halla en las tribus indias. Como se sabe, la coca es arbusto procedente del Perú. Las primeras noticias de su existencia llegaron a Europa (1499), por conducto del fraile Tomás Ortiz. Mucho antes de la llegada de Pizarro, desde los más remotos tiempos, los indios masticaban sus hojas, como un tónico nervioso que les daba la ilusión de cierta actividad muscular y de una más fácil respiración en las alturas andinas".

LA RAYA DE LOS PANTALONES

Una de las principales elegancias del hombre radica en el pliegue perfecto de los pantalones. Para conseguirlo, los sastres han recurrido a las más ingeniosas combinaciones, desde el sutil forro de seda hasta las puntadas invisibles, que guardan la rígida línea vertical.

Sin embargo, Londres, centro de las modas masculinas, trata de lanzar el pliegue en el costado, como se usaba en los principios del reinado de Victoria. Ya el rey Jorge y el honorable Jorge Lampton se han presentado al público luciendo esta nueva moda.

La innovación tendrá éxito seguramente, y buena prueba de ello es que en París los grandes sastres están haciendo propaganda en su favor. La cosa, realmente, no tiene mayor importancia para algunos, aún cuando para otros será todo una preocupación.



Señoritas Elida Pegazzano
y Aida Saintagne,
de la sociedad de Carmelo



Señorita Chinita Pinto
da Silva,
de la sociedad de Artigas

NUESTROS CONCURSOS ARTÍSTICOS Y LITERARIOS

LA revista ACTUALIDADES, deseando contribuir en cuanto esté de su parte a la formación de la literatura y el arte nacionales, y queriendo estimular con especial preferencia a la juventud inédita y desconocida que actualmente sueña, — quizás llena de posibilidades, — en lograr destacada figuración en nuestros ambientes artísticos, abre desde este número un **gran concurso de cuentos, narraciones breves y artículos, y otro de dibujos a dos colores**, con las siguientes bases:

BASES COMUNES A LOS DOS CONCURSOS

- 1.º Los trabajos, tanto de una como de otra clase, deberán ser absolutamente inéditos.
- 2.º Estos se enviarán a la Redacción de ACTUALIDADES, Juncal, 1395 - Montevideo, firmados y fechados, y en hoja aparte se pondrá la misma fecha y la dirección del autor.
- 3.º La Redacción de ACTUALIDADES elegirá entre los trabajos presentados los que considere merecedores de ser admitidos a concurso. — Estos originales admitidos a concurso se irán publicando en la revista, con la nota en la cabecera: "De nuestro concurso", y a sus autores se les abonará por ellos igual cantidad que la asignada como tipo a los originales de colaboración solicitada.

- 4.º Pasado un año ACTUALIDADES distribuirá la cantidad de \$ 600 en la siguiente forma:

Un primer premio de \$ 100 al mejor original publicado;

Dos segundos premios de \$ 50 a los dos originales que le sigan en mérito;

Cuatro terceros premios de \$ 25 a los que sigan a éstos.

- 5.º La distribución de premios indicada en las cláusulas anteriores se refiere al concurso literario solamente. Para el de páginas artísticas los premios se distribuirán en la siguiente forma:

Un primer premio de \$ 100
Dos segundos " " 50
Cuatro terceros " " 25

- 6.º Los trabajos de una y otra clase quedarán de propiedad de ACTUALIDADES una vez publicados. El simple hecho del envío de un trabajo al concurso significa la aceptación total de estas bases. Podrán concurrir a estos concursos todos los artistas que lo deseen, extranjeros o nacionales, con la sola limitación, respecto al literario, de estar escritos los trabajos en lengua castellana.

BASES EXCLUSIVAS PARA EL CONCURSO LITERARIO

- 1.º La extensión de los trabajos será la acostumbrada en las colaboraciones habituales de esta revista, es decir, que no sean menores de una página, ni mayores de dos.

- 2.º Estos originales estarán escritos en letra clara o a máquina, y con la firma y dirección del autor, perfectamente inteligibles.

- 3.º El asunto de los trabajos es totalmente libre, siempre que se mantengan dentro del ambiente moral de la revista.

BASES DEL CONCURSO DE DIBUJOS

- 1.º Las páginas artísticas que se envíen a este concurso deberán estar hechas a dos colores en forma que se puedan reproducir por el procedimiento de la bicomía, y su tamaño será el de 32 x 44 centímetros.

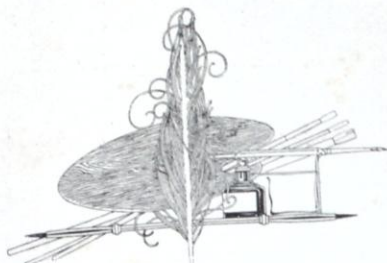
- 2.º El asunto es completamente libre, solamente con la limitación moral que se puso a los trabajos literarios.

El Jurado calificador de los trabajos, tanto en la parte previa de su admisión al concurso, como en la definitiva de la distribución de los premios, estará constituido por la Redacción de esta revista.

El interés que ACTUALIDADES tiene en publicar lo de más mérito y valor que artísticamente produzca la juventud, es suficiente garantía de la justicia e imparcialidad de sus fallos. Ningún trabajo verdaderamente valioso dejará de obtener el premio merecido.

Los originales no admitidos se pondrán a disposición de los interesados una vez calificados, y a los tres meses de no haber sido reclamados se destruirán.

Todos los originales presentados a este concurso deberán traer pegada la estampilla grabada al pie de esta página: los dibujos en el respaldo o al pie.

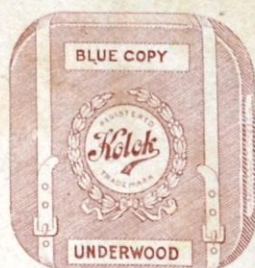


CONCURSOS ARTÍSTICOS Y LITERARIOS
DE "ACTUALIDADES"
SEMANARIO NACIONAL

Vd.

Tendrá una buena máquina de escribir
pero necesita un buen complemento

La cinta



es la que garante la uniformidad
y limpieza en el trabajo

LARGA DURACIÓN

Recuerde que la correspondencia es
la llave de los negocios

Presente esa llave perfecta y tendrá ventaja
sobre sus competidores

KOLOK MANUFACTURING Co., Ltd., LONDON, England.